

G. CARRILLO

ENTRE ENCAJES

Y

Maravillas

ERAND  
P07499  
.G6  
152



1020028474



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ENTRE ENCAJES

Núm. Clas. G 864.62  
Núm. Autor G 633 e  
Núm. Adg. 33450  
Procedencia —  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó \_\_\_\_\_  
Catalogó —

E. GÓMEZ CARRILLO

## ENTRE ENCAJES

PRÓLOGO DE **MAX NORDAU**

ILUSTRACIONES DE **WIDHOPFF**

### OBRAS DE GÓMEZ CARRILLO

Sensaciones de Arte.  
Literatura Extranjera.  
Bailarinas.  
Almas y Cerebros.  
Tristes Idilios.  
Del Amor, del Dolor y del Vicio.  
Bohemia Sentimental.  
Maravillas.  
El Alma Encantadora de París.  
Modernidades.  
Los Labios Alucinados.  
Las Mujeres de Zola.  
Entre Encajes (1).

(1) Este libro ha sido traducido al francés, con el título de «Quelques Petites Ames d'ici et d'ailleurs», por M. Ch. Barthez (Sansot, éditeur, 5.<sup>a</sup> edición, Paris). También ha sido traducido al alemán, con el título de «Allerhand Püppchen» (Grob-Lichterfelde-Ost, editor, Berlin.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA

CASA EDITORIAL SOPENA

Calle Valencia, 275 y 277

099129

33450

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO NÚÑEZ"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

863  
L.



PQ 7499

.66  
E 52

ALFRE FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del  
autor.

**CAPILLA ALFONSO REYES**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.



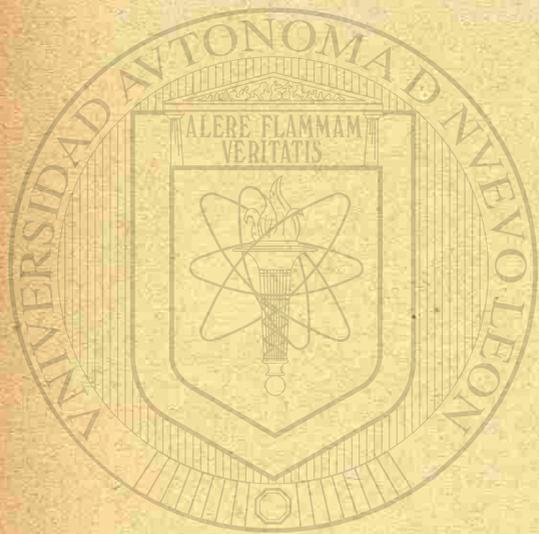
ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imp. calle Valencia, 275 y 277.—Barcelona.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

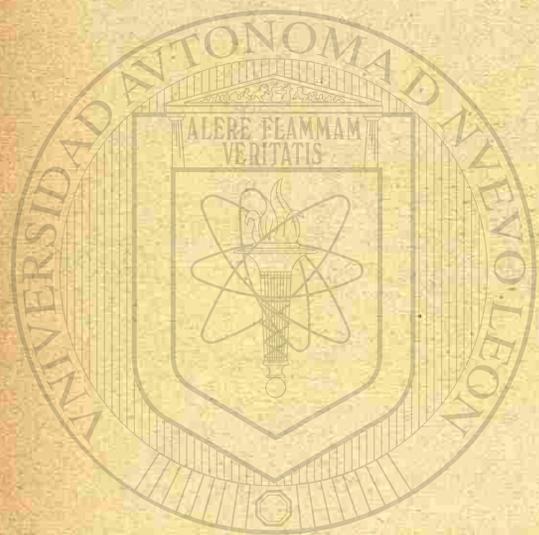
## Carta de Max Nordau

Querido señor Gómez Carrillo]

Su encantador libro **Entre Encajes** llega á mis manos en un momento de cruel duelo, cuando lloro la muerte prematura de un amigo irremplazable. Lo he leído y usted me ha consolado. Ha hecho usted, pues, una obra de caridad. Además, ha hecho usted una obra de belleza. En sus capítulos, que son poemas en prosa, hay un encanto helénico. Ni Herondas, ni el mismo Luciano, habrían estado descontentos de ser autores de tales páginas. ¡Qué profundidades tan grandes en esos pequeños y hechiceros monumentos! ¡Cuánto arte, cuánta sensibilidad, cuánta poesía, cuánta frescura! Marcel Lami le hace á usted justicia; pero no ve un aspecto del talento de usted, á saber: la comprensión de toda manifestación de la belleza, la vibrante simpatía por toda emoción verdadera, por toda noble inconsciencia.

Este libro revela en usted uno de los más finos, de los más armoniosos instrumentos reproductores de belleza que existen actualmente en el mundo civilizado.

MAX NORDAU.



DEDICATORIA

UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS

## DEDICATORIA

Al señor don Emilio Mitre.

Aquí tiene usted, querido amigo, un librito en que no hay ni ideas, ni fondo, ni tesis. Se lo envió á usted como un regalo de año nuevo. Es una caja de raso rosa de la cual surgen, para bailar extraños bailes, unas cuantas muñecas de todos colores.

Le dirán á usted, sin duda, que este regalo es muy frívolo para un hombre consagrado al estudio de los problemas que interesan al engrandecimiento de su admirable patria. Le dirán: «¡Ofrecer una cajita de música con muñecas de cera y flores de seda, á usted que es un legislador, á usted que es un estadista! ¡Qué ironía!»

La ironía no es sino aparente.

Porque si hay en el mundo hombres con verdadera necesidad de cosas efímeras, de cosas ligeras, de cosas de sonrisas y de

matices, de cosas ondulantes, cambiantes, algo locas y muy ingenuas, esos hombres son, á no dudarlo, los que, como usted, viven atormentados por las ideas.

Cuando Renán á fuerza de estudiar caía enfermo, un amigo suyo iba corriendo en busca de algunos excéntricos cancioneros montmartreses y los introducía en el severo hogar del filósofo que comenzaba por protestar, pero que al fin del espectáculo mostrábase contento y reía largamente.

—Ya usted ve, maestro—decíale entonces el amigo,—que estos señores poetas del *Chat Noir* son tan dignos de atención como los clásicos de las antologías.

Si usted sonríe, querido don Emilio, al llegar á la última página de este libro, me permitiré decirle: «Ya ve usted que estas muñecas no son menos interesantes que las que se inmovilizan en los libros de historia.»

Y quizás animado por su exquisita benevolencia me atreveré en seguida á confiar á usted un secreto, á saber: que tengo por estas frágiles figuras que bailan, que ríen, que se pasman, que son inconscientes (ágiles é inconscientes como gatas humanas), que son muy caprichosas y muy coquetas y muy bonitas, una simpatía llena de ternura y exenta de vanidad.

Así, si no fueran del gusto de usted, lo sentiría porque todos deseamos que nuestros regalos sean apreciados; pero si no gustaran al público, casi me alegraría.

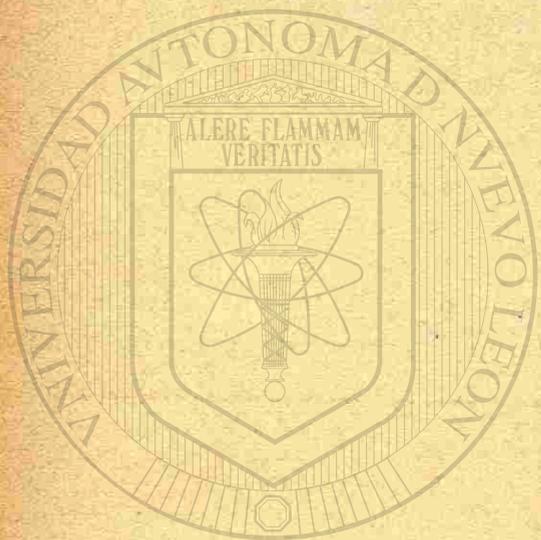
En efecto, yo deseo que esta caja no se vulgarice mucho; que sea siempre un juguete para hombres graves y espíritus

serios, únicos capaces de saborear toda la armonía que hay en las rítmicas piruetas de una bailarina italiana y de admirar la fiebre que incendia los vientres de las bailarinas orientales.

En todo caso crea usted,  
querido amigo,  
que si el libro es pequeño como volumen,  
en cambio es grande como prueba de reconocimiento y de afección de su siempre devoto,

E. G. C.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO



I

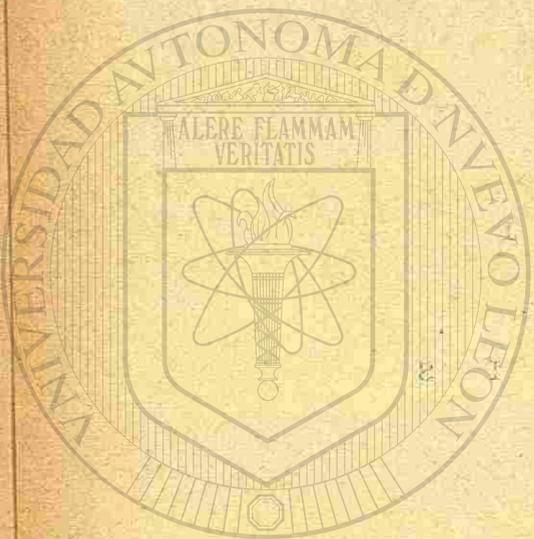
LAS GEISHAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

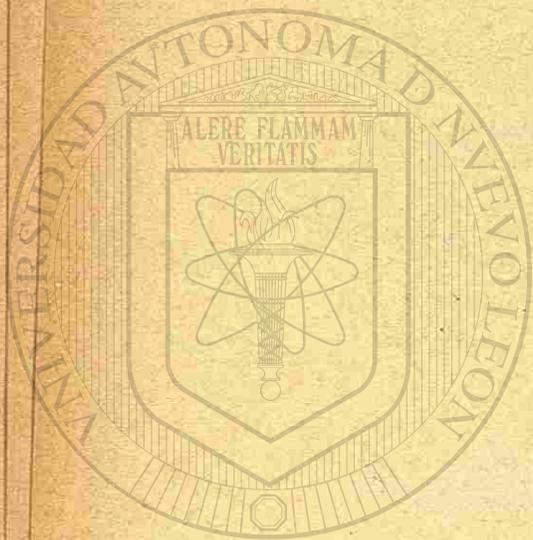




UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ENTRE ENCAJES. 2



### Las geishas.

En el Teatro Exótico, entre iris y crisantemos y grandes flores rojas de una belleza extraña, cuando los árabes extenuados vuelven á echarse en los rincones del escenario como lebreles de bronce antiguo, aparecen andando con pasos menudos y saludando con reverencias principescas, tres bailarinas japonesas, geishas ó maikos, ó más bien simples shinzos, según sus sonrisas me lo indican. La más joven, una verdadera niña, nos mira con ojos de cortesana precoz en cuyas pupilas hay visiones del jardín de las delicias y del jardín de los suplicios. Las otras dos, más finas, más altas, mujercitas de diez y seis años ya, no son, en apariencia, ni más ni menos austeras.

Son shinzos las tres: bailan durante el día en el teatro, enseñando los brazos desnudos entre las mangas flotantes, y luego,

por la noche, cantan á los pies de amantes efimeros canciones en las cuales se habla del amor y de la muerte.

Si fueran maikos serían más graves. Las maikos son vestales encargadas de encender el fuego en quien las mira, pero que no pueden apagarlo con sus labios eternamente sellados.

Yo las prefiero tal cual son, mitad músico, mitad geishas, artistas y hetairas, alma y carne. Me gustan siendo el ritmo y la curva. Me encantan tangibles y no inmaculadas, perversas sin violencia, viciosas sin fanfarronería y ¡tan muñecas! ¡tan muñecas!

Bailando la danza sagrada que ahora ejecutan sin mover los talles, sin estremecerse casi, con inclinaciones simétricas de cabeza y cadencias ponderadas de brazos, con sonrisas que llevan el compás, con durezas aristocráticas, con suavidades sin molición, me hacen pensar en marquesitas del siglo XVIII que por capricho se hubiesen vestido con trajes nipones. Porque en esta danza del Extremo Oriente, hay algo de las pавanas y de las gavotas de Triunión. Son las mismas gracias mimosas.— Es la propia elegancia rebuscada. Los remilgos, y los medios pudores, y los ligeros libertinajes de gesto, son idénticos.— Marquesitas venidas de muy lejos en cajas de laca color de rosa; marquesitas pedidas por la reina loca para alegrar sus fiestas íntimas y para avivar los sentidos agonizantes del príncipe; marquesitas de cera y de seda, nacidas en un serrallo y criadas entre algodón; frágiles marquesitas con

almas de pájaro, con labios de esfinge, con ojos felinos, eso son.

¡Bailad, marquesitas!

\*  
\*  
\*

En un libro muy sabio que leí hace mucho tiempo, lo siguiente me llamó la atención:

«El emperador japonés ha dispuesto que las familias no puedan vender á sus hijas sino en caso de miseria completa, probada ante las autoridades competentes.»

¿Luego... antes se vendían? ¿Luego... en caso de miseria, siguen vendiéndose?

Si.—Muñecas en apariencia, véndense como muñecas. «¡Yo quiero una rosada!» «¡Yo una pálida!» ¿Y sabéis cuánto cuestan? Diez duros en término medio. Las de á ocho, están flacas; las de á doce están ya instruidas. Los compradores de profesión las escogen de diez años de edad, las educan, las enseñan á bailar, á cantar, á sonreír y en seguida las hacen aparecer ante el público vestidas de oro, de púrpura, de verde, de celeste. Al principio son simples comparsas que acompañan á las *geishas* y que, en los entreactos, escancian el té ó el saké á los parroquianos del concierto. Son vírgenes. Lo son hasta el día en que, bailadoras ya, ejecutan su primera danza antes de ir á recibir el primer beso. Esto sucede cuando la *oshakú* cumple los quince años.

Como sus existencias eróticas son breves, deben, desde el principio, mostrarse económicas y graves para conseguir, á los

diez y nueve ó veinte años, el puesto célestinesco de *jimai*.

A los quince, son *shinzos*; á los diez y siete *chytchibu*, á los diez y ocho *nenki*, á los diez y nueve *sambu*. Luego, ya precozmente marchitas, ó mueren, ó se convierten en honradas madres de familia, ó se hacen *jimais* y explotan á las más jóvenes.

En otro tiempo vivían en los jardines del Yoshiwara, lo mismo que las musmés ó cortesanas; pero en 1872 el mikado quiso darles una prueba de simpatía artística y les permitió que construyeran sus casas de muñecas en doce barrios diferentes de la metrópoli, dos de los cuales, Yanagibasi y Símbasi, están reservados á las que bailan en el teatro imperial. En sus puertas, linternas de color, con los nombres escritos sobre el vidrio, indican al peregrino de amor lo que puede pedir y lo que debe dar.

Cuando una de ellas tiene un amigo, descuelga su linterna para evitar conflictos entre rivales. Lo mismo que las cortesanas griegas, no se presentan nunca ante un hombre sin ir seguidas por un flautista.

Casi todas ellas son poetisas y dicen, por la noche, cuando están solas, envueltas en un rayo de luna y rodeadas de crisantemos desfallecientes, sus penas profundas y sus ensueños angustiosos. «*Wani mono tsurai mono*.» «¡Yo no veo llegar mi ideal!» Esta frase es frecuente en sus cantares. Ninguna ve llegar á su Ideal. ¡Pobre citas!



\*  
\*  
\*

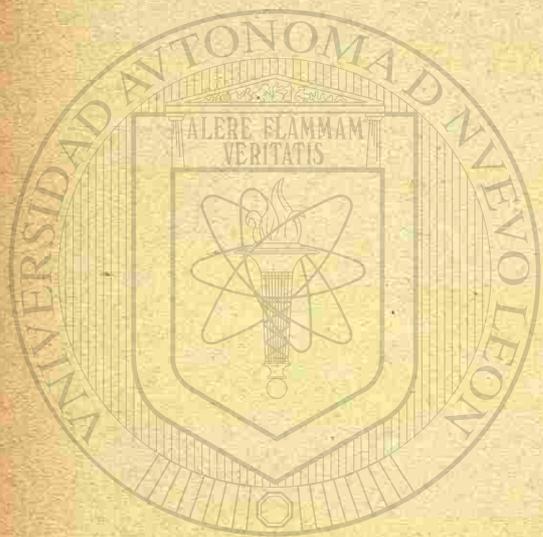
He hecho mal en recordar estos datos lamentables sobre la vida de las geishas, pues ahora las tres shinzos que bailan me parecen más tristes y menos ligeras que antes. Flor de Almendro, la más chica, la niña de los ojos que prometen delicias y suplicios, diríase que hace al sonreír una mueca dolorosa. Las otras dos—Lirio Encarnado y Rama de Espinas,—vuelven sus ojillos oblicuos hacia el cielo, como buscando algo con inquietud. ¿Tratarán de descubrir la imagen de su ideal que no llega, que no llega nunca?... ¿O acariciarán sencillamente, entre el oro falso de las bambalinas, el recuerdo de un amante que se quedó allá, á orillas del mar de zafiro en el imperio del sol naciente?..



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"FUND. REYES"  
675 MONTERREY, MEXICO



II

U A N L

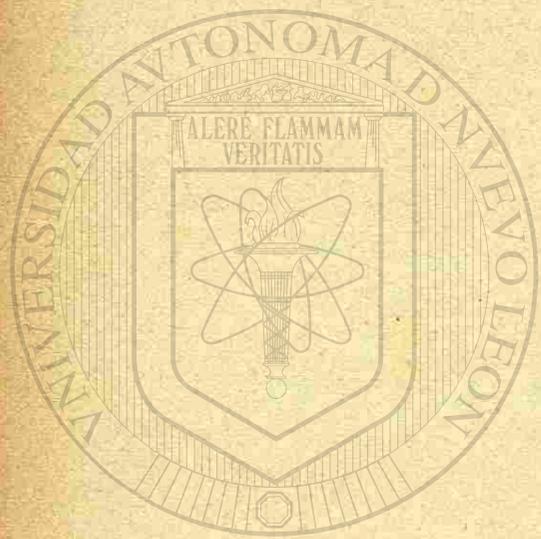
LA PARIENSE DEL PUEBLO

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## II

### La parisiense del pueblo.

La parisiense de Steinlen no es la muñeca envuelta en encajes de Guillaume, ni el pájaro sonriente de Willette, ni la deliciosa flor humana de Cheret. No. Y en el sentido que la humanidad da á la palabra, casi no es «parisiense».

¿Qué tiene de común, en efecto, esta chiquilla pálida y mal vestida, con los tipos de la leyenda francesa? No es la griseta de antaño, que sabía hacerse un sombrero suntuoso con flores pilladas en los jardines públicos; no es Mimi, ni Francine, ni Lulú, ni ninguna de las otras supervivientes de la raza loca y pobre del novelesco barrio latino; no es, tampoco, la obrerita de la rue de la Paix, la modistilla ideal que enloquece con sus andares ritmicos, con sus pupilas insolentes, con la amplitud prematura de sus redondeces corporales.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

no. 1625 MONTERREY, MEXICO

¿Entonces?...

Es algo menos poético. Es algo más real. Es la planchadora, apenas púber y ya marchita, que pasa por las anchas calles de los suburbios, llevando el pesado cesto de ropa sucia á cuestas; es la costurera de blanco, la pobre muchacha que cose en máquina, la hija del obrero, la lamentable niña pobre, la rosa clorótica de la ciudad moderna.

A primera vista no tiene nada de agradable. No es bonita. No es fea tampoco. Es insignificante. Su rostro exangüe carece de claridades, de sonrisas. Una gravedad dolorosa arruga su frente. Sus inmensos ojos ojerosos, color de ámbar ó color de cielo septentrional, tienen, al mirar, languideces resignadas de animal enfermo. Su cabellera descolorida, amplia, profunda y sedaña, fuera admirable con un poco de arte. Su cuerpecillo puede ser delicioso de líneas; mas como va envuelto en groseras telas flotantes é inarmónicas, nadie piensa en él si no es para compadecer su delgadez, hija de fatigas y privaciones.

\* \*

¡Pobre parisiense del pueblo, pobre chica de la Villette, de Batiñoles, de Saint-Ouen ó de la plaza de Italia, pobre niña grave que recorre la ciudad monstruosa sin levantar la vista del suelo, soñando ensueños enigmáticos y rumiando canciones tiernas, pobre, pobre obrera que gana 90 céntimos por catorce horas de trabajo, y para quien la vida de familia no es sino

un interminable calvario! Al principio de se vida, era su madre quien la golpeaba á cada momento, con cualquier pretexto; ahora que ya «la vieja» no puede moverse, el que la aporrea es su padre cuando vuelve borracho del taller; mañana será su «hombre», marido ó amante, el que continuará dándola, cada noche, su ración de palos y de patadas. Todo es sufrimiento para ella. La niñez con su hambre, con su fatiga, la marcó, desde luego, el rostro de lívidos signos de muerte. Su pobre adolescencia podría iluminarse con un poco de amor; pero, entre los miserables, hasta el amor es triste, como nos lo prueban sus canciones lentas, monótonas, gemebundas, con más alaridos que besos, con más lágrimas que caricias. Además, sus vientres tienen la maldición de la fecundidad. Cada invierno las trae un cachorro que las chupa la sangre clorótica y que luego las obliga á trabajar algo más para comer algo menos.

En otras ciudades, las condenadas á miseria perpetua tienen, por lo menos, el consuelo de la fe. En París, en el París obrero, los templos están abandonados y el cielo está vacío. Hablad de religión en una taberna de barrio bajo y lo notaréis. Es un asunto que á nadie le interesa. Y así, mientras la aristrocracia trata de creer, y mientras la burguesía trata de no creer, el proletariado se contenta con ignorar á Dios.

\*  
\*  
\*

¿Qué edad os figuráis que tiene esta chichilla pálida y seria que mira con ojos de mujer y que Steinlen se complace en vestir con una camisilla roja y una falda negra? ¿Quince años? No. Apenas trece. Pero su corta edad no obsta para que, á veces, sea ya madre ó por lo menos esposa. Su marido, en general, no es mayor que ella. Paliduchos ambos, y ambos tristes, encontráronse una noche, al volver del taller, y ante la luna impasible, celebraron sus nupcias libres. Cuando su padre lo sepa, la dará una paliza ¡una más! Resignada, espera.

Su sueño dorado es escaparse de su casa, irse á vivir con su *petit homme* lejos de la habitación baja y húmeda en la cual duerme toda la familia amontonada. ¡Oh, la horrible, la espantosa promiscuidad! Los que se crían en ella y logran, un día, vivir mejor, no la olvidarán nunca. La única cama que hay, la ocupan el padre y la madre. El hijo mayor, ingenioso, se hace, con cuatro cajas vacías y un jergón, algo parecido á un nido. Los demás chicos confunden sus sexos entre la misma paja. Ella, la pobrecita parisiense de Steinlen, ha dormido allí. Allí perdió la ignorancia indispensable á la infancia. Allí se ruborizó por la primera vez. Allí tuvo miedo, allí tuvo vergüenza, allí tuvo asco. Por huir de aquel lecho inmundo, sería capaz de cualquier cosa

\*  
\*  
\*

Para comprender toda la crueldad de estas existencias femeninas, es necesario ver las composiciones hechas por Steinlen para ilustrar las *Canciones* de Bruant. En un paisaje siniestro, á la luz del crepúsculo parisiense, véanse, á lo lejos, las fortificaciones, y más lejos aún, las altas chimeneas de las fábricas. En primer término, saliendo de la taberna, una mujer desgredada, alta, flaca, con los labios pintados de rojo. Es la obrerita á quien vimos ayer con su camisa roja y su falda negra, y que de «maridito» en «maridito», pasó del obrero brutal, pero honradísimo, al chulo que exige más dinero del que la costura produce. El caso es frecuente. Todo el rebaño de bellezas de hospital que desde el anochecer llena de sombras esbeltas el espacio y puebla el ambiente de discretos reclamos, sale de las talleres, expulsado por el hambre, como los lobos que en los inviernos muy crudos invaden las calles de San Petersburgo.

La sociedad, empero, no las tiene lástima. Lo que hay en los pobres de entenebrecido, de angustioso, de cruel, no quiere verlo la burguesía. Algunos disculpan á las otras, á las cocotas que llevan pájaros en los sombreros y encajes en las enaguas. A éstas, que ni tienen enaguas ni tienen sombrero, ninguna piedad las alcanza.

Tal vez más vale así.

\*  
\*  
\*

El abandono universal permítelas ser, en ciertos casos, la encarnación del odio santo, de la violencia salvadora, del rencor que prepara el Futuro.

Vedlas pasar en el cortejo ululante que Steinlen titula *La Rue*. Sus cabelleras castañas, sueltas al viento, agitanse cual oriflamas de rebeldía. En sus ojos, antes resignados, enciéndense fuegos de incendio. Sus bocas abiertas, gritan una carmañola moderna que no amenaza á un rey, sino á la sociedad toda, más dura, más tiránica, más explotadora que los Gobiernos absolutos de la tierra. ¿Qué dicen estas estrofas de odio? ¿Qué piden las cláusulas de la nueva Marsellesa? El pintor mismo lo ignora. Son acentos vengadores, muy vagos, sin sentido preciso, que ningún poeta ha verbalizado aún, pero que rugen ya en las almas de las multitudes hambrientas. Es el canto que anima á los que sufren. Es, en fin, la oración sanguinaria de los desesperados.

III

LAS MUJERES DE LONDRES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

\*  
\*  
\*

El abandono universal permítelas ser, en ciertos casos, la encarnación del odio santo, de la violencia salvadora, del rencor que prepara el Futuro.

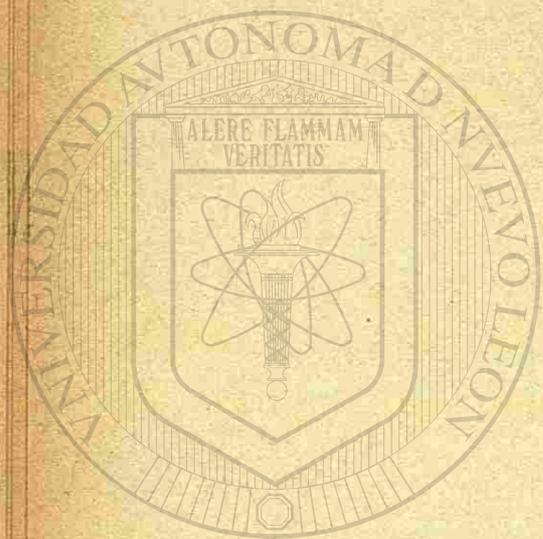
Vedlas pasar en el cortejo ululante que Steinlen titula *La Rue*. Sus cabelleras castañas, sueltas al viento, agitanse cual oriflamas de rebeldía. En sus ojos, antes resignados, enciéndense fuegos de incendio. Sus bocas abiertas, gritan una carmañola moderna que no amenaza á un rey, sino á la sociedad toda, más dura, más tiránica, más explotadora que los Gobiernos absolutos de la tierra. ¿Qué dicen estas estrofas de odio? ¿Qué piden las cláusulas de la nueva Marsellesa? El pintor mismo lo ignora. Son acentos vengadores, muy vagos, sin sentido preciso, que ningún poeta ha verbalizado aún, pero que rugen ya en las almas de las multitudes hambrientas. Es el canto que anima á los que sufren. Es, en fin, la oración sanguinaria de los desesperados.

III

LAS MUJERES DE LONDRES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

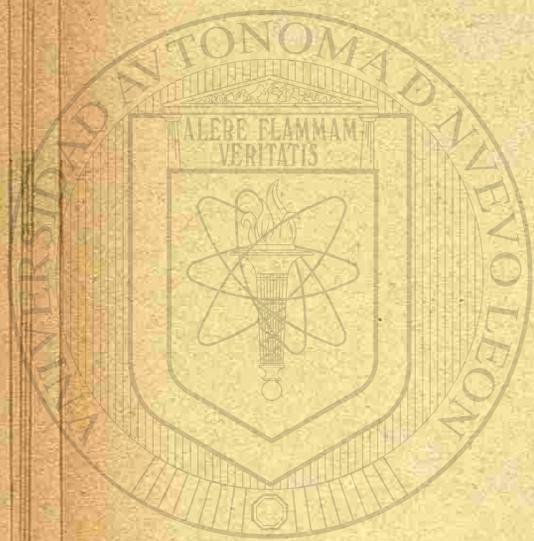
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
P.O. 1625 MONTERREY, MEXICO

III

### Las mujeres de Londres.

¿En dónde está la inglesa clásica, la del sombrerito de paja sin color y sin forma, la alta, la pálida, la fría *english*, cuyos cabellos son de cáñamo lacio, y cuyas manos descarnadas llevan siempre un libro, guía, con cubierta roja ó evangelio forrado de negro? ¿En dónde está la *miss* vestida con un trajecillo á cuadros y una camisa de hombre, peinada como un boticario, calzada como un cartero rural, con guantes que parecen calcetines? ¿En dónde está la bíblica señorita que, según la canción parisiense, carece de formas, carece de deseos y carece de sentidos? ¿La inglesa de las comedias, de los *Sobrinos del capitán Grant*, de *Miss Helyet*, de las farsas italianas y de los vaudevilles alemanes, en fin, dónde está?

Aquí en Londres no la veo en ninguna parte.

33450

En Sevilla, en cambio, en Sevilla y en Florencia, en las montañas suizas y en las márgenes de los lagos italianos, en Niza y en París; sobre todo, las he visto siempre en caravanas interminables, midiendo los paseos, los senderos, los bulevares, con sus pasos mecánicos de á yarda. Las he visto en los jardines divinos del Alcázar llenando de ramas de mirto sus saquillos de viaje; las he visto en Niza escandalizándose ante la francesita ligera y rítmica que pasa alegrando la calle de *frustrés* de seda ó de cascabeleo de risas; las he visto en París, en hordas interminables, visitando las salas del Louvre, invadiendo las naves de Nuestra Señora, devastando el parque Monceaux.

Y en todas partes sus siluetas uniformes, sus andares inflexibles, sus dientes largos, sus trajes de madera y sus inefables sombreritos, han contribuido á arraigar en mi retina la visión invariable de la *miss* risible.

\*  
\*\*

Sólo en Londres no la veo.

En la inauguración de la Exposición anual de Bellas Artes, en Burlington House, vi á la inglesa de lujo (alta burguesía, aristocracia) y admiré su rostro rosado, su cabellera de ámbar ardiente, sus ojos de esmalte y sus manos impecables. Los retratos de Laurence, de Millais, de Gainsborough, estaban allí animados, viviendo, sonriendo, saludando, correctos sin sequedad, vibrantes sin neurosis, so-

lemnes sin petulancia, suntuosos sin pompa. Los trajes, los sombreros, el calzado, venían de París. Pero la claridad de la mirada, la claridad del cutis, la claridad de los labios, era completamente londnense. Sólo aquí se ven esos tonos aterciopelados en las mejillas de rosa y en las frentes de alabastro.

\*  
\*\*

Anoche, como anteanoche y como siempre, vi en Picadilly, en Regent Street, en el patio de Charnig Cross, junto á la torre-cilla gótica donde anidan las polomas de la *city*, el rebaño gorgjeante de las vendedoras de sonrisas. Allí estaba la *girl*, cuya mansedumbre enterneció á Bourget y á Mourey. Iba siempre «vestida de claras telas, cubierta con ancho sombrero y con mitones en las manos.» Lo mismo que hace medio siglo, cuando Tomás de Quincey la santificó encarnándola en Ana, «sonreía al transeunte con labios ingenuos y no buscaba sino lo necesario para comer al día siguiente.» ¡Pobre, pobre *girl*, paciente, resignada, como evangélica! Sin ella los borrachos de los sábados no podrían reposar sus cabezas enloquecidas sino sobre las piedras de las aceras.

Sin ellas las noches del centro serían siniestras, en la soledad de las calles principales. Sin ellas los espejos enormes de los *bars* sólo reflejarían rostros de machos enrojecidos por el *whisty and soda* y macerados por el trabajo. Y aunque no son bonitas, ni siquiera graciosas, aunque

no tienen como los *mômes* de Montmatre y del Barrio Latino, miradas que encienden la sangre en las venas del hombre, aunque no se visten con elegancia verdadera, ni andan con rítmico paso, ni ostentan curvas provocadoras, ni enseñan, al recogerse la falda, *piecitos* diminutos; aunque carecen de feminidad atrayente, en suma, son siempre, si se las compara con las *éngliches* de Sevilla, de Florencia, de Niza y de París, deliciosas muñecas humanas.

También he visto á la *griseta* de Londres, á la Mimi Pinsón de aquí, á la que, con su amor desinteresado, alegra la existencia de los chicos que sueñan y que esperan, que son sentimentales y activos, de los futuros poetas, de los hijos de los prerrafaelistas, de los que, lejos de Oxford, en plena *city*, cultivan á hurtadillas las letras en una oficina comercial. Estas son las más simpáticas, porque llevan más ostensiblemente el ramito de flores azules que toda adolescencia tiene en el alma. Se llama Lily ó Katti. No es alta, no, ni siquiera es necesariamente rubia. Pequeñita, morena, rizada, sonriente, corre como un pájaro detrás del ómnibus que la lleva á su *bureau*.

Porque aquí Mimi Pinsón no es modistilla cual en Madrid, ni costurera como en París, ni florista como en Nápoles, ni cigarrera como en Sevilla. Su oficio es menos poético.

Sus manos, lejos de suavizarse al contacto eterno de las sedas, de las flores y de las plumas, se ensucian de tinta. La señorita Lily es *typewriting*, escribe en una máquina, y no son cosas poéticas las que escribe, sino prosaicas cartas comerciales, enormes columnas de cifras, circulares para los clientes y *acuses de recibo* para los corresponsales de la India y de Australia. Su traje es uniforme. El horrible sombrero de paja de forma masculina, cubre su cabellera y oculta su frente. Una falda de paño negro y una casaca azul, ancha, pesada, sin corte, casi sin costuras, saco más que *jaquette*, esconde la forma de su cuerpo. Todo su encanto reside en sus ojos, divinos de candidez, adorables de claridad, y en sus labios encendidos, ingenuos y glotones, que parecen incapaces de mentiras y que saben decir, con languidez innata, el tradicional *y love you*.

Sin duda para los que estamos acostumbrados á la belleza latina, á la gracia parisiense, á la voluptuosidad andaluza, á la indolencia italiana, la *typewriting* no realiza el ensueño del encanto femenino. Pero creo que acostumbrándose uno á verla, debe llegar á encontrarla deliciosa. Tiene la base de toda belleza, que es la juventud. Tiene piel rosada, como un melocotón. Su cuerpecillo, que no se ve, pero que se adivina, es flexible. Es discreta hasta el punto de que su vecina no sabe jamás lo que hace por la noche, cuando, al salir de la oficina, se pierde entre la bruma al lado de su novio.

En suma, si comparada con madamoise-

Ile Mimí, costurera de París, es insignificante en cambio, comparada con las *misses* clásicas que llenan los paseos de Niza y los jardines de Sevilla es adorable.

••

Pero ¿de dónde salen tantas *misses*? ¿Qué ciudad de esta isla sorprendente — grave y funambulesca, capaz de todo lo raro — las fabrica. ¿En qué restaurant vegetarianista han enflaquecido sus cuerpos? ¿Qué domingo protestante ha impreso en sus rostros el fastidio eterno? ¿Qué humedad nebulosa ha desteñido sus cabelleras y apagado sus ojos? ¿Qué duende shakespeariano, de aquellos que se cuelan por las cerraduras de las puertas, se ha divertido en alargarles desmesuradamente los dientes?

¡Dios lo sabe!

En todo caso, Londres no es su patria.

IV

BAILARINAS COSMOPOLITAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ile Mimí, costurera de París, es insignificante en cambio, comparada con las *misses* clásicas que llenan los paseos de Niza y los jardines de Sevilla es adorable.

••

Pero ¿de dónde salen tantas *misses*? ¿Qué ciudad de esta isla sorprendente — grave y funambulesca, capaz de todo lo raro — las fabrica. ¿En qué restaurant vegetarianista han enflaquecido sus cuerpos? ¿Qué domingo protestante ha impreso en sus rostros el fastidio eterno? ¿Qué humedad nebulosa ha desteñido sus cabelleras y apagado sus ojos? ¿Qué duende shakespeariano, de aquellos que se cuelan por las cerraduras de las puertas, se ha divertido en alargarles desmesuradamente los dientes?

¡Dios lo sabe!

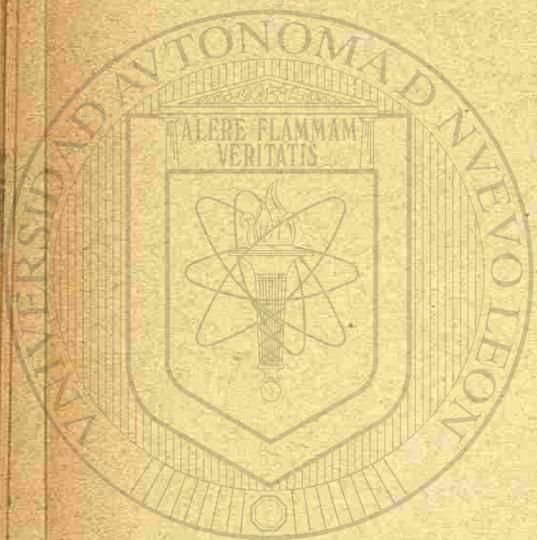
En todo caso, Londres no es su patria.

IV

BAILARINAS COSMOPOLITAS

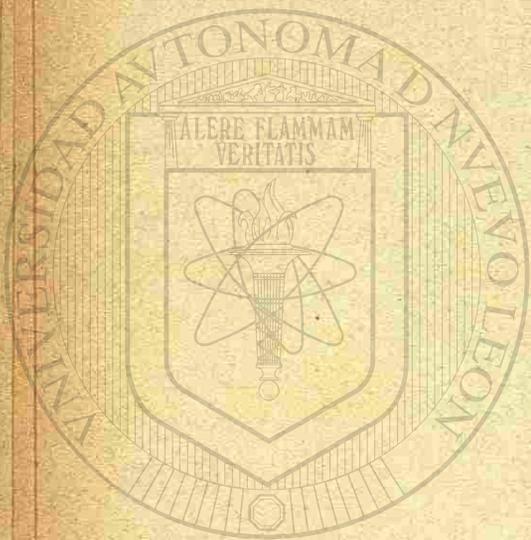
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



IV

**Bailarinas cosmopolitas.**

En el Moderno, cuando Pinedo baja de los zancos y la señorita Alonso consigue convertir a su príncipe en un marido verdadero, comienza un breve cortejo de feminidad cosmopolita.

Tres mujeres aparecen, una tras otra, y durante algunos instantes cantan y nos encantan, y bailan y sonrien con sus labios pintados, y alzan las piernas esculturales, convencidas de ser artistas y seguras de producir en nuestras almas una sensación agradable.

Mirka, Nella, Frieda...

Las tres son deliciosas. Las tres son ágiles y rítmicas. Las tres saben lo que valen.

Lo que ninguna de las tres sabe es que, unidas así en ideal ramillete dentro de una *corbeille* española, representan para nosotros la variedad del Gesto moderno.

"ALFONSO REYES"

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y UNIVERSITARIA  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

\* \*

Tú, Mirka, eres París. No eres todo París, ni eres todos los Parises, sino uno reducido y encantador: el París de las canciones picarescas y de los gestos lascivos. Eres París con su gracia cortesana, con su elegancia aitanera, con su atrevimiento revolucionario, con su ingenuidad canallesca, con su frivolidad sensitiva, con su sinuosidad esbelta. Tu cuerpo fino y flexible ondula, cual un mimbre de invernadero, de un modo inconscientemente artificial, y en tus pupilas pálidas las chispas no se encienden sino para morir en seguida ahogadas en una lágrima, después de haber brillado con la temblorosa rapidez de los relámpagos primaverales. Un aroma embriagador de polvos de arroz y de lilas nuevas se exhala de tu cabellera castaña.

Los revisteros entendidos en clasificaciones de géneros aseguran que eres *gommeuse*. Sin duda lo eres, puesto que llevas un monóculo y dices, con impertinencias de chiquilla mal educada, lo que no debe decirse. Eres *gommeuse*, porque no eres la *romanciére* que evoca sombras desvanecidas al claro de la luna, porque no te cubres el rostro con la falda vertiginosa como las *chahuteuses*, porque no sabes articular con acento impecable como las *diseuses*. Eres *gommeuse*, en fin, por la fuerza ineludible de la eliminación clasificadora. Mas eso no importa. Para mí simbolizas el alma alada,

bohemia, ingenua, de todo un pueblo. Eres París.

Te llamas Colombina. De tu abuela, una marquesa, heredaste el orgullo, y tu madre, menos noble, te legó la sutileza. Pierrot te adora porque es la humanidad. Tus pintores se llaman Willette, Steinlen, Cheret. Tu poeta es Banville, tu historiógrafo, Jules Janin.

Algunos dicen que eres muy perversa. Es cierto.

Algunos otros dicen que eres muy buena. También es cierto.

Lo eres todo. Eres el pecado y el perdón, la piedad y la ironía, el vicio y la pasión. En ciertas ocasiones la ternura te obliga a besar la cabeza de un caballo de ómnibus, y al día siguiente ninguna fibra de tu ser se conmueve cuando Pierrot, loco de deseo, te acaricia.

Más femenina que tus hermanas del Sur y del Norte, y más artista que todas las demás hijas de Eva, pareces la tentación universal.

Eres París, te repito, cierto París...

\* \*

Tú, Nella, eres de Nápoles y eres Nápoles.—No eres Italia.—Eres Nápoles.—Mezettino tañe por la noche, bajo el manto azul tachonado de lágrimas de plata, su mandolina doliente y suplicante; Leandro, en la esquina, te dice su canción apasionada. Tú escuchas y sonries sin emoción profunda, sin voluntad verdadera, ignorando si quieres a Leandro ó adoras a Mezettino y dispuesta á entregarte, enco-

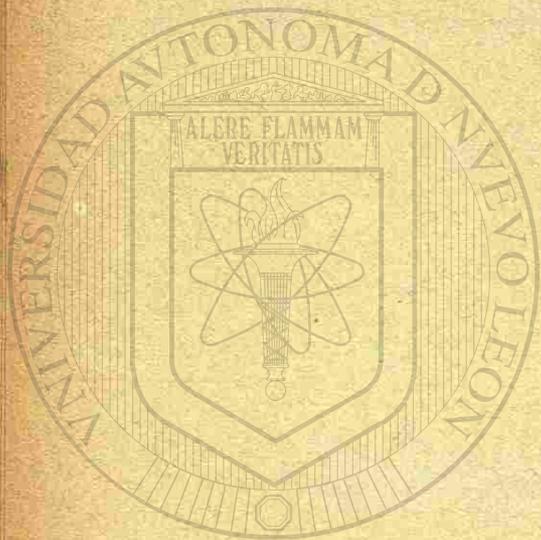
mendándote á la Madona, al primero que se decida á requerirte con tiránica energía. Tu cuerpo es delicado y frágil, pero tu alma conserva la inconsciencia primitiva de las razas esclavas. En tus ojos, tallados como diamantes, con pupilas dilatadas y luminosas, no resplandecen sino las mil luces, atrayentes y monótonas, del cariño, del amor. Tu cerebro no necesita engolfarse en reflexiones complicadas, cual el de tu hermana Colombina. Ni piensas, ni deseas, ni te quejas. Eres la resignación y la voluptuosidad.

Al tener, apenas, cinco años, arrullabas á tu muñeca con ternura maternal, porque algo te indicaba ya confusamente que habías venido al mundo para el deber como para el placer. La parisiense no hacía lo propio á la misma edad, pues una voz misteriosa decíale que la Naturaleza la había criado para el placer más que para el deber.

Cuando estás alegre, como ahora, bailas la tarantela y eres ligera sin malicia, rítmica sin hieratismo, esbelta sin coquetaría. En tus movimientos hay algo de campesino, algo de pastoral. Las chicas de Tanagra y de Pompeya deben de haber bailado, como tú lo haces hoy, en las festivales de la vendimia, al son de rústicas flautas paganas.

Eres la sencillez, la bondad, la alegría. Nada en ti es malsano y enfermizo, porque la brisa del golfo, que madura prematuramente los frutos dorados de los senos, impregna también el alma de simplicidad marinera.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

¡Sigue bailando! La vida es siempre corta, y la tuya lo es más que la de ninguna otra. A los veinticinco años, cuando Colombina esté aún en la plenitud de su encanto sensual, tú serás ya la flor marchita del invierno. Para ti no hay otoño melancólico, ni lento declive envuelto en luz que aun no se ha ido y sombras que todavía no han llegado. ¡Que tu primavera sea un beso sin fin y una tarantela interminable!

¡Baila, napolitana!

\* \*

¿Y tú, Frieda? Tú eres Viena.

Al verte aparecer, andando rítmicamente con paso breve y regular; al verte sonreír con encantadora petulancia; al admirar la caprichosa fantasía de tu inmenso sombrero púrpura, la elegancia de tu cortísima falda, la redondez de tu pantorrilla, la delicadeza de tus tobillos; al recibir la limosna de tu sonrisa invitadora y de tu mirada que acaricia; al contemplarte por primera vez, en fin, pareces una parisiense. Eres una Colombina algo gorda y demasiado rubia. Tus medias de seda rosa, atadas muy alto por cintas color de carne, son del bulevar. La ironía benévola de tus labios, nos hace pensar — ¡con cuánta nostalgia! — en las noches de Montmartre.

Y cuando cantas articulando con una precisión matemática palabras duras de una lengua incomprensible; cuando cantas y bailas y te retuerces formando raras es-

pirales de danza al compás de una música funambulesca, diríase que eres una *girle* de Londres ejecutando un *highland-flig* canallesco.

Lo mismo que Brummel, eres de Londres y de París, y unes el *chic* al *smart*.

Por eso eres Viena—Viena la noble—la artista, la entusiasta; Viena de los placeres, de las tabernas doradas, de las carrozas floridas, del amor callejero; Viena la perezosa, la antigermánica, la alucinante.

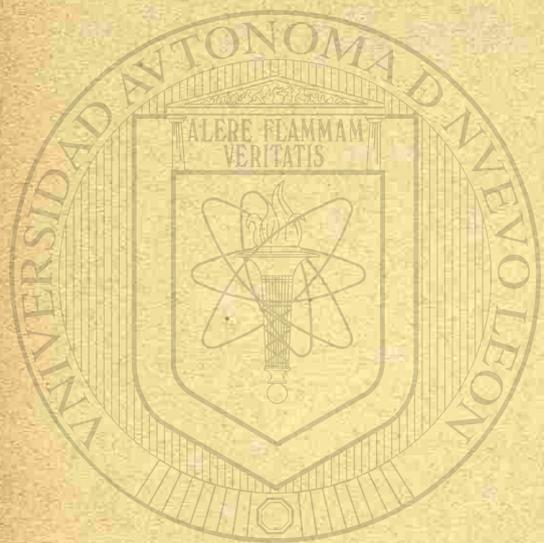
Ríes, y tu risa suena con alegría de cascabeles. Ríes al cantar, al bailar, al andar. Ríes de los demás y ríes de ti misma. Todo en ti es alegre, fresco, incitante. Tus mejillas provocan al mordisco cual los melocotones maduros. Tu piel es suave y tibia como los rasos nuevos.

En tu calidad de objeto de lujo, no tienes rival. La parisiense es sinuosa, es felina y dentro de los guantes suele llevar garras de pantera. La española es grosera y no acepta de buen grado el corral con cerco de oro. La italiana es monótona. La inglesa no es bella. Tú eres bella con la belleza mórbida de las queridas del Ticiano, y además eres picaresca como Colombina sin tener su alma sinuosa. Al verte, los artistas sentimos no ser millonarios... Sería tan agradable vivir acariciado por tu sonrisa, verte, en los rincones del estudio, estirándote, cual una gata rubia, en divanes muy bajos y muy muelles, respirar en la atmósfera saturada por el aroma de tu cuerpo desnudo, hacerte bailar danzas secretas en la penumbra de la alcoba, y luego, ya

muy tarde, dormirse entre tus brazos, que son los más blandos cojines de Cite-rea. .

\* \* \*

...¿Que no sois así? Lo siento. Así de bierais ser, y para mí así sois. Los paisajes son un estado de alma...



v

ESTRABURGO Y SUS MUJERES

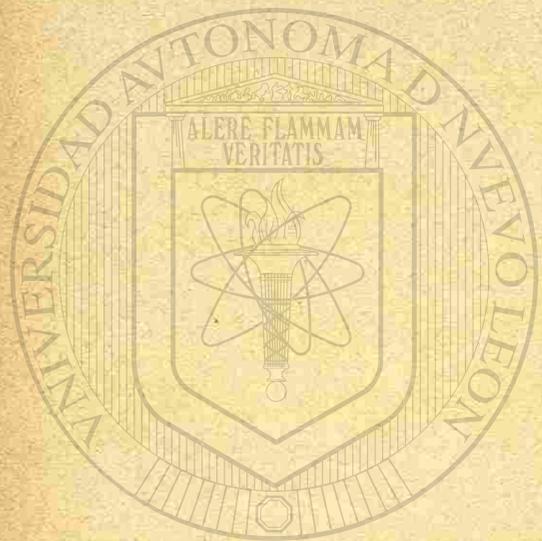
UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE ASUNTOS

V

### Estrasburgo y sus mujeres.

Ahora que la veo tan bella, tan soberanamente bella en su traje de luz estival, comprendo la pena eterna de los que, después de poseerla, la perdieron... Y aquella mujer de piedra, siempre enlutada, siempre cubierta de crespones, siempre rígida entre sus fúnebres guirnaldas, aquella célebre Estrasburgo doliente que trata de entristecer, en la plaza de la Concordia de París, el sitio más alegre del mundo, no me inspira ya irónicas sonrisas. La que sabe ser tan hermosa, merece que la lloren sin cesar.

Yo me la figuraba rodeada de murallas y coronada de bayonetas. La creía un baluarte, un arsenal, una ciudadela. De lejos, veíala vestida de hierro, cual una Walkiria viuda, prisionera orgullosa. Y cuando oía á los vencidos cantar el poema que dice la lealtad alsaciana, no podía

menos que pensar en que, más ó menos tarde, el coracero, sobre cuyo casco un águila abre sus alas de plata, lograría seducir á su cautiva, obligándola con sus caricias á olvidar á su dueño de antaño.

Pero hoy que la veo de cerca, comprendo mi error sentimental. No se trata de una amazona. Nada es en ella militar, ni rudo, ni doloroso, ni sombrío.

Desde que llegamos á las puertas de la ciudad, la vemos sonreír. Esos campos floridos, en los cuales las amapolas alegran las sementeras, son paisajes de égloga; y ya en el centro, al apearnos del tren, una plaza bulliciosa, llena de músicas y de risas, acógenos regocijadamente. Allá un jardín... Aquí un salón... Porque jardines son estas *bantieux* alsacianas, refrescadas por numerosos canales, embalsamadas por las rosas, con sus cortinas de álamos que esconden las granjas, con sus chalets cubiertos de hiedra. Y estas plazas estrasburguesas que ostentan gigantescos candelabros de bronce rematados por lujosos globos eléctricos, y fuentes de mármol con dioses desnudos entre sus surtidores, y terrazas exquisitas, y fachadas riquísimas, son salones, os lo aseguro.

Mientras más penetro en la ciudad, mejor comprendo los velos de luto. Es necesario llorarla como perdida, como perdida

irreparablemente... Nada es ya aquí francés. Todo es alemán. El nuevo dueño, generoso y rendido, ha puesto á los pies de la cautiva sus más espléndidos tesoros. Esas inmensas cervecerías, en las que los espejos y las copas brillan, son el regalo nupcial de Baviera. Hamburgo y Bremen han traído el lujo de sus tiendas de tabacos, con sus escaparates en los cuales las hebras rubias lucen cual cabelleras cortadas. Las galerías interminables de objetos heterogéneos, de artículos de todas formas y de todos colores, proceden de Colonia. Dresde ha enviado sus joyerías de arte nuevo, sus concepciones atrevidas del adorno, sus metales, y sus maderas, y sus cueros, y sus sedas. Los hierros estéticos (columnas, fuentes, verjas, ventanas) vienen de la gótica Nuremberg. Los claros esmaltes de los almacenes, son de Darmstadt. Y es de todo el imperio esta suavidad venturosa, esta mansedumbre fuerte, esta alegre calma que anima la vida de las calles sin hacerla febril; esta sana pesadez que hace sonar fuerte la risa, que llena de humo los cafés, que vacía con estrépito los *chopes* de cerveza; esta satisfecha, ingenua y gorda cordialidad, gracias á la cual nadie se enfada por nada, nadie se queja, nadie murmura, sino que todos, fraternalmente, van por el camino de la vida cotidiana cogidos de las manos cantando la canción del bienestar. ¡Ah! y también son de toda Alemania estas soberbias alamedas de castaños, estos parques simétricos, estas nobles enramadas á cuya sombra la vida cobra poesía.

¡Y también son de Alemania, de toda Alemania, los majestuosos edificios sin estilo y sin belleza, pero llenos de *confort* y de distinción, que contienen, en sus claras entrañas, las oficinas públicas, las cajas de los bancos, las *quichets* del correo, las agencias de viaje, lo más necesario, lo que en Francia y en España es sucio, incómodo, feo y que aquí es amplio y cómodo, en fin!

Y de Francia ¿no queda nada?

Sí; algo queda.

Queda el recuerdo.

Y queda algo más, que tal vez va á pareceros muy friyolo y que es muy importante. Queda, por encima de la germanización completa de la ciudad, el encanto de las mujeres.

Vedlas pasar en efecto, y comprenderéis en el acto que estas ligeras y rítmicas estrasburguesas no son hermanas de las bávaras, ni de las prusianas, ni de las austriacas. Y no es que sean más ó menos hermosas. La hermosura tiene poca importancia en este caso. Lo que distingue á la chica de Alsacia de la chica de Munich ó de Francfort, es la gracia coqueta, el andar elástico, la fantasía en el vestir y el aristocrático *sans gêne* de los ademanes. Aquí nada de sacos pesados para ocultar las formas. El talle, libre, ondula. Aquí nada de zapatos enormes. El pie, menudo y nervioso, palpita en el estuche finísimo de los botines Luis XV. Aquí, en fin, en

vez de sombreros hombrunos de paja, á la odiosa manera de Londres y de Berlín, hasta la más humilde modistilla cubre su cabeza morena con elegante y caprichoso *chapeau* á la parisiense, lleno de pájaros y flores; de locura y encanto.

¿Habéis notado que os he dicho su «cabeza morena»?

Es que en realidad, la alsaciana, por más del norte que sea, es pelinegra y ojiobscura. Antaño, cuando en vez de sombrero llevaba aquel poético toca lo que de lejos la hacía parecer una enorme mariposa de luto, sus *bandeaux* no chocaban bajo la cinta. Siempre fué morena y coqueta.

Me objetaréis que esto es poca cosa.

Está bien.

Pero decidme, entonces, con sencillez sincera ¿qué es lo más importante en una ciudad, desde el punto de vista estético? ¿Los monumentos? ¿Los jardines? ¿Las estatuas?

No.

Figuraos sólo un instante una metrópoli fantástica, en donde todas las casas sean palacios tan admirables como el Louvre, todos los templos tan soberbios como la catedral de Ulm, todos los jardines tan divinos como los del Alcázar de Sevilla. Penetrad en ella. Por todas partes, entre los monumentos y las flores, veréis hombres, nada más que hombres, hombres vestidos con obscuras y uniformes prendas. ¿Durará vuestro entusiasmo una hora entera? No lo creo. Y figuraos, en cambio, una ciudad de modestísima arquitectura y de pobre follaje, pero en la cual á cada paso apa-

rezca una belleza esbelta... ¡Cuán pronto habréis olvidado que no hay palacios, ni estatuas, ni monasterios, ni rosales! Porque el más bello de los monumentos es el cuerpo femenino, y la más bella de las estatuas la estatua viva, y la más bella de las flores, la mujer.

Así Estrasburgo con sus doscientas mil almas escasas, parece mucho más poblado que Hamburgo con su millón de habitantes; y sus cuatro ó cinco monumentos hacen palidecer todos los esplendores de Munich. Su tesoro son sus mujeres, sus airo-sas alsacianas de ojos negros, que saben formar, para sus pálidos rostros, el más encantador marco con los *bandeaux* virginales de su peinado y que dan á la ciudad perdida, á la ciudad lejana, un aspecto de barrio parisiense.

VI

BAILADORAS ORIENTALES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rezca una belleza esbelta... ¡Cuán pronto habréis olvidado que no hay palacios, ni estatuas, ni monasterios, ni rosales! Porque el más bello de los monumentos es el cuerpo femenino, y la más bella de las estatuas la estatua viva, y la más bella de las flores, la mujer.

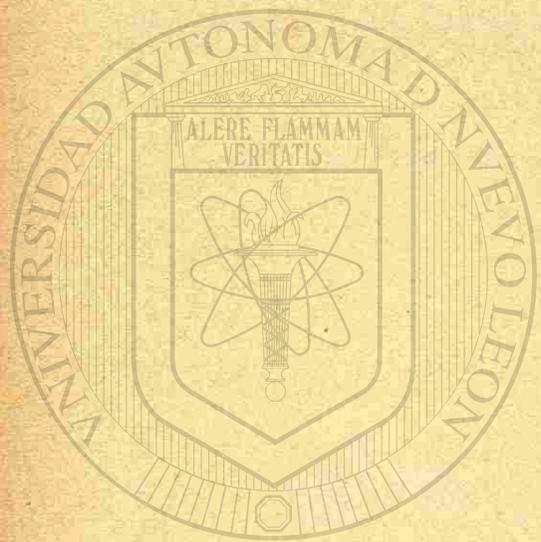
Así Estrasburgo con sus doscientas mil almas escasas, parece mucho más poblado que Hamburgo con su millón de habitantes; y sus cuatro ó cinco monumentos hacen palidecer todos los esplendores de Munich. Su tesoro son sus mujeres, sus airo-sas alsacianas de ojos negros, que saben formar, para sus pálidos rostros, el más encantador marco con los *bandeaux* virginales de su peinado y que dan á la ciudad perdida, á la ciudad lejana, un aspecto de barrio parisiense.

VI

BAILADORAS ORIENTALES

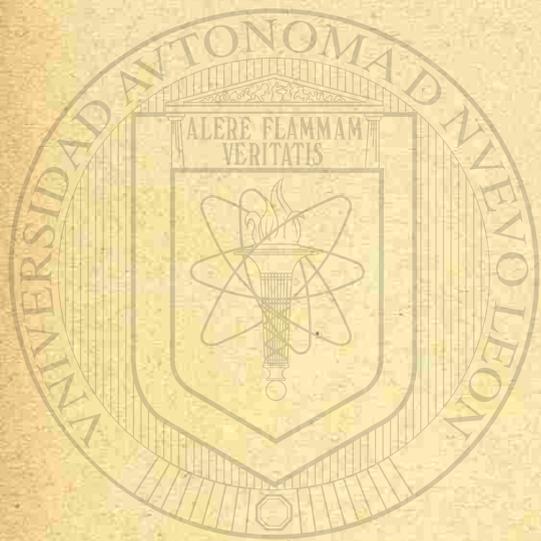
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

**Bailadoras orientales.**

Entre persas y abisinios, yendo de la calle de Argel á la de Túnez y de la hacienda boer á los patios sudaneses, tomando aquí *raki* y allá *sake*, viendo bañarse en el lodo á los malgaches, y oyendo la gaita extraña que suena entre los tapices de un bazar de Mequinez, me empapo de exotismo. Son las seis de la tarde. En las barracas orientales el baile principia.

Y poco á poco, á medida que la luz disminuye, el opio sutil de las evocaciones confusas me alucina hasta hacerme creer que en realidad estoy lejos de París y de Europa, en una ciudad de casas blancas, de habitantes negros, en una Babilonia, mitad árabe y mitad africana. Los gritos que se escapan por las ventanillas de los cafés, los tamboriles que suenan lejos, marcando el ritmo monótono de la danza del vientre, y el choque de las joyas de

bronce que adornan los tobillos de las Fatmas, me hacen pensar en orgías bárbaras.

¡Ja-la-la la ia la lá! Me llaman. ¿Por qué no entrar á aplaudirlas?

Judías de Constantinopla, árabes de Tánger ó simples criollas de Orán, las bailadoras orientales tienen siempre en el fondo de sus seres serpentinos una chispa del divino fuego que incendió veinte siglos ha, el vientre de Salomé. Todas son esbeltas, y, si no todas son bellas, al menos ninguna carece de cierta gracia sensual hecha de sonrisas siniestras, de temblores de fiera joven y de húmedas languideces de mirada.

Bailan, una tras otra, al son de címbalos y de gaitas, entre el estrépito ensordecedor de collares salvajes y de gritos de jaleadores negros; bailan, y se retuercen, y se estremecen con titilaciones de vértigo, y sacuden sus senos pesados, todo sin cambiar de sitio, sin alejarse del público, contemplando sus propios vientres desnudos, hasta que la agonía del espasmo final las obliga á doblar las rodillas para caer, convulsivas, con las pupilas perdidas bajo el párpado superior.

Una de ellas, la más joven, termina ahora. El ruido se atenúa. Ya va á caer. Ya no nos mira. ¡Oh! los ojos, los inmensos ojos blancos entre los círculos morados de las órbitas, los ojos sin vida y sin forma, vacilantes y casi líquidos. ¡Y la dentadura de granos apretados en el centro de esa flor de sangre que se coagula! ¡Y el perfume acre insinuante y enloqueciente, que sube, con violencia de grito, de los

sobacos frondosos, del pecho moreno, del sexo mismo; que sube en espirales diabólicas y que se dilata en ondas de lujuria para hacer palpar muchas sienas. Las artistas europeas siquiera bailan en tabladillos lejanos. Pero éstas están aquí mismo, á nuestros pies. Hijas de esclavos, tienen almas humildes, sentidos pasivos, cerebros vacíos. Lo único que saben es que deben encender, como Salomé, en los huesos del macho, la médula, y lo hacen conscientemente con una fe maravillosa.

\*\*\*

¿Quién no las ha visto? En todas las ferias, en todos los cafés de puertos cosmopolitas, aun en la más humilde fiesta de provincia, trabajan sobre una alfombra vieja á las órdenes de una Celestina del desierto, cuyo rostro es más feroz que el de los leones, compatriotas suyos, que rugen en la barraca de al lado. En general, se llaman Fatmas, y dicen, por medio de un intérprete negro, que nacieron en el jardín de un kalifa ó en el serrallo de un visir. También dicen que son vírgenes.

Pero cortesanas ó vírgenes, plebeyas ó nobles, judías de Constantinopla, árabes de Tánger ó simples criollas de Orán, son siempre divinamente excitantes gracias á lo que de Salomé heredaron.

\*\*\*  
Aquí en la Feria Universal, entre el Campo de Marte y el Trocadero, en la lla-

nura poblada de blancos minaretes, de misteriosos *casbakas* y de harenes herméticos, en la sección del ensueño, en el barrio de las mil y una noches, aquí, en una atmósfera espesa de emanaciones de humanidad africana, sólo figura la aristocracia de la especie.

Pero la raza es fecunda.

En todas las esquinas y bajo todos los portales, descúbrese rostros de fiebre y se oye reclamos sigilosos.

Esperad que anochezca por completo. La sombra es minuto por minuto más densa.

¡Las nueve!... Allá en el fondo, entre las esteras amarillas del café de Túnez, el hombre de bronce sigue tocando su gaita estridente. Y más allá, á la entrada de la calle de Argel, bajo un pórtico carcomido, una chiquilla de diez años, inmóvil cual un muerto, imitación viva de figuras de cera, cruel ejemplo de molicie inferior, una pobre chiquilla que pudiera ser graciosa si se moviese, si abriera los ojos, si no estuviera momificada; una lamentable chiquilla, hija del sol y de la arena, inspira miedo y piedad. Es una bailadora extenuada. Sus hermanas, algo mayores y de mayor resistencia, van á redoblar la actividad de sus cuerpos.

Porque á esa hora justamente, cuando las torres toman formas espectrales, y las lámparas eléctricas bañan el espacio con su lívido claro de luna; cuando la «cosa

siniestra» que angustió al rey David principia á pasearse por las sombras; á esta hora, ellas, las evocadoras de ritmicos pecados, las que funden con sus fuegos el hierro de las fuertes voluntades, las elegidas de la suprema catalepsia, las rosas cárdenas del rosal venéreo, se multiplican y lo llenan todo.

Sus reclamos sordos, en los cuales hay acentos de queja y rumores de animalidad en celo, hacen palidecer á los hombres y turban para siempre las almas de los adolescentes que pasan. «¡Já-lá lá-lá lá!»

Las alas pesadas de la voluptuosidad exótica puebla el aire de palpitaciones brutales. En la sombra, el Terror y el Deseo forman un abismo irresistible. Já-lá lá-lá-lá!

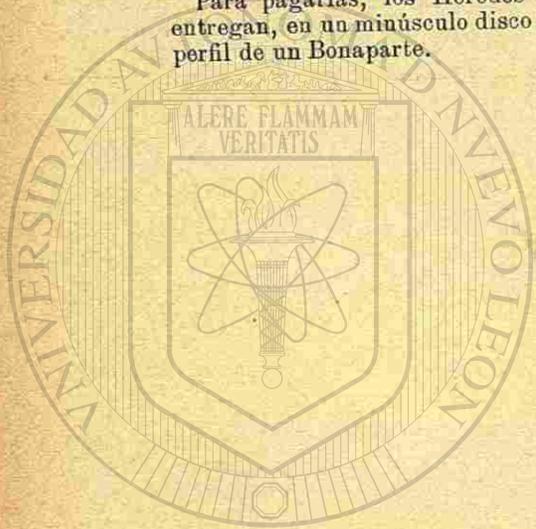
¡Y pasan las horas! Monótona la danza continúa entre ruido de tamboriles y estrépito de collares sacudidos. ¡Y dan las doce! Poco á poco, las luces del jardín mueren después de parpadear. El teatro egipcio y el palacio turco, la calle de Argel y el barrio de Túnez, enmudecen.

Las hijas de Salomé, unidas en rebaños multicoloros, caminan deprisa por la avenida que conduce á los suburbios baratos de la ciudad. Detrás de ellas va la Celestina. ¿Van á descansar sin duda?...

No. Allá, en el otro extremo, en habitaciones bajas, otras alfombras las esperan. Una para cada una y junto á la alfombra nu candil. Ha llegado el momento de la

danza secreta que dura pocos minutos y que termina convulsivamente entre brazos crispados ó decrépitos.

Para pagarlas, los Herodes modernos entregan, en un minúsculo disco de oro, el perfil de un Bonaparte.



VII

EL PRESTIGIO VOLUPTUOSO

DE LAS SEVILLANAS

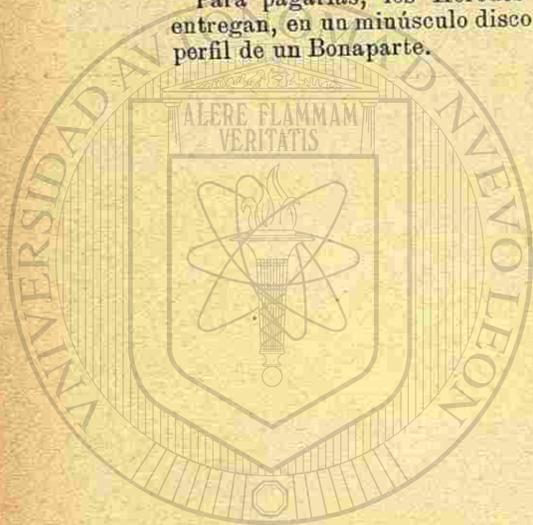
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

danza secreta que dura pocos minutos y que termina convulsivamente entre brazos crispados ó decrépitos.

Para pagarlas, los Herodes modernos entregan, en un minúsculo disco de oro, el perfil de un Bonaparte.



VII

EL PRESTIGIO VOLUPTUOSO

DE LAS SEVILLANAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

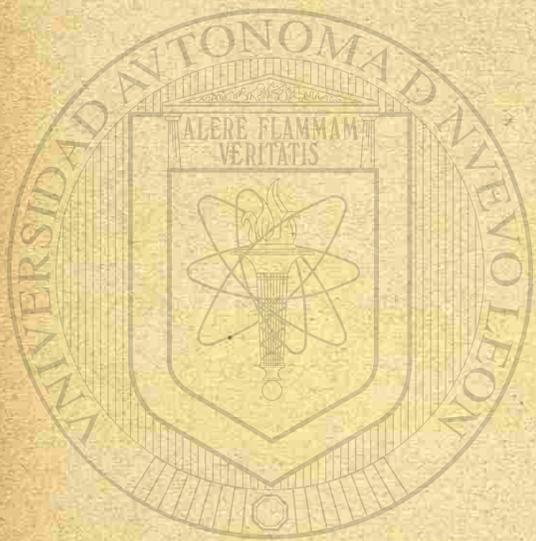


UANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

VII

**El prestigio voluptuoso  
de las sevillanas.**

Entre las cuatro ó cinco ciudades que el mundo ha escogido como puntos de peregrinación sentimental, Sevilla sobresale. Y no es que encierre más tesoros artísticos que Florencia; ni que su cielo sea más azul que aquel que se refleja en el golfo de Nápoles; ni que sus palmeras resulten, bajo el astro canicular, más elementos parasoles que las de Alejandría; no. Lo que hace de esta tierra el rincón que más suspiros nostálgicos arranca de pechos lejanos, es que á su prestigio plástico se agrega en todas las imaginaciones cultivadas un prestigio más irresistible y más humano: su gran prestigio amoroso y aventurero, su perfume de voluptuosidad, su leyenda sensual y sensitiva.

\* \* \*

La Andaluza de Teófilo Gautier, aristocrática y beata; la de Alejandro Dumas, alegre sin complicaciones sentimentales, coronada de claveles, risueña sin malicia; la de Lamartine, con ojos alucinadores de perlas negras, silenciosa, y celosa, y perezosa; la de Víctor Hugo, oriental de formas y de alma; la de Mérimée, morena y trágica; la de Barrés, instintiva y altanera, mística cual la de Gautier y morena como la de Hugo; las demás muñecas sevillanas fabricadas por los franceses para la exportación, llenan el mundo de visiones que atraen cual el Pecado y que sonríen como la Promesa.

De vez en cuando una española, muy bella, muy esbelta, de carne y hueso, de carne de rosas-té y de huesos que parecen elásticos, bailadora por lo regular, aparece en los conciertos de París, de Londres, de Nueva York ó de San Petersburgo, y confirma (Otero ó Guerrero), con el testimonio palpitante de su belleza morena, la leyenda de los poetas.

Las mujeres de otros países también son divinas. Pero no lo son del mismo modo. Y sobre todo, no lo son en Sevilla.

El marco aumenta el encanto de la imagen.

\* \* \*

Si es fácil, ó al menos hacedero para el psicólogo, descubrir y anotar las causas

sentimentales que aumentan en el mundo entero el prestigio de Sevilla, resulta, en cambio, punto menos que imposible encerrar en frases necesariamente precisas la noción flotante, vaga, vaporosa y contradictoria, de su verdadero encanto.

Y no quiero hablar de su gracia misma, cuya esencia, como la de todas las ciudades artísticas, sólo puede compararse en sutileza con el color de los rayos de luna y con el atractivo de las miradas femeninas.

A lo que me refiero es á la idea más ó menos falsa, pero sincera y entusiasta, que los extranjeros tienen de esta población. Ya sabemos lo que aquí los trajo, pero ¿y lo que aquí les gustó? Porque la pasión que una mujer ó un espectáculo pueden inspirar, no constituyen encanto ninguno. Las Carmencitas, las Rosarios, las Lolás, que bailan, que cantan, que enloquecen ó que engañan; los toros, que asustan primero y que luego, cuando no chocan, conquistan, pueden compararse en el paisaje ideológico que ahora compongo y escudriño, á dos obeliscos en un jardín. Sin duda ninguna, las admiraciones van á ellos ante todo. Su grandeza prima es el sitio.

Pero, ¿acaso no hay, más abajo, flores divinas? ¿Acaso en el ambiente el perfume no embelesa? ¿Acaso mirando hacia el fondo no se descubren, con alegría casi infantil, celajes en los cuales reside toda la belleza de la gama ígnea, nubes cuya forma encierra el secreto voluble de las curvas, irisamientos caprichosos, luces nun-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

ca vistas, líneas de una delicadeza desconocida?

Sí.

\* \* \*

Vemos, aunque de un modo incompleto, el encanto de Niza. Es el oro del sol y es el azul del mar. Es la dulzura del clima. Es, en lo práctico, las grandes alamedas en las cuales hay, bajo los árboles, bancos que sirven para contemplar cómodamente el vuelo de las quimeras. Es un encanto sin violencia. Es la gracia lánguida que seduce á los convalecientes sin causarles peligrosos sacudimientos.

Vemos asimismo, con más dificultad, el encanto de Florencia, hecho de suavidades ardientes, de recuerdos que exaltan, de rumores de campanas que llaman á lo lejos en la campiña cubierta de suaves pinos, y que no llaman justamente á orar, sino á soñar, á sentir, á amar. ¡Oh los paisajes *ne varietur* de Anatole France! En ellos está el alma florentina, fina como los puñales florentinos. En ellos se respira el ambiente, preñado de recuerdos de amor, de todos los siglos de la ciudad.

Y comprendemos también el encanto de Valencia, de su vega verde, de su mar de zafiro ó de esmeralda, de su pueblo claro que habla en una lengua sonora, gorjeante, y que, en el fondo de las pupilas, guarda rencores ancestrales; de Valencia, que es una Arabe rubia; de Valencia, perfumada por los naranjos en flor, iluminada



por un sol eterno, oreada por brisas del mar divino.

Pero el encanto de Sevilla...

\*  
\*  
\*

El autor extranjero que más me ha desconcertado en este punto difícilísimo, es Maurice Barrés, quien dice: « ¡Sevilla! ¡Ah! su verdadero encanto reside en los follajes verdes, entre el aire calcinado... »  
¿Nada más que en eso?

Pero, con ser tan caprichosas y tan locas tales palabras que lo mismo pueden aplicarse á Tánger que á Túnez, no son en el océano de lo que se ha escrito sin cuidado sobre esta ciudad, sino dos gotas de aceite sacudidas por las olas.

Otros escritores insisten demasiado en la frescura de las calles estrechas, suprimiendo así de sus descripciones la luz del sol. En otros, lo que más encantador parece es el aspecto multicromo de las calles, con sus casas pintadas y los balconillos en los cuales mil flores embalsaman la atmósfera. Los más coloristas se fijan de preferencia en los tipos populares, pintorescos gracias á los colores del traje y de los adornos; significativos á causa de sus actitudes petulantes; nobles por su mirada y por su palabra. Los eruditos se detienen en cada esquina, y—evocando recuerdos emocionantes ó pintorescos—sólo ven sombras en la ciudad viva.

En cuanto al encanto completo y complicado de la ciudad, sería necesario ex-

traerlo, como esos perfumes que se llaman *bouquets*, de la destilación de mil libros diferentes: ingleses y franceses, americanos y alemanes.

\*\*

Y aun así, quizás lo único que conseguiríamos, uniendo las observaciones de todos los que han escrito sobre Sevilla, sería hacer una serie sin fin de observaciones que, juntas, no constituyesen una definición verdadera. Veríamos contrastes. Veríamos, junto á la torre mora, la basilica cristiana; veríamos en una plaza de aspecto medioeval, nichos poblados de hércules, de césares, de luchadores paganos; veríamos, en cabezas rubias, ideas sarracenas, y almas del siglo XIII en envolturas de árabes. La mezcla nos desconcertaría. Las calles que parece que suben hacia la mezquita, y que de pronto desembocan ante una capilla cristiana, son un símbolo local. Si á este símbolo le agregamos una gota de gentilismo, tal vez logremos hacer vivir el alma sevillana, alma complicada, aunque no tanto como su encanto indefinible y penetrante, seductor y fluido, intenso y vaporoso.

Se dice Sevilla lejos de aquí ¡Sevilla! ¡Sevilla!... se dice entre las brumas remotas, tras los mares, ultra los montes. ¡Sevilla! Y en las mentes son, evocados por el prestigio de la ciudad mágica, paisajes de sol y de azur, con manchas sangrientas de claveles y manchas rojas de naranjas; y son, entre palmeras, palacios

árabes, sin nombre ni forma, vagos como una canción lejana, y frescos cual una sonrisa de labios vírgenes; y son los techos multiformes de la Catedral, y los techos de la ciudad, y la ciudad misma, blanca y verde, dominada por la divina flor arquitectónica, por la Giralda tutelar; y son, oídos al claro de la luna, bajo un cielo indico agujereado de oro parpadeante, coplas de amor, aires de fiesta, notas de alegría nerviosa, voces humanas y voces de guitarra que se unen, sonando cual una melopea entre la algazara rítmica de palmas que baten y de castañuelas que aletean; y es la danza admirable, amorosa sin vicio, voluptuosa sin estudio, casi sagrada, casi casta, hierática y serpentina, llena de promesas, llena de sonrisas, ligera como un torbellino y, sin embargo, clara y rítmica; la danza incomparable que nadie, fuera de aquí, puede aprender, cuyas cadencias nacen con los cuerpos de la tierra. Y son, en un fondo sin orden, como en una pintura de pandereta, copas de vino rubio, mantones bordados, y claveles, y más claveles; y son pórticos moros y frescos patios, y rejas bajas, y misteriosas callejuelas...

...Y en medio de todo, dominándolo todo, aparece de pie, sonriente, soberana, la Andalucía.

\*\*

Porque en la imaginación exaltada del mundo, las bellezas que los siglos amontonaron en la ciudad, no forman sino un al-

macén de accesorios para ella. Ella escoge, según el humor del momento, lo que mejor le conviene cada día para presentarse ante sus admiradores, que son, al mismo tiempo, adoradores. Su capricho transforma los paisajes ideales. Si cree que debe ir con alta peineta y blanca mantilla en un cortejo suntuoso de espumas de encaje, todas las visiones de Fortuny se ponen á su servicio. Si quiere ser más árabe, las suntuosas fantasías de Renault la adornan.

Para las fiestas íntimas, la paleta de Sargent da mantones y faldas bordadas de oro. Y otro poeta del pincel, también sajón, el gran Dannat, pone á su servicio para animarla, para adularla, para mimarla, sus legiones de jaleadoras.

Todo en la fantasía del mundo cambia ó puede cambiar. Unos ven á Sevilla muy moruna; otros muy europea; éstos cristianísima; los de más allá, casi pagana.

En lo único que todos están de acuerdo es en la imagen que se forman de la Andalucía. ¡Imagen única!

## VIII

## LA AGONIA DE LA GHESHA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

macén de accesorios para ella. Ella escoge, según el humor del momento, lo que mejor le conviene cada día para presentarse ante sus admiradores, que son, al mismo tiempo, adoradores. Su capricho transforma los paisajes ideales. Si cree que debe ir con alta peineta y blanca mantilla en un cortejo suntuoso de espumas de encaje, todas las visiones de Fortuny se ponen á su servicio. Si quiere ser más árabe, las suntuosas fantasías de Regnault la adornan.

Para las fiestas íntimas, la paleta de Sargent da mantones y faldas bordadas de oro. Y otro poeta del pincel, también sajón, el gran Dannat, pone á su servicio para animarla, para adularla, para mimarla, sus legiones de jaleadoras.

Todo en la fantasía del mundo cambia ó puede cambiar. Unos ven á Sevilla muy moruna; otros muy europea; éstos cristianísima; los de más allá, casi pagana.

En lo único que todos están de acuerdo es en la imagen que se forman de la Andalucía. ¡Imagen única!

## VIII

LA AGONIA DE LA GHESHA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Sadda Yacco en *Oselia*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



### VIII

#### La agonía de la Ghesha.

La divina Sadda Yacco y sus comediantes acaban de encarnar por segunda vez, ante el público cosmopolita de París, todo el encanto alado del arte japonés.

Gracias á ella (y á ellos) hemos visto escaparse de los ideales abanicos, de las cajas de laca, de las cancelas suntuosas, á la humanidad menuda y hierática del Extremo Oriente, entre vuelos de ibis y muecas de máscaras. Hemos admirado á las *gheshas*, á los caballeros y á los *samurayes*. Hemos temblado ante las peleas en las cuales los minúsculos rivales demuestran que tienen almas de tigres y miembros de gatos salvajes. La hemos visto á ella, flor carnal, cortesana sensitiva, loto blanco de jardín lejano, vivir, en un instante, toda una existencia de frívolos amores, y luego morir con una sinceridad hasta hoy nunca vista en el teatro.

\*\*

«Es una linterna mágica de horror, de terror, de encanto» —decíanos Oscar Wilde al salir del teatro. Y luego, como alucinado por el espectáculo, nos describía con frases febriles las escenas del drama. Y eran, en sus pinturas, bailadoras de amplios trajes rameados de oro, de verde, de rosa, blancas de rostro cual muñecas de porcelana, con ojos ojerosos y misteriosos, con manos exangües, moviéndose menudamente. Y eran guerreros envueltos en láminas de acero, erizados de sables, de puñales, de lanzas, con cascos en cuya cima los dragones fabulosos abren sus fauces de espanto. Y eran, bajo los almendros floridos, parejas melancólicas que se extasían al claro de la luna oyendo cantar, en el fondo de sus propias almas, la eterna romanza del amor exclusivo. Y eran, en barquichuelos de bambús, en ríos de aguas blancas, piratas minúsculos que se abordan, que rugen, que luchan, que mueren. Y siempre, en todas partes, la divina Sadda.

\*\*

Ni Sarah, ni Réjane, ni la Duse, me produjeron nunca la misma sensación que esta muñeca pálida, que mira con ojos de felino amoroso y que gorjea una lengua para mi hermética. Vestida de *ghesha*, entre amplios pliegues de terciopelo negro,

sobre el cual los pájaros de oro abren las alas y los monstruos rojos se retuercen; siendo mimosa, perversa, sutil; siendo coqueta sin ondulaciones, coqueta y hierática al mismo tiempo, mezcla de cortesana y de sacerdotisa; complaciéndose, sin sonreír, grave cual un ícono, entre sañudos amantes que se disputan á estocadas sus gracias, parece una encarnación de las pecadoras admirables que imaginó Goncourt contemplando las estampas de Utamaro. Y luego, ya desgredada; luego, cuando la pasión cruel muere, con ferocidad digna de los monstruos bordados en las mangas, su pobre alma de vendedora de caricias; luego, cuando de la muñeca muerta surge, palpitante, la mujer celosa para vivir una epopeya de dolores, de penas y de angustias en un instante supremo, en un minuto de locura, de fiebre, de vértigo; luego, en el delirio de sus deseos desencadenados, bajo el dominio de sus sentidos que aúllan, en el último límite de su arte, cuando el amor y la muerte se mezclan y forman en su rostro un abismo de luces verdes, de fosforescencias amoratadas y de funerales reflejos; cuando su faz, ya descompuesta por los hipos últimos, sonríe aún al amado con sonrisa de otro mundo, la sensación del espectador es sobrehumana.

«Lo maravilloso entre lo maravilloso—dice Claretie—es ver sucumbir á la *ghesha*. Viéndola caer, Mounet Sully no pudo menos de llorar, l eno de admiración, de espanto, de dolor. La flor humana, tan seductora; la amorosa, tan ligera cuando baila,

truécase en terrible mujer en sus instantes de furia celosa. Sus facciones se contraen. Diríase una siniestra máscara de su país. Grita con gritos roncós, singulares, parecidos á aullidos de gata salvaje. Su cabellera en desorden da á su rostro una expresión espantosa. Os digo que es admirable, más que admirable.»

Esta admirable artista tiene, empero, una modestia casi infantil. «Yo no soy sino una aficionada»—dice. Y lo dice con tal empeño, con tanta sencillez, con tan gran convicción, que para no creerla, es preciso recordar las sensaciones experimentadas al verla en el teatro. «Soy una aficionada»—murmura, lo mismo que Lamartine exclama: «Soy un simple *amateur*.»

Oídla contar sus recuerdos.

«—Yo era *ghesha*—dice,—pero no de *casa de té*, sino *ghesha* libre, cuando, hace siete años, Kawa Kami se casó conmigo. Este era un hombre político tan rico cual estimado, que, después de un fiasco electoral, abandonó el Parlamento y consagróse al teatro, decidido á renovar en nuestra tierra el arte escénico desde un punto de vista realista. Abrió en el acto una escuela dramática. Al cabo de tres meses tuvo trececientos discípulos. Su teatro fué desde un principio el más conocido de Tokio. Un día, ebrio de modernismo, propúsose hacer un viaje por América y Europa.»

¡Pobre Sadda Yacco! ¡Pobre *ghesha* sentimental! Desde que su esposo y amo pensó en ausentarse, ya no hubo para ella ni tranquilidad ni goce. Con resignación casi animal siguióle á Norte América, consolándose al pensar que «San Francisco está enfrente de Yokohama, y si alguien tuviese vista muy penetrante, vería de un puerto á otro».

«En la gran Metrópoli californiana—continúa la *ghesha*—hicieron á mi marido proposiciones admirables para que representara una obra cualquiera. En el acto escogió *El caballero*. Los ensayos tuvieron un éxito asombroso. Pero la víspera misma de la noche del estreno, el joven actor que representaba el papel de cortesana cayó enfermo de gravedad. ¿Qué hacer? Yo le dije á mi esposo adorado que me permitiera representar aquel papel y, como su bondad es infinita, me lo permitió, á pesar de que las leyes japonesas castigan severamente á la mujer que aparece en las tablas al lado de un hombre. ¡Ah! ¡Bien hizo mi marido! El éxito que obtuve fué tal, que el público de San Francisco invadió al fin del espectáculo el escenario y me llevó en triunfo hasta nuestro hotel.»

Hé allí, pues, á la divina Sadda dichosa. Pero su gozo cae inmediatamente en un pozo. Los cónsules de su patria la advierten, en cada ciudad, del castigo severísimo que le aguarda en su Tokio natal. Cada paso en el mundo, cada triunfo en el arte, es un nuevo tormento por venir. Su pobre alma de muñeca, enloquecida, no sabe qué hacer. En Nueva York, en Chi-

cago, en Boston, en Plimouth, en Liverpool, en Manchester, todo el mundo la aplaude. Al fin llega á Londres. Su éxito es tal, que la reina Victoria la llama á su palacio, la hace representar una de sus «creaciones» y luego la dice, como los monarcas de los cuentos azules, que la pida lo que quiera.

«Lo único que yo quería—escribe—era el perdón de mi emperador. Así lo dije á su majestad Victoria, quien me ofreció obtener, no sólo mi perdón, sino además el permiso de representar las comedias que quisiera en el Japón mismo al lado de mi esposo y de sus discípulos. Yo no lo creía. Sin embargo, tres días después el ministro del Mikado vino á verme á mi hotel londinense y me dijo que nuestro señor y amo permitía, en vista de las exigencias de la reina Victoria, que yo apareciese en el escenario, tanto fuera como dentro de sus dominios, con tal que mi esposo legítimo figurase en la misma comedia.»

Desde entonces la admirable artista, la divina *ghesha*, camina de triunfo en triunfo. Hoy tiene veintitrés años y su fama es ya universal.

\*  
\*\*

Después de morir en París y en Londres como un lirio trágico, la divina musmé propónese hacer ver su agonía á los habitantes de todas las ciudades europeas. Irá á Roma, á Berlín, á Viena, á Madrid, á Barcelona, á Bruselas. Y en todas partes los hombres, viéndola expirar, sentirán la sensación propia del supremo dolor.

Su muerte es su triunfo. Todo en su cuerpecillo delicioso sufre, palpita, se retuerce. Su rostro todo agoniza, se descompone, se vuelve verde, pierde su carne nacarada, pierde su forma, pierde hasta su perfume. La atmósfera se impregna de olores insufribles de putrefacción. Una angustia infinita se apodera del público. Y queriendo huir del dolor del espectáculo, nuestras miradas van á caer en el fondo del escenario, sobre la decoración que ostenta vértigos de *samurayes* heridos bajo el vuelo de inmensos peces quiméricos.



IX

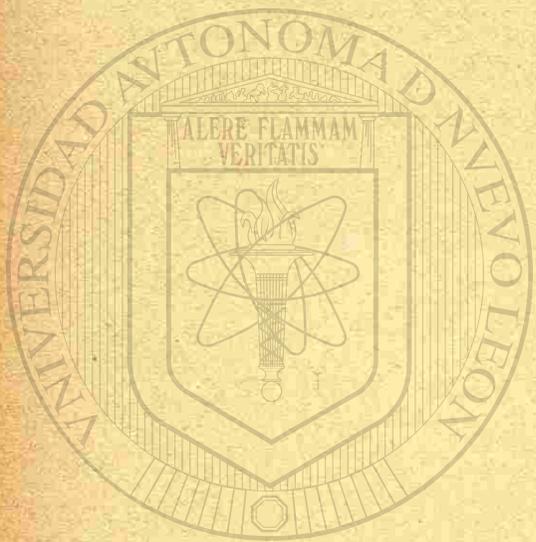
LA MUJER Y SU JUGUETE

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



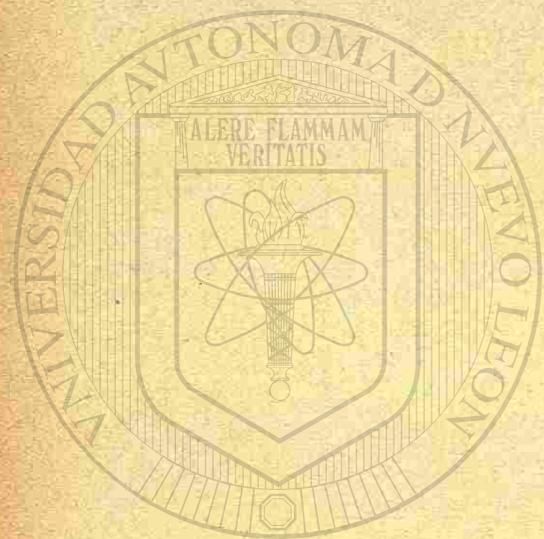


UANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

IX

### La Mujer y su Juguete.

Lo mismo que una famosa novela de Pierre Louis, los albums del dibujante Bac podrían titularse: *La femme et le pantin*. La *femme*, la parisiense, es siempre deliciosa y siempre endiablada. Rica ó pobre, aristocrática ó plebeya, morena ó rubia, chica ó grande, tiene en todo caso una gracia perversa y una singular elegancia. Más que bella es bonita, y más que bonita seductora. Es lo que en francés se llama *peor que linda*.

En cuanto al *pantin*, el títere, sigue, entre sus manos, siendo lamentable y ridículo. Vedlo en sus metamorfosis. En la primera página aparece solo, solo con su tristeza, solo con sus deseos.

Lleva un monóculo. Está vestido conforme al último figurín. Su sombrero ostenta los nueve reflejos reglamentarios, y su corbata es fresca y frondosa cual una flor.

Dejadlo pasar. Helo aquí en el patio del castillo, junto á una pálida marquesita. Ella pregunta, bostezando: «¿Conoce usted á lord Byron?» — «Sí» — contesta él. — «Pues tráigalo un día» — concluye ella. Y á pesar de todo, el que más risible parece es él, el eterno *pantín*, que ni se atreve á aceptar la feminidad con toda su ignorancia, ni es capaz de erguirse con fiereza de amo. Algo más lejos aparece del brazo de su mujer, en el vestíbulo de un palacio. Tres compañeros suyos salen á su encuentro sonrientes, perfumados, lustrosos, floridos. Uno, el más gordo, le dice: «A tiempo llegan ustedes. Justamente nos estamos repartiendo las mujeres que no quieren á sus esposos.» La mueca es desgarradora, sin dejar de ser cómica. Porque en el *pantín* todo inspira sonrisa. Por eso es *pantín*. Ella, la seductora, tira los hilos. ¡Oh! ¡Y con cuánta crueldad los tira! ¿No véis aquellos ojos que se salen de las órbitas, aquellos labios crispados, aquellas manos que tiemblan, aquellas venas que se hinchan? ¿Quién es ese pobre ser? Es el *pantín* grave, el *pantín* que palpita febrilmente aguijoneado por el deseo, que palpita y que tiembla. Un paso más. Ved el cuadro del *Ingrato*. Lívido, con los ojos cavernosos, el *títere* no se atreve á entrar. Ella le dice: «¿Ya vendiste tus esmeraldas? Entonces, ven. ¿Cuánto te dieron por ellas? Diez mil...? Dámelos... Y no me hagas sufrir más con tus ingratitudes, rico.» La ironía es feroz. Volved la página, y casi, casi, llegaréis á la tragedia. Entre bastidores, el pobre marido, vestido de guerre-

ro romano, se precipita sobre su mujer y saca la espada para matarla. «¡Eh—le grita ella—que es de cartón!» Fuera de los bastidores, siempre entre gente de teatro, él, flaco, calvo, espuma el puchero, mientras ella ríe en la sala con *los otros*. Pero, ¿á qué seguir al *pantín* página por página? En una sola, titulada *L'heure du berger*, está todo él, en cuerpo y alma, hecho legión, hecho humanidad, siempre lamentable, á causa de ella, que ríe, lasciva y cruel, en el centro.

¡*La femme et le pantin!* ¡La mujer y el títere!

En estas imaginaciones de un realismo caricaturesco hay algo de bestia y de felino. La pantera femenina, ágil como la de la selva, y como ella inconsciente, destroza corazones, anula raciocinios y mata sensibilidades. Es la devoradora profesional de entrañas. Es la vorágine, inconsciente cual un elemento, implacable cual una abstracción. Su aliento envenena embalsamando. Oponer diques á su fuerza, es como querer contener el Océano.

\*  
\*

Bac, artista errante, ha visto en todas partes el mismo espectáculo. En Constantinopla, en Alejandría, en Berlín, en San Petersburgo, en Londres, en Roma, en Madrid, en París, en cualquier lugar donde hay hombres y mujeres, en fin, hay *femmes* y *pantins*. La heroína de Pierre Louis es andaluza exteriormente, pero en el fondo es universal. Bac ha preferido

ENTRE ENCAJES.—8.

vestir á la suya de parisiense, sin duda para hacerla más rica, más lujosa, más coqueta, más artificial.

¡Qué artista de su propia persona es esta mujer, en efecto! Con su cabellera rubia—no más rubia que la de una inglesa, no más abundante que la de una alemana—se hace, según la frase de Mallarmé, «un casco perfumado». No pudiendo embellecerse materialmente los ojos, educa su mirada; la hace tierna ó fogosa, á su antojo, dispone de ella cual de un arma. Sus labios la obedecen, sonriendo, según invariables reglas de personal estética. ¡Y qué decir de la voz! Esa voz fluida, fina, musical; esa voz que acaricia, que gorjea, que halaga y que no es la misma que sirve para dar órdenes á los lacayos ó para insultar al marido; esa exquisita voz para visitas y galanteos, es, en una palabra, el triunfo supremo de la artificiosidad mujeril. En cuanto á su cuerpo, es un verdadero trozo de húmeda y maleable arcilla. Cada una se hace las formas que quiere. Más aún: se las cambia conforme cambia la moda. Hoy que las madonas de Boticelli dominan, es alta, casi incorpórea y esbelta, cual un tallo de azucena. Ayer era espléndida á la manera de las grandes damas del gran siglo. Mañana, puesto que Watteau parece gustar de nuevo, puesto que á la señorita Clairon la erigen estatuas, puesto que la aristocracia da fiestas en los Trianones, mañana será menuda, rosada y florida, como las marquesitas Luis XVI. Los albums de Bac nos la muestran en todas sus bellezas y también, á veces, en la más bella de todas:

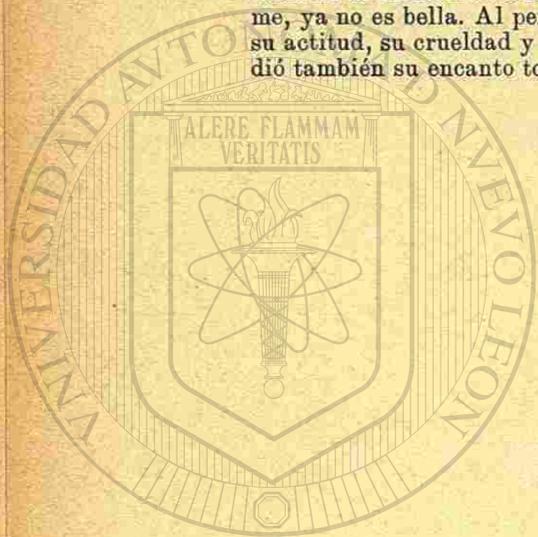
vestida únicamente de la seda de su piel y envuelta no más en su blancura.

Viéndola en sus divinas metamorfosis, se comprende su prestigio irresistible. No es un ser como nosotros, no; no es una criatura natural. Es una creación complicadísima en la que hay algo de joya, algo de flor, algo de pájaro y algo de serpiente. Es una cosa luminosa, pulida, suave, olorosa, ligera, etérea, vibrante, variable, ondulante, casi alada y tan sonriente, tan sonriente. Además, es la encarnación del eterno enigma. Las almas que se ahogan en sus ojos, aumentan su misterio; y sus labios, tintos en sangre de corazones varoniles, son como rosas mágicas. Es un abismo que atrae.

Para pretender oponerse á tan formidable fuerza de mal, es necesario estar loco. Bac nos lo indica así, en la última página de su *Album*, titulada *Le fou*, y que es la más bella de sus obras.

Ved. Un paisaje parisiense: muros de piedra, techos altísimos, cúpulas lejanas. La atmósfera, cargada de polvo, resulta, en la luz del poniente primaveral, de un color de rosa marchita. A derecha é izquierda, la muchedumbre se agolpa. Todos los rostros denotan miedo y espanto. Delante del pueblo pavoroso, un hombre medio vestido arrastra por los cabellos á una mujer medio desnuda. Es el *pantín*. Es la *femme*. ¡Pero es el *pantín* trágico, el pobre muñeco enloquecido por tanto engaño,

por tanta burla, por tanta lágrima! En la diestra, crispada, tiene un enorme cuchillo. Su rostro horrible expresa un gozo inefable en el momento de herir. Ella, exánime, ya no es bella. Al perder su dominio, su actitud, su crueldad y su enigma, perdió también su encanto todopoderoso.



X

LA PARISENSE ARISTOCRÁTICA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

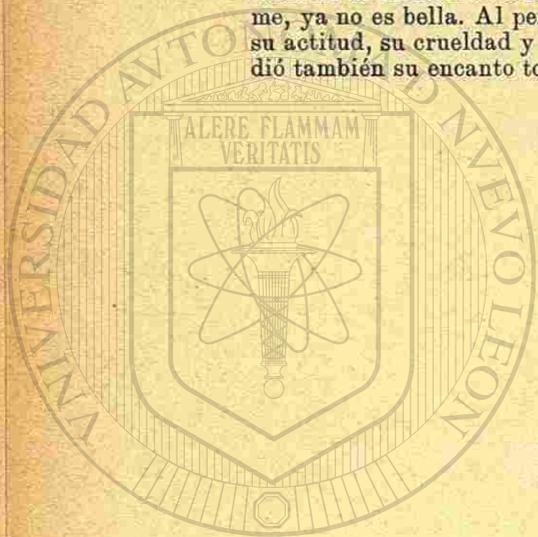
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

por tanta burla, por tanta lágrima! En la diestra, crispada, tiene un enorme cuchillo. Su rostro horrible expresa un gozo inefable en el momento de herir. Ella, exánime, ya no es bella. Al perder su dominio, su actitud, su crueldad y su enigma, perdió también su encanto todopoderoso.



X

LA PARISIENSE ARISTOCRÁTICA

# U A N L

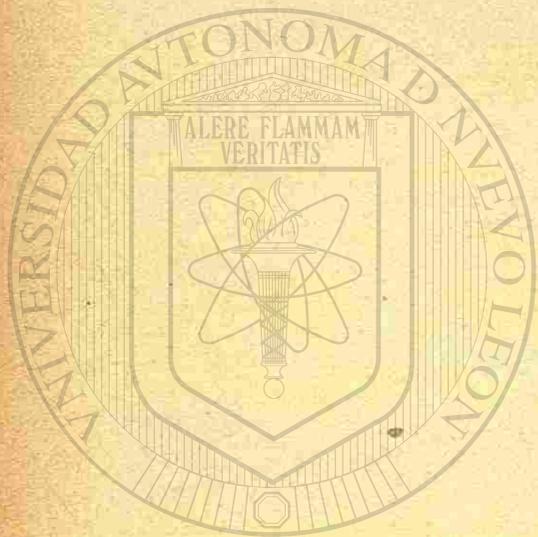
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

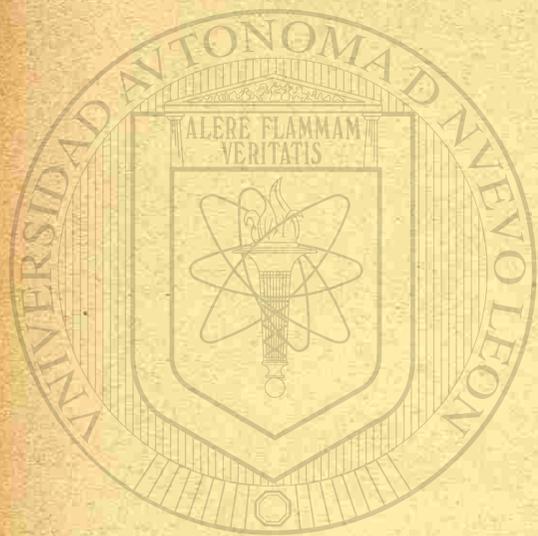


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

X

### La Parisiense Aristocrática.

«Las dotes del pintor no bastan al retratista, que debe ser un psicólogo siempre despierto é inquieto, deseoso de sorprender y de expresar los estados del alma de su modelo.

GABRIEL MOUREY.»

Esta mujer alta, esbelta, ondulante, que nos sonríe con tanta discreción en las vidrieras de los *marchants de tableaux*, es la flor suprema de una raza. Todo en ella es fino, pulido y rítmico. Sin ser más bella que otra mujer cualquiera, tiene, en su gracia frágil, un sello de aristocrática superioridad. Desde luego se nota que ha nacido para gustar, para seducir. Ved sus manos esmaltadas como joyas, y decidme si pueden ser capaces de algo más que de una caricia, de un saludo, de un signo de cruz. ¡Y sus labios, pues! Son nidos de besos, de cuchiños, de risas, de galanterías. Desde

su infancia le han enseñado á gustar. Es la parisiense del pintor Helleu.

\* \* \*

Hela aquí en el cuadro de *le cigarette*, apenas púber y ya coqueta, ya grave, sabiéndolo todo y adivinando lo que no sabe. Es Noemi Hurtrel, la de *L' Irreparable*; es Jacqueline, la hermana de Maud, en *Demis-Vierges*; es Chiffon, la deliciosa Chiffon de Gip, es la niña moderna, rica, noble, atrevida, capaz de decir á su novio, sin rubores y sin fanfarronería: «Chico, me parece que un día ú otro acabaremos nosotras, las mujeres, por divertirnos antes de casarnos. Y la gente dirá: «Fulanita tuvo veinte amantes antes de casarse. Por lo mismo es una buena mujer. Las señoritas que no han vivido no son esposas perfectas.»

Naturalmente, una vez casada, esta parisiense se siente más libre que siendo soltera. Su vida verdadera comienza al salir de casa de su madre. Nada la espanta. A la buena amiga de su familia que va á darla consejos el día mismo de su casamiento, contéstala, risueña: «¡Estoy enterada! Y no es que antes haya tenido otro amante, no. Bourget y Prevost nos juran que es «once mil veces virgen.» Acordaos de Mme. Martin Belleme en el *Lirio Rojo*, de Anatole France, la cual, siendo muy buena, no puede menos de engañar á su marido. La razón de esta fatalidad nos la da otra parisiense de la misma clase, la encantadora heroína del *Mariage de Juliette*.

«No tengo—dice—la menor intención de ser infiel al señor de Nivert, y pido á la Providencia que me permita continuar siendo la leal mujer que soy ahora. Pero todo el mundo, á mi derredor, habla del amante como de un acólito inevitable: de manera que mi espíritu está, de antemano, acostumbrado á la idea.» Esta y las demás, todas las demás, las buenas, las malas, las perversas, las sanas, son víctimas del *flirt* tan magistralmente estudiado por Hervieu en dos ó tres libros que son como tratados de Medicina social de tal modo se ve en ellos que el adulterio es una epidemia, un mal que se contagia. Una madama de Tremeur, en efecto, basta para precipitar en brazos de cien amantes á sus cien honestas amigas. «¡Engañemos!» dicen. Horrible, ¿verdad? Y, sin embargo, no es posible dejar de perdonarlas. ¡Son tan inconscientes! Simona (la Simona de *Lettres de femme*, de Marcel Prevost) confiesa que «el adulterio no difiere de ningún modo del matrimonio,» y luego, simbolizando á toda una especie femenina, se dice á sí misma; «¡Pobre muchacho! Le he dicho lo mismo que á mi marido. Pero trataré de que no sepa que no le amo... Eso es... Que ambos crean en mi amor.»

En cuanto al marido, «ignora por lo general.» A veces, como el Maillane de Gip, «vive de su deshonra.» Otras veces se precipita, cual Jacques, el de *l' Armature*, y golpea á su mujer. En cuanto á matar, eso nunca. «Las costumbres contemporáneas—dice un moralista—se han dulcifi-

cado entre las aristocracias europeas hasta el punto de considerarse ridículo todo acto de venganza, todo movimiento de alma entera.»

Pero ¿á qué hablar del hombre? En los dibujos de Helleu la mujer aparece siempre sola. Sin duda cuando se apea del *coupe*, enseñando el extremo de su breve pie, con algo del principio de la media de seda entre el oleaje de las blondas de la enagua, no va á misa. Va á casa de su «amigo». Y cuando, muy envuelta en abrigos de pieles, muy cubierta de espesos velos, *trotine*, ligera por una callejuela desierta, es que vuelve de una cita. Va y vuelve siempre igual en apariencia, siempre sonriente, siempre serena. Su rostro divino, es impasible. Las tragedias sentimentales no le arrugan ni el traje ni la frente. ¿Os acordáis de madama Martin Belleme recibiendo una bofetada de su amante y presentándose muy tranquila á sus amigos un momento después? Es un símbolo. Otras hay que vuelven á sus salones como si salieran del convento, mirándolo todo beatamente, y que llevan el corazón apañaleado. En los bailes de la aristocracia, en las fiestas del gran mundo, no hay palos, no hay navajazos. Pero no por eso deja de haber heridas. La parisiense que aparece de pie, vestida con un traje que es un poema, en *La Colonne* de Helleu, tiene, sin duda, una pena profunda. ¿Por qué lo creo? No lo sé. En realidad, sus labios más bien expresan regocijo. Sí; sin duda. Pero yo creo que sufre y la tengo lástima.

XI

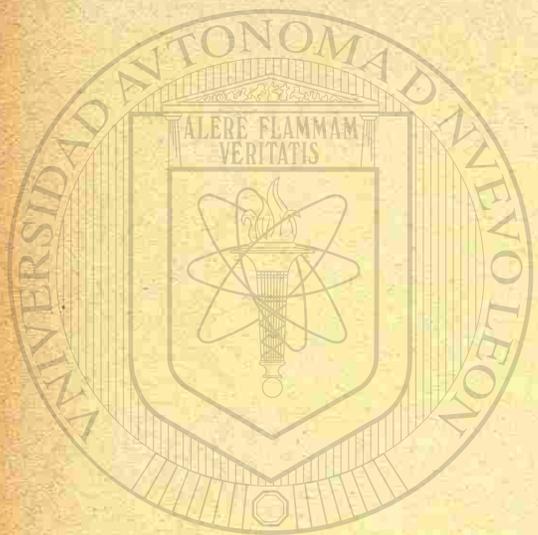
UNA BAILARINA GRIEGA

cado entre las aristocracias europeas hasta el punto de considerarse ridículo todo acto de venganza, todo movimiento de alma entera.»

Pero ¿á qué hablar del hombre? En los dibujos de Helleu la mujer aparece siempre sola. Sin duda cuando se apea del *coupe*, enseñando el extremo de su breve pie, con algo del principio de la media de seda entre el oleaje de las blondas de la enagua, no va á misa. Va á casa de su «amigo». Y cuando, muy envuelta en abrigos de pieles, muy cubierta de espesos velos, *trotine*, ligera por una callejuela desierta, es que vuelve de una cita. Va y vuelve siempre igual en apariencia, siempre sonriente, siempre serena. Su rostro divino, es impasible. Las tragedias sentimentales no le arrugan ni el traje ni la frente. ¿Os acordáis de madama Martin Belleme recibiendo una bofetada de su amante y presentándose muy tranquila á sus amigos un momento después? Es un símbolo. Otras hay que vuelven á sus salones como si salieran del convento, mirándolo todo beatamente, y que llevan el corazón apañaleado. En los bailes de la aristocracia, en las fiestas del gran mundo, no hay palos, no hay navajazos. Pero no por eso deja de haber heridas. La parisiense que aparece de pie, vestida con un traje que es un poema, en *La Colonne* de Helleu, tiene, sin duda, una pena profunda. ¿Por qué lo creo? No lo sé. En realidad, sus labios más bien expresan regocijo. Sí; sin duda. Pero yo creo que sufre y la tengo lástima.

## XI

## UNA BAILARINA GRIEGA

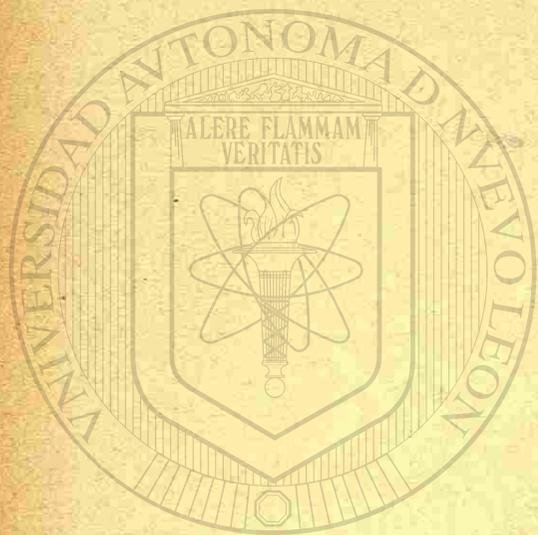


U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

**Una bailarina griega.**

Griega de origen y griega de alma, esta estatua animada de mármol rosa, realiza todas las noches ante el público cosmopolita del «Casino de Paris», un milagro artístico de resurrección. Gracias á ella podemos ya conocer una parte, hasta hoy ignorada, del arte de aquel pueblo de dioses y de amantes, cuya imagen es aún el más impecable modelo de belleza que poseen los hombres.

En los museos, algunas Venus mutiladas, nos revelan, al propio tiempo que la divina armonía de los cuerpos gentiles, el genio de sus creadores. Los poetas, más mutilados aún (mutilados y adulterados por pedantes maestros de escuela sin gusto y sin entusiasmo), nos son asimismo familiares; y adivinando á través de traducciones (que son traiciones) lo que soñaron, lo que inventaron, lo que ama-

ron, les admiramos con supersticiosa idolatría. El teatro y los libros filosóficos; las obras de los maestros mosaístas y las de los pacientes alfareros; todas las artes clásicas, en fin, han encontrado, durante estos últimos cinco siglos, apasionados y doctos guardianes.

Sólo la danza quedaba aún ignorada.

Verdad es que algunos historiadores (entre los cuales es necesario citar en primer término á Maurice Emanuel) habíamos ya explicado su mecanismo técnico y su importancia simbólica. Pero lo que en ella más interesa al artista, que es *ella misma*, y su gracia, y su plasticidad viviente, seguía encerrado en el arca del misterio, guardada por Hermes.

Esta bailarina acaba de abrirnos tal arca.

No sé si los griegos admiraron tanto á sus poetas y á sus estatuarios, como á sus bailadores y bailadoras.

Luciano dice: «El arte del baile es tan antiguo como el arte del amor: nacieron juntos y juntos viven». — Simónides escribe: «El baile es una poesía muda». — Platón se expresa así, hablando de la danza: «El hombre ha recibido de los dioses, con el sentimiento del placer, el don del ritmo y de la armonía». — El escudo de Aquiles, cincelado por Vulcano, no representaba escenas guerreras, sino «un centenar de muchachas adolescentes que bailaban, con los divinos cuerpos apenas velados por

gasas finísimas y con las cabelleras trenzadas de rosas». Es Homero quien nos lo dice. Mas para comprender la importancia capital que los griegos daban al baile, es necesario leer, en Plutarco, la descripción de las fiestas en las cuales Esquilo y Sófocles (éste último con máscara de mujer), bailaban ante el pueblo entusiasmado.

Muchos bailadores griegos fueron nombrados embajadores ó generales, y los *coristas danzantes* de las tragedias eran escogidos entre los más nobles y más ricos ciudadanos del estado, de lo cual sentíanse dichosos por acrecentarse así su dignidad durante el resto de sus vidas».

Todo en Atenas se celebraba con danzas: la gloria de los dioses y el triunfo de los ejércitos. Bailábase en los entierros (gravemente) y en las ceremonias nupciales también se bailaba (con ardor). Cuando los feacios quisieron festejar á Ulises, no le ofrecieron ni oro, ni sedas, sino el espectáculo de multitud de efebos bailando al son de la lira de Demódoco.

\*\*\*

De las cuatro categorías en que el arte coreográfico griego se divide, según la clasificación de Ateneo, la bailarina del Casino parece desconocer, ó desdeñar, las tres más antiguas. En realidad, quizás ni las desdeña ni las desconoce; sino, teniendo que trabajar sola, cree imposible ejecutar *eméleias* dramáticas, líricas *hipocremas* ó religiosas *apolónicas*, y se contenta con reconstituirlas — divinamente! — las

«danzas particulares» establecidas y defendidas por Licurgo.

Yo no lo siento. En esta última categoría, que sin duda es la más plástica, la más delicada, está comprendido todo lo que en las otras seducía al poeta. No hay en ella cortejos patrióticos para recordar gloriosas victorias, ni apoteosis sacerdotales para halagar el instinto religioso de la multitud. Su fin está en sí misma. La bailarina ondula por ondular, por producir con sus actitudes, con sus ademanes y con el vaivén sabiamente acompasado de su cuerpo, la impresión de la belleza multiforme. Cada actitud es un cuadro ó una estatua. La artista, moviendo un pie, inclinando el cuello, arqueando los brazos, modificando, conforme á leyes orquestales, las líneas de sus miembros jóvenes, es á veces Venus que llega, y á veces Diana que huye. Es un breve universo de la hermosura. Es el mundo que habla, que suplica, que exige, que ríe, que vibra, que palpita. Es un cinematógrafo lento. Todo el arte y todas las artes, viven en ella. Siendo poeta cuando hace soñar, conviértese en artista cuando produce la impresión de la belleza. Lo es todo.

¡Divina bailarina!

\*\*

Envuelta en un velo blanco y casi transparente, surge, bajo la luz rubia de los reflectores, marchando con gravedad de icono, al compás de una flauta solitaria é invisible en la cual hay ecos del festín de Alcibiades

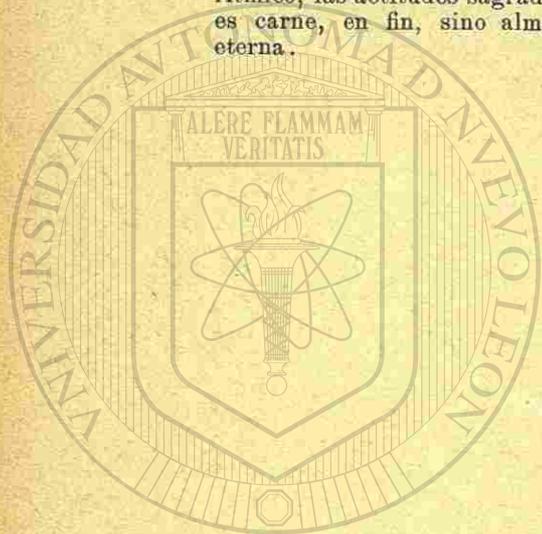
Al principio diríase una afrodita algo púdica, que no tuviese sino la misión de hacerse ver y hacerse admirar. Pero poco á poco, á medida que los acordes musicales se multiplican y se animan, deja de ser la Belleza para convertirse en la Gracia, y deja de ser la Línea para llegar á ser el Ritmo.

Aparece sola. No importa. Toda la Grecia antigua la sirve de cortejo. Gira alrededor de un punto ideal, y las imaginaciones evocan la zarabanda de las chicas del Acrópolis que, cogidas de las manos, hacían un cerco de flores de carne al templo de la Diosa; yérguese luego inclinando sobre el hombro derecho el rostro congestionado, y marcha, con un tirso en la diestra, con el velo blanco entreabierto, muy despacio, siguiendo el movimiento de la música, temblando, estremeciéndose, y, en nuestra imaginación, un coro de bacantes la acompaña y el Dionisio sagrado le precede, con la corona de pámpanos sobre las sienes.

\*\*

Hay tal languidez, tal abandono, tal molicie en el arte de la bailarina del «Casino», que la sala entera, sin comprender quizás las perfecciones de su arte, dominada únicamente por el soplo de pasión que viene del proscenio, se conmueve. Nadie ve los ojos verdes, profundos y fosforescentes de la mujer; nadie ve sus labios encarnados y carnosos, húmedos y sonrientes: nadie percibe las palpitaciones de

sus sienes que sufren y gozan; ni siquiera se ve su cuerpo de curvas perfectas. Lo único que apasiona y que alucina, que domina y que impresiona, es el movimiento rítmico, las actitudes sagradas, lo que no es carne, en fin, sino alma antigua y eterna.



XII

RÉJANE EN LA INTIMIDAD

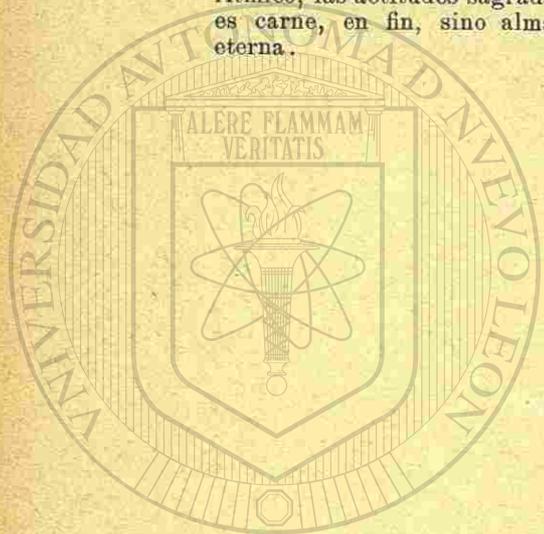
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



sus sienes que sufren y gozan; ni siquiera se ve su cuerpo de curvas perfectas. Lo único que apasiona y que alucina, que domina y que impresiona, es el movimiento rítmico, las actitudes sagradas, lo que no es carne, en fin, sino alma antigua y eterna.



XII

RÉJANE EN LA INTIMIDAD

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

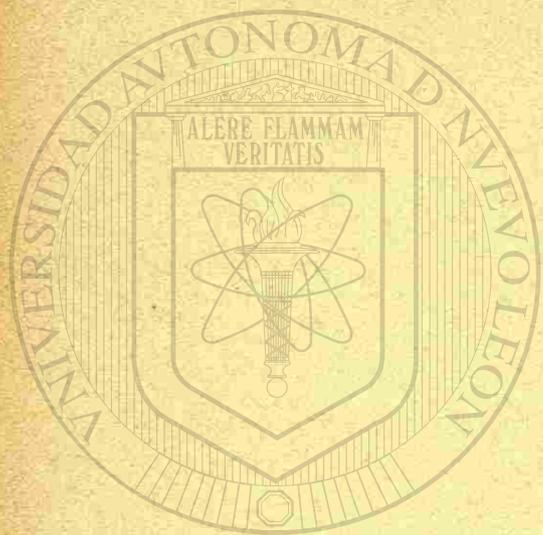


UAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE

XII

Réjane en la intimidad.

—A veces de lo que tengo ganas es de enfermarme... No mucho... no... Nada más que lo indispensable para que los médicos me obliguen a descansar durante un mes... Porque mi ensueño favorito es tener unas semanas de reposo, de pereza, de soledad... ¡Un mes entero!... Le aseguro a usted que saldría corriendo de París y me refugiaría en mi casita normanda, en mi blanca cabaña de la playa, para ver pasar las nubes, oyendo la canción de las olas...

Y la ilustre actriz entorna los párpados, sonriendo a sus visiones campestres.

¡Qué bonita está!

No; en realidad no es bonita. Es algo mejor, algo más raro, algo más admirable. Es lo que en francés se llama *pire*, es decir, *peor*, peor que bonita. Sus facciones no son perfectas. ¡Qué importa! El espíritu las borra y las sustituye con un *conjun-*

to, con una fisonomía exquisitamente agradable, llena de malicia, de ternura, de voluptuosidad, de ingenio, de seducción, de encanto indefinible, de gracia diabólica. Vosotros que la habéis visto en el teatro, decidme si no es cierto que, al cabo de pocos minutos, su naricilla menuda, sus carrillos ajados, todos sus rasgos, en fin, desaparecen para ne dejar sino una mirada y una sonrisa.

Por eso Riehepin escribió para ella el papel de la Glú, en el cual se necesita, antes que belleza y coquetería, verdadera perversidad innata.

¡La Glú! Los críticos viejos se acuerdan de aquella velada memorable como de un pecado. La mujer doce veces impura y mil veces cruel, la mujer toda caprichos y toda nervios, la rosa del rosal cárdeno, apareció dominando cual una nueva Salomé, al hombre fuerte y sencillo. «Esta chiquilla —dijo Sarcey— es la encarnación de la crueldad».

Réjane sonríe recordando aquella frase.

Lo cierto, dice, es que desde el principio de mi vida tuve como una noción inconsciente del modo de hacer sufrir. Mi niñez se empapó en lágrimas y en sangre. Mi madre trabajaba en el Ambigú, teatro de melodramas espeluznantes. Yo iba siempre con ella. Al salir, nos dirigíamos á un café cuyos dueños eran amigos nuestros. El marido golpeaba diariamente á su mujer. Luego estalló la guerra. Yo vi la Comuna y mis pobres ojos conservaron eternamente el espanto de lo que entonces vieron.

\*  
\*\*

— A la edad de once años, dice, al volver del colegio, me ponía á decorar abanicos; me los pagaban á dos francos veinticinco céntimos la docena.

— ¡Oh la miseria dorada!.. Por no descontentar á nuestros parientes ricos, que no nos servían para nada, no íbamos mamá y yo á buscar el trabajo sino que dábamos veinticinco céntimos por docena á una intermediaria que traía los abanicos y se los llevaba una vez pintados. Así todo el mundo ignoraba... Y podíamos pasar brillantemente vestidas delante de nuestra portera. Afortunadamente cuando cumplí los doce años, una pequeñísima herencia permitió á mamá comenzar á realizar su ensueño de hacerme institutriz. Heme allí, pues, á los quince años, ya de subprofesora en la escuela. ¡Cuarenta francos al mes y el almuerzo! Pero yo no tenía vocación; no, no. Mi pobre mamá tuvo que decidirse á dejarme entrar en el Conservatorio, en donde, para ganar algunos reales, daba lecciones á dos señoritas que tenían un terrible acento bordelés. Yo era á la vez discipula y profesora de este modo. ¡Qué gran emoción la de aquel día en que mi maestra Regnier, después de dejarme recitar una escena sin interrumpirme, me dijo: «...tu serás una gran artista»!

¿Sabe usted en lo que pensé en aquel momento?... Parece mentira... Pensé que el mundo entero veía mi falda demasiado corta y mis botines muy viejos...

\* \* \*

La única figura grande y buena que Réjane ve allá en el fondo de sus primeros recuerdos, es la del actor Regnier.

— ¡Qué bueno era! — murmura.

Y luego, animada por el cariño, deja correr el caudal de sus anécdotas.

— Mi maestro Regnier — dice — fué quien me hizo aceptar en el Conservatorio y me dió, en 1873, un premio. Parece mentira, pero lo que más me preocupó, antes de presentarme en público, en el concurso, fué mi traje. Mi madre me había hecho una *toilette* blanca, de tarlatana. Pero no tenía guantes, y esto me entristecía, me humillaba, me hacía llorar. Al fin, la mujer de Regnier me regaló un par. Una de mis amiguitas me preguntó si no me pondría alguna joya. Lo único que poseíamos era un guardapelo de hierro... Me lo puse, pero lo cubrí con un ramo de jazmines. Sarcey me vió. Le gusté. Habló de mí. Un empresario, poco después, me dió un empleo en una comedia... Pero, ¡qué mala suerte !

Réjane sonríe, ya no con la regocijada sonrisa de hace un instante, sino con tristeza.

— La noche de mi estreno — continúa, — en el momento en que yo iba á decir mi primera frase, el actor Carré, que debía costearme, se puso malo y me dejó plantada en medio de las tablas. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Creí que el mundo entero se hunó. Y de pie, inmóvil, lloré,

hasta que el traspunte me llamó entre bastidores. Allí estaba Regnier que me abrazó para consolarme. Porque en todas partes donde yo tenía necesidad de protección, de apoyo, de cariño, surgía el viejo maestro con sus flacos brazos abiertos. Ahora mismo, en instantes penosos, acudo á su retrato y, viendo su dulce fisonomía, me parece que le oigo de nuevo decirme: «No llores, hijita. .; esta vida no vale la pena de que uno se afija... Vamos... Una risita para tu viejo amigo...» ¡Ah!... ¡Si estuviese aún vivo, me serviría más que antes. Cuando uno crece en años y en fama, las penas, los trabajos, también crecen. Ya usted ve los procesos en que estamos metidos.

\* \* \*

La gran actriz, en efecto, ve ahora la ingratitud de los amigos. Los accionistas del Teatro Vaudeville, que si cobran pingües dividendos lo deben exclusivamente al prestigio de la que todas las noches encarna allí el alma de la parisiense, han entablado un proceso para exigir la devolución de una parte de las sumas cobradas durante este último año por Réjane. «Considerando — dicen — que el director ha ultrapasado sus derechos al dar, como sueldo, á la primera actriz, la mitad de los productos brutos totales, pedimos la restitución, etc.» Pero el director, con razón, arguye que si la Réjane cobra la mitad, es porque produce el total. «Ya lo veréis — dice — cuando la estrella os abandone, para

su gran *tourné* por la América del Sur». Pero los accionistas insisten en reclamar, y se indignan pensando en que la mujer que en 1877 no cobraba sino 9,600 francos al año, perciba ahora unos 1,000 francos diarios. «Con 500 francos por noche—dicen—estaría bien pagada». Pero ella persiste en exigir la mitad.

—De lo contrario exclama—me marcho á otra parte.

\* \* \*

Una de las obras que Réjane se propone representar en su gran *tourné* es la *Bohemia*, de Murger y Barrère.

—No sé por qué—me dice—esta pieza me es tan querida. Tal vez consiste en que la estrené en una época de relativa dicha, allá cuando la embriaguez de los primeros triunfos me permitía ver la vida menos gris de lo que es... ¡Hace veinte años!... Más.. Fué en 1880, en primavera. Aun me veo enloquecida por el exceso de trabajo, corriendo sin cesar de mi casa al teatro y del teatro á mi casa. El papel de Mimi me inquietaba muchísimo. Yo comprendía que era necesario ser sencilla, completamente sencilla. Y esto es mil veces más difícil que ser complicada. Además, la escena de la agonía era una tentación para mí. Siempre me ha gustado morir. Hay papeles más difíciles que me costaron menos trabajo.

Otra comedia que Réjane piensa llevar en su repertorio de viaje, es *Germinie Lacerteux*, de los Goncourt, cuyo estreno, en París, hace quince años, fué uno de los

más ruidosos acontecimientos de la lucha realista. Porel refiere, en una página pintoresca, aquella velada en la cual los silbidos se mezclaban con los aplausos. El actor Antoine, furioso, dice al público: «¡Imbéciles!» Los gritos aumentan. De cuando en cuando dos espectadores se abofetean. Y en el momento en que más borrascosa está la sala, comienza la escena de la *cremerie*. Réjane, sencillamente vestida, entra, entrega el dinero á Jupillon y se aleja murmurando: «No me lo devolverás... lo mismo que siempre». No es nada. Pero hay tal emoción en este vacío, en este dolor nulo, que la sala entera, de acuerdo, al fin, aclama á Germinia

En su gran *tourné* representará también la célebre *Zazá* y algunas comedias de Donuay y algunas otras de Meilhac.

—De Meilhac, sobre todo—exclama la artista.

Esta admiración se comprende. El dramaturgo recién muerto fué quien mejor supo encarnar en seres de una exquisita gracia, la mezcla de frivolidad y de pasión, de ligereza y de ardor, de mentira y de verdad que anima á la parisiense mundana. Recordad aquella inquietud que en *Decoré* hace que Enriqueta recorra en un instante el camino que va del odio al amor. Recordad á las elegantes, «vendedoras de frivolidades». Recordad la heroína de *Ma Cousine*. Todo en la divina artista, al encarnar la pasión moderna, nerviosa, enfermiza, vibra, sufre, se exalta.

—¿Y *Lisistrata*?

La actriz me contesta:

—No, eso es demasiado parisiense.

En efecto, sólo en esta ciudad se concibe la libertad de representar una obra que tiene de común con la de Aristófanes el título y las desnudeces.

Pero hay otra comedia, del mismo autor, que Réjane no debe dejar nunca de representar. Es *La Dolorosa*. En ella el alma de amor, de dolor y de vicio, de la mujer que ama y que engaña, aparece chorreando sangre, agonizando de sufrimiento y amando siempre, á pesar de todo, por encima de todo, amando con angustia infinita.

Para mí esta creación y la de *El Lirio Rojo*, de Anatole France, son sus dos obras maestras. Nunca olvidaré la impresión que sentí al verla representar el papel de Teresa, al verla ser cruel y clemente á la vez, al verla llorar entre risas, reír entre lágrimas, al verla multiforme, incomprensible, inexplicable, amando sin saber por qué, odiando sin razón, siendo la mujer febril, la infiel de hoy, de ayer y de mañana, la engañadora de siempre, la adoradora eterna, la que acaricia con la mirada, con la sonrisa, con la voz, la divina muñeca parisiense, en fin, que tiene cabellos de seda, carnes de cera, nervios de acero, ojos de esfinge.

Otra de sus más deliciosas creaciones es

*Hora*, de Ibsen. Desde aquí la veo yendo y viniendo por su casa de muñeca, siempre activa. Su cuerpo es frágil, pero su alma es fuerte. Desde aquí la veo abrir, de pronto, los ojos ante la luz de las ideas y abandonar á su marido, á sus hijos, para correr en busca de un ideal de libertad humana. ¡Pobrecilla!

—Sí—me dice Réjane,—todo eso es muy lindo. Pero yo creo que en el extranjero lo que más les gusta son las obras de aparato y de intriga. Así en Nueva Orleans, en Montreal, en Boston, en Londres mismo, el público me pedía que repitiese sin cesar *Madame Sans Gêne*.

La crítica seria ha dicho á Réjane:

«—Camináis hacia la monotonía. Representáis siempre el mismo papel. Sois la parisiense irónica, ligera, frívola, elegantemente neurasténica, caprichosa hasta la locura, y tan inconstante, tan inconstante, que da pena pensar en ello. Vuestro tipo es digno de admiración. Pero carece de variedad. Diríase que no disponéis sino de una máscara. En todo caso, jamás os hemos visto representar un papel que no sea vos misma. Tened cuidado. El verdadero artista debe tener innumerables aspectos.»

La artista, siempre cortés, debe de haber sonreído con melancolía al oír tales palabras. Porque, en verdad, nada es tan injusto como decir que carece de variedad.

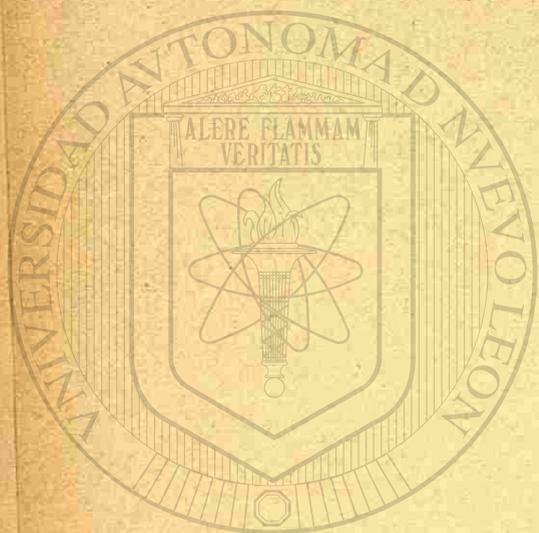
Encarnando el alma de la parisiense de nuestra época, de la nerviosa, de la endiablada muñeca del siglo xx, de la que, entre los encajes de sus corpiños, esconde el más complicado mecanismo de alma humana, es más variada, más infinita, más multiforme, que sus compañeras, las clásicas damas de la Comedia Francesa. En su tipo, único y eterno, compendia más que el «breve mundo» y el «breve cielo» de Calderón. Compendia la neurosis dolorosa, amorosa, caprichosa, de este tiempo. Es el «breve infierno» de París...

En la habitación donde la eximia actriz me recibe, hay dos retratos suyos. Uno, pintado por Besnard, representa á la amante plebeya, á la muchacha sensual y cruel, instintiva y ardiente de algunas de sus más famosas creaciones. Es el retrato de la Glú, de Safo, de Nana. El otro, obra de Chartran, es más fino, más mundano. Los ojos admirables refrenan cuidadosamente el ardor brutal de la mirada y los labios contienen las palabras que no deben decirse. Es el retrato de Teresa, de Nora, de Zazá, de la Dolorosa.

—Son imágenes antiguas — me dice. — Además, como sus autores son amigos cariñosos, me han enguapecido. Amabilidad...

La artista sigue hablando unos instantes. Pero yo ya no oigo lo que dice. Sus palabras me interesan ahora menos que su

voz, su voz velada, que no es de oro como la de Sarah Bernhardt, sino de seda; su voz suave, penetrante, sutil, llena de matices finísimos, acariciadora y cantante; su deliciosa voz de amor, de recuerdos, de galanterías y de quejas...



XIII

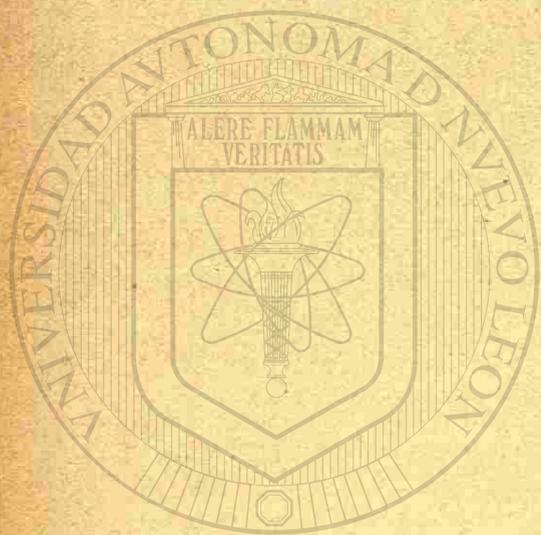
LAS TEORIAS Y LAS PRACTICAS  
DE ISADORA DUNCAN

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



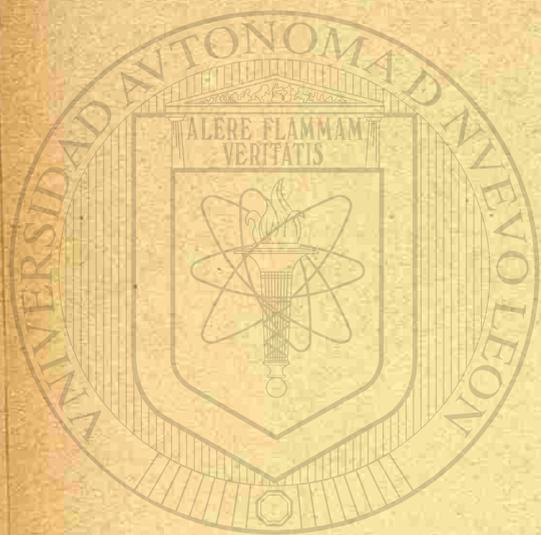
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





XIII

**Las teorías y las prácticas de Isadora Duncan.**

Después de bailarlas —divinamente— estatua que baja, con los albos pies desnudos, de su zócalo—figura pálida que se escapa del lienzo—después de bailarlas, Isadora Duncan nos explica sus danzas. Con ingenua pedantería nos habla de Darwin, de Haeckel, de Galileo, de la tierra y de las nubes. Nos dice que el ritmo del cuerpo humano debe ser, como el de las olas, eternamente natural, y que ningún artificio puede, sin ser sacrilegio, obligarnos a movernos de otro modo.

Nos dice que todos los ademanes, todos los gestos, todas las actitudes de los salvajes son bellos.

Nos dice, en fin, que fuera de la desnudez no existe belleza natural y completa. Oíd el tono doctoral de sus discursos: «El hombre que ha llegado á la meta de la cultura, debe, para recobrar la naturali-

dad en los movimientos, volver á la desnudez del salvaje. Pero, eso sí, ya no se trata de la desnudez primitiva, sino de una desnudez reflexiva del hombre en el período adulto de la evolución humana, del hombre cuyo cuerpo quiere ser la expresión armónica de la inteligencia. Una vez esto dicho, será fácil comprender la siguiente definición que resume el principio del baile futuro, á saber: «La danza verdadera no es ni más ni menos que una trasposición de la gravitación del Universo en el individuo humano.» Ya lo véis. ¡Y nosotros que no repetíamos nunca sin cierta ironía la frase célebre de «¡cuántas cosas en una pavana!» ¡Y yo que, más que vosotros y más que todos, padecía de la secreta convicción de que las bailarinas no podían tener ideas!... Aunque si bien se ve, entre las nebulosas doctrinas de Isadora (la de los pies albos) apenas hay una ancestral vulgaridad, una vulgaridad sagrada. «Imitemos á la Naturaleza» es, en resumen, lo que dice. Lo malo es que no lo dice como los poetas, con armoniosa sencillez, sino á la manera detestable de los filósofos. Leed, por ejemplo, estas líneas: «Los movimientos primordiales ó fundamentales del nuevo arte de la danza deben llevar en sí mismos el germen de que puedan salir todos los movimientos ulteriores que, á su vez, producirán formas más elevadas, expresiones más altas y motivos é ideas que crezcan hasta lo infinito.» ¿No os parece oír un fragmento de libro alemán sobre las proporciones de la obra de arte? Ya Mallarmé, sutil teórico del baile, ha-

bía dicho en una de sus divagaciones: «A savoir que la danseuse n'est pas une femme qui danse par ce motif qu'elle n'est pas une femme.» Sólo que para el maestro, al dejar de ser mujer, la bailarina se convertía en «metáfora viva», y no en profesor de estética.

«Es, dice, la que baila, un compendio de los aspectos elementales de nuestra forma, puñal, copa, flor, etc., sugiriendo, por el prodigio de giros y ondulaciones, con una escritura corporal, lo que para expresarse en prosa requeriría párrafos dialogados y descriptivos. Es, en fin, un poema libre de escrituras.»

Mallarmé se refería á la bailarina clásica, á la de la enaguilla vaporosa, á la de las piernas color rosa, y esto es, para la nueva teórica, un pecado imperdonable. «Vosotros—exclama— que encontráis placer en contemplar las estrellas de teatros, vosotros no sabéis, con la vista, romper los velos». La frase es gráfica y parece más propia de un novelista naturalista que de un metafísico kantista. Por desgracia es en la larga prosa de la artista la única que dice algo nuevo, algo humano. «Vosotros que admiráis eso, es porque no rompéis los velos».

Y es cierto. Todos, viendo á la bailarina fuera de la escena, nos hemos sentido crúelmente sorprendidos por su fealdad. Los cuerpos no conservan, al salir del conservatorio especial, ninguna de sus suavidades plásticas. Los músculos rompen, con su desarrollo toda armonía. Los pechos se marchitan. Los brazos se enflaque-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

ANEXO 1625 MONTERREY, MEXICO

cen. Y lo más absurdo es que toda esta obra de sacrilega destrucción no tiene por objeto sino permitir una resistencia mayor en las puntas de los pies, una resistencia inútil en el arte y sólo estimable como esfuerzo. Si las predicaciones de la Duncan pudieran salvar de la deformación algunos cuerpecillos de Francia y de Italia, su labor no habría sido inútil. En cuanto á pretender mezclar todas las artes en una sola coreográfica y mimica, oigámos nuevamente á Mallarmé. Oigámosle en francés, ya que traducirlo en lengua clara es imposible: «Allier—dice—mais ne confondre; ce n'est point d'emblée et par traitement commun qu'il faut joindre deux attitudes jalouses de leur silence respectif, la mimique et la danse tout á coup hostiles si l'on en force le rapprochement.

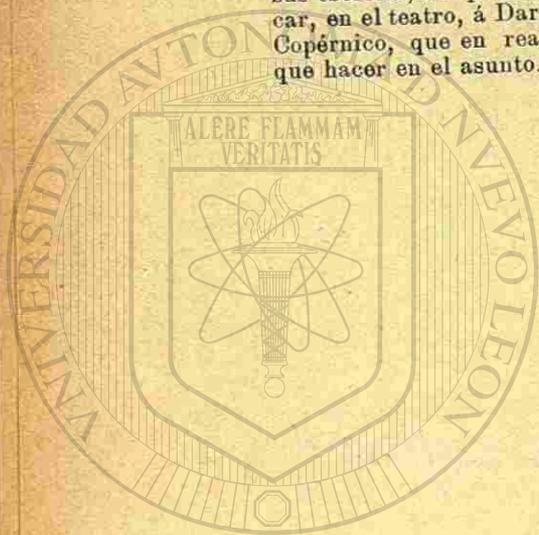
Exemple qui illustre ce propos: a-t-on pas tout á l'heure, pour rendre une identique essence, celle de l'oiseau, chez deux interpretes, imaginé d'élire une mime á coté d'une danseuse, c'est confronter trop de difference! l'autre, si l'une est colombe, devenant j'ignore quoi, la brise par exemple. Au moins, très judicieusement, á l'Eden, ou selon les deux modes d'art exclusifs, un thème marca l'antagonisme que chez son heros participant du double monde, homme déjà et enfant encore, installe la rivalité de la femme qui «marche» (même á lui sur des tapis de royauté) avec celle, non moins chère du fait de sa voltige seule la primitive et fée.»

Lo que el maestro dice, Isadora Duncan lo prueba. Más plástica que lírica, es el

mimo al lado de la bailarina; pero no es la bailarina, no es el ser de pies alados, no es la que con piruetas rítmicas, sin sentido neto, realiza la belleza. Sus actitudes significan siempre algo de preciso. Son actitudes esculturales. Son, desde el principio hasta el fin, monótonamente, divina y monótonamente, actitudes en que se nota un esfuerzo intelectual. Pero ¿dónde está el poema de puro amor, de puro capricho, de pura voluptuosidad, que cantan con sus redondeces serpentinas las inconscientes bailadoras de Sevilla, de Nápoles, de Atenas? La desnudez misma — una desnudez relativa — de su cuerpo sin caderas, tiene algo de seco, algo de antipagano. Es una desnudez protestante, rígida y púdica, no con el pudor antiguo hecho de ignorancia, sino con una «pudicie» evangélica. Ya otras muchas artistas, con menos pedantería, habían realizado esta misma danza. La admirable Odette Valery nos había hecho ver, en lentos poemas plásticos, las metamorfosis de las estatuas antiguas y diez, cien anónimas muchachas de Montmartre, nos habfan, las noches de cortesjos, realizado en carne viva, en carne rubia, los ensueños de Boticelli, de Correggio, de Rubens y de Wateau. Sólo que todas aquéllas procedían por instinto y sin teorías.

¡Las teorías! Si Duncan no las tuviese, y sobre todo si no las expusiera en largas frases de bruma, su arte pareciera más bello. Viéndola bailar entre ritmos lentos; viéndola ondular suavemente en el bosque sagrado de las musas eternas, no pensa-

riamos sino en ella, en el arte, en la belleza, en el amor. Pero ya preparados por sus escritos, no podemos menos que evocar, en el teatro, á Darwin, á Haeckel y á Copérnico, que en realidad nada tienen que hacer en el asunto...



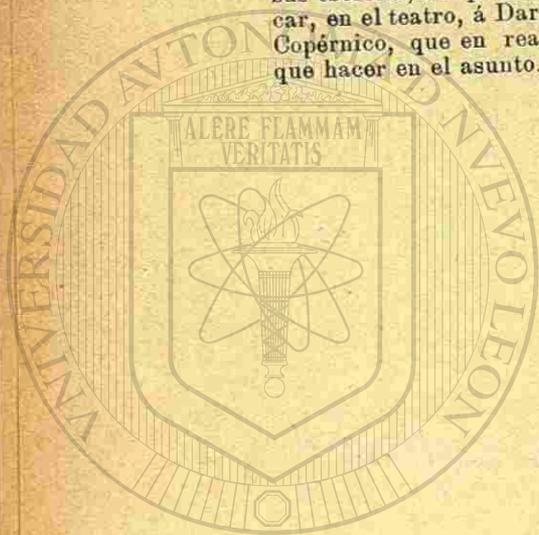
XIV

¡VIENESA, RUBIA VIENESA!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

riamos sino en ella, en el arte, en la belleza, en el amor. Pero ya preparados por sus escritos, no podemos menos que evocar, en el teatro, á Darwin, á Haeckel y á Copérnico, que en realidad nada tienen que hacer en el asunto...

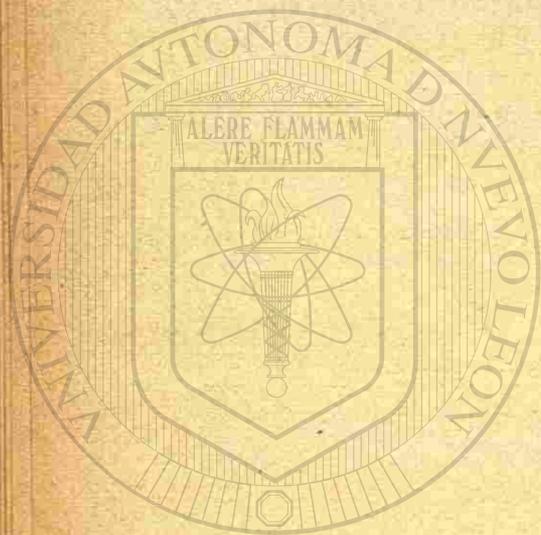


XIV

¡VIENESA, RUBIA VIENESA!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



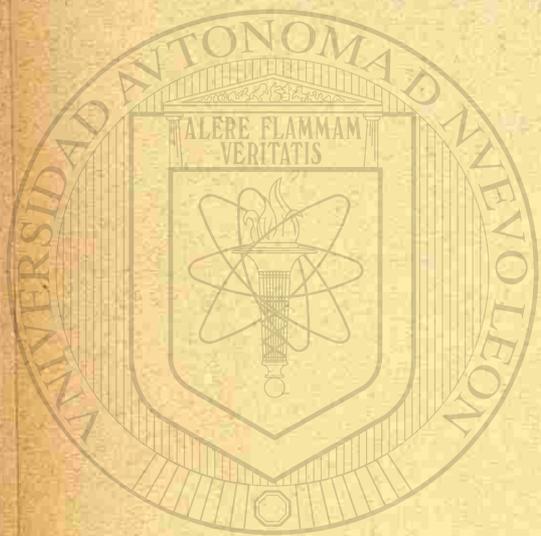
UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XIV

**¡Vienes, rubia vienes!**

¡Vienes, rubia y lozana, al fin te encuentro después de tanto desearte; al fin te veo, después de tanto soñar en ti! Y por una de esas venturas que no son frecuentes en el mundo de las sensaciones, la realidad triunfa del ensueño. Eres más bella que tu imagen, más seductora que tus retratos, más exquisita que tu fama. Los que, lejos de aquí, hablan de ti, dicen tu elegancia y tu hermosura; pero no tu encanto. Y en ti, como en tu hermana de París, lo más lindo son los intensos matices que ninguna estética define. Tu gracia tiene algo de teatral, algo de decorativo. Diríase que te has escapado de un fresco ó que vienes de un escenario. Desde el primer momento, te admiramos en la plenitud de tus encantos. Para no hacer mentir al seco Stendhal, que quiso siempre ver en ti el símbolo de la ingenuidad sen-

timental, deseas, desde luego, entregarte completa, sin restricciones, sin hipocresías, sin pudores, á la contemplación del mundo.

¡Ah! ¡cuán diferentes de ti son las mujeres de España y de Italia, que aun del más platónico admirador, aun del simple transeunte, exigen una atención muy larga antes de dejar ver su belleza! Tú pasas y, al pasar, buscas para tus líneas, para tu ritmo, la claridad de la apoteosis, mientras que las andaluzas, las toscanas, esconden de sí mismas, de sus gracias, de sus encantos, lo más que pueden. Es un asunto de religiosidad. Allá, en el mediodía, la iglesia ha convertido la belleza en un pecado. Aquí, á pesar de esta divina catedral de Santa Estefanía, á cuya sombra vives, el paganismo conserva su poder eterno. Cuando te encontramos nosotros los que venimos de lejanos países, sentimos algo que nos sorprende cual un milagro, y es tu desnudez; que no es casta y que es augusta.

\* \* \*

Dicen, empero, que más que de tu belleza, estás orgullosa de tu elegancia. No me extraña. Todas las mujeres del mundo tienen sus manías. Tú tienes ésta y tienes, además, la de querer renunciar á tu originalidad para convertirtte en una parisiense del norte. Pero por fortuna no lo conseguirás nunca. Tú, eres tú. Eres la vienesa, la rubia, la lozana, la garrida, la esbelta vienesa. Te vistes como la vienesa. Y si quieres que, adulador, te diga una de

aquellas mentiras que no están lejos de ser verdades, óyeme: te vistes mejor que la mismísima parisiense... No protestes. La modestia te va mal... Te vistes mejor, te digo, porque te vistes menos, mucho menos. Tu amor desenfrenado por las transparencias, por las faldas de gasa, por los corpiños de encajes, es una de tus más artísticas pasiones. A cada paso, en tu Viena soberbia, bajo los árboles del Práter, en las alamedas del Ring ó ante las vidrieras del Graben, te encuentro envuelta en calados trajes, cual una estatua de arcilla que el escultor no quiere dejar secar y que cubre de lienzos húmedos. ¡Ah! ¡Y con cuánto amor, con cuánto entusiasmo te siguen entonces mis ojos de pagano místico! Sólo que, ya que de modas hablamos, debo decirte, aun á riesgo de disgustarte, que las parisienses, respetuosas de las armonías frívolas, no llevan, como tú, estos trajes de encaje con sombreros de playa. Tú careces del sentido de lo correcto. En cambio tienes, y tal vez esto vale más, el don de lo fantástico.

Esos monumentales lazos de sedas vivas, rojas, azules, amarillas, que estrechan tu cintura y que bajan hasta el suelo resbalando sobre tu falda; esas flores enormes en tu frondosa cabeza; esos zapatitos rojos con adornos áureos, con guirnaldas de perlas falsas y de zafiros de vidrio, esos peregrinos zapatitos que dejas ver complacientemente al apearte de los coches; esas corbatas multicoloras, magníficas y extrañas, que vuelan cual mariposas glotonas

sobre la flor de tu seno; esos aretes venidos de Hungría que te acarician las mejillas al balancearse; esos sombreros que parecen sombrillas desde lejos; esos sombreros que son techos complicados, no son de París. Son de Viena. Y no me digas, sonriendo con malicia infantil:

— ¡En París los compré!...

Porque si me lo dices, vienesa, allí está el árbitro de las elegancias que exclamará desdeñoso:

— Son artículos para la exportación.

..

¡Para la exportación!...

¿Pero acaso no eres tú misma, ¡oh! vienesa, la más bella muñeca viva que hoy se exporta? Por todas partes, al azar de mis romerías apasionadas, te he encontrado. He visto tus brazos soberbios, enteramente desnudos, en las haciendas tropicales; he oído tu voz, que sólo es un pretexto para exhibir tu belleza, en los cafés-conciertos levantinos donde la vecindad de las bailadoras negras y de los que comen serpientes no parecían espantarte: te he visto en los bars de Nueva York, allá en la calle 14, en el fondo de patios misteriosos, con las manos cubiertas de diamantes y el cuello rodeado de collares. Te he visto en San Paoli de Hamburgo, á orillas del Báltico helado, bailando tus vales natales entre marineros borrachos, bailando incansablemente, bailando sin reposo. Y en todas las ferias de todo el mundo, con tu traje blanco y tus cintas azules, te he

visto formando parte de las famosas cruestas de «damas austriacas», ó, acompañada de un gomoso de frac, dando saltos en un tinglado.

Si, vienesa: eres la mujer de exportación. Para ello posees las mejores cualidades que se requieren. Eres durable y eres bella. Te aclimatas sin pena bajo todos los cielos. Además eres alegre con una alegría plástica, alegre exteriormente, alegre como los pájaros y las flores.

..

Vas á decirme:

— Todo eso lo tiene la parisiense.

Tal vez.

Pero ni la parisiense, ni ninguna otra mujer profesionalmente bella, tiene este aire tuyo de honradez, de franqueza, de lealtad.

¿Sonríes y me encuentras cándido? Es porque no has notado que hablo de tu cuerpo y no de tu alma. En el fondo todas las mujeres son iguales, todas son peores, como dice Pierrot. Pero lo que me importa, que es lo externo, es en ti, más que en las demás, honrado. Tu honradez está en tus ojos, está en tus labios. Tú no conoces, cual la parisiense, el arte diabólico de alejarte sin dar un paso, de despreciar sin hacer un gesto, de insultar sin decir una palabra. Y esto es, sin duda, lo que te hace querer, lo que te hace admirar por todas partes. Los hombres de cualquier país, que tienen un miedo instintivo de tu hermana de París, van á ti sin reservas, sin temo-

res, casi sin inquietud. Van en busca de amor, que tú les das sin odio, sin burla. Porque tú eres, quizás, entre todas las que navegan en las galeras de Citerea, la única que sabe no detestar al que la ama. Es cierto que á veces, cuando alguien acaricia tus blancos senos con ternura, diciéndote al oído divinas tonterías pasionales, te distraes desdeñosamente; pero jamás te impacientas, jamás te muestras cruel, ni jamás, jamás irónica. ¡La ironía! ¡Esto es tal vez lo que te falta y esto es tal vez lo único que no falta nunca á la parisiense!

XV

GALANTES MEMORIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



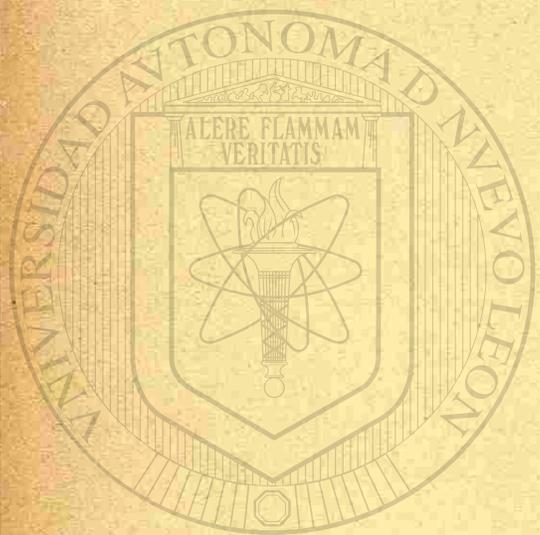
res, casi sin inquietud. Van en busca de amor, que tú les das sin odio, sin burla. Porque tú eres, quizás, entre todas las que navegan en las galeras de Citerea, la única que sabe no detestar al que la ama. Es cierto que á veces, cuando alguien acaricia tus blancos senos con ternura, diciéndote al oído divinas tonterías pasionales, te distraes desdeñosamente; pero jamás te impacientas, jamás te muestras cruel, ni jamás, jamás irónica. ¡La ironía! ¡Esto es tal vez lo que te falta y esto es tal vez lo único que no falta nunca á la parisiense!

XV

GALANTES MEMORIAS

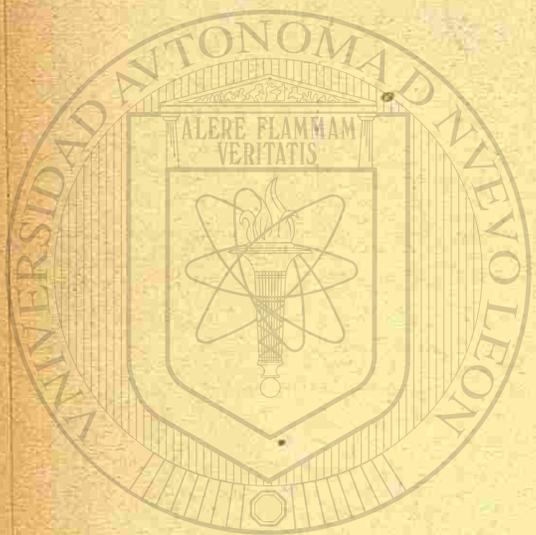
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

### Galantes Memorias

Ivette Guilbert, de vuelta de su viaje por los países de nieve y de bruma, nos refiere sus aventuras. En todas partes, según parece, el público la ha aplaudido con entusiasmo.

«Debo confesar—escribe—que en Austria, en Rusia y en Alemania, soy una niña mimada. Pero esta vez la Hungría me ha parecido más hospitalaria. Debe ser porque, en vez de cantar en un concierto, he cantado en el gran teatro de Budapest, ante la aristocracia de la ciudad». Esta no es la primera vez que la divette salmodia sus canallescos estribillos ante nobles damas y gentiles hombres. Ya en Munich, poco ha, fué aclamada por los cortesanos. En Berlín... Pero esto es tan extraordinario que prefiero dejar la palabra á Ivette misma. Oíd: «Un diario—escribe—ha publicado un largo artículo titulado «Ivett

y Wagner», en el cual dice que los artistas vierten un bálsamo sobre las heridas antiguas. Wagner, según él, se ha aclimatado en Francia y yo en Alemania». Nada de esto, empero, ha proporcionado tanto placer á la ilustre cantadora, como una aventura literaria.

—¿Literaria? Sí. Literaria ó editorial. La divette se encuentra en Praga. Al pasar ante una librería, lo primero que ve en el escaparate es la *Vedette*, su *Vedette*, su novela. En el acto entra en la tienda y pregunta:

—¿Qué libro es ese?

—Es un libro—le contestan—escrito por una actriz francesa. Es un bello libro. Cómprelo usted.

—¿Yo?... ¡jamás!... El libro de una comediante tiene que ser muy escabroso.

«Y me alejé—dice Ivette;—me alejé dejando al librero sorprendido de que hubiese una francesa tan puritana que no quisiera mercar la obra de una artista compatriota suya. Pero esto me había puesto de buen humor. Por que yo adoro mi *Vedette*, de la cual Coppé, Theuriet, Descaves me han dicho tan halagadoras cosas...»

Hace bien, la *chanteuse*, en adorar su libro. Pero hace mal en creer que es su mejor obra.

Su obra maestra no es una novela. Es una canción—una canción ajena,—de Bruaut ó de Xaurof,—en la cual la miseria y el vicio de París se unen para ulular

sus penas. Recordemos, en efecto, aquellas veladas de los antiguos *music-halls*. Entre una gomosa y un prestidigitador, aparecía, andando sin elegancia, sonriendo sin voluptuosidad; mirando sin encanto, una mujer muy alta y muy flaca. Su traje era sencillísimo. Sus largos brazos estaban enfundados en inmensos guantes negros. Y la canción comenzaba, chillona, estridente, dicha sílaba á sílaba. Era una ramera de barrio bajo la que hablaba, dirigiéndose á su rufián. Un ligero escalofrío sacudía á la asistencia. Tanto cinismo era cosa extraña. Luego, minuto por minuto, estrofa por estrofa, á medida que las horribles confidencias de vicio, de crimen, de hambre, de amor, de podredumbre, crecían de tono, el escalofrío era más intenso. Al final, el público, antes chancero, se sentía emocionado hasta el punto de no atreverse ni aun á aplaudir. Un silencio trágico llenaba de angustia la sala. Y era necesario que un clown viniese luego—un clown ó una bailarina—para animar con sus piruetas el espacio mudo.

\*\*\*

En la *Vedette*, aunque parezca mentira, esta admirable cantadora no figura. Figuran, sí, los clowns, las bailarinas, las gomosas, los juglares, los saltimbanquis, todos los que, en la existencia, han rodeado á la *divette*. Pero ella misma no. Siendo autora, no ha querido ser actora. No ha querido figurar entre aquellos seres lívidos de labios delgadísimos, de ojos febriles, de

cuerpos serpentinos, que corren entre sus páginas animados por la codicia, la vanidad, la envidia y el placer. No ha querido que su alta silueta, de delgadez proverbial, se confunda con las sombras celestes y rosadas de las damas jóvenes vulgares. No ha querido que sus manos, siempre enguantadas, estrechen las diestras infames de Blanca Mesange y de Fernando su amante... ¡Y ha sido una lástima! Porque la única novela que una mujer sabe escribir con genio, es la suya.

No hay nada tan interesante, en efecto, como lo íntimo, lo sincero, lo personal. Los novelistas que se atormentan buscando originales aventuras, no saben lo que hacen. La mayor originalidad está en nuestra propia alma. Juan Jacobo y San Agustín son grandes en la posteridad, no por haber sido éste un noble filósofo y aquél un egregio santo, sino por haberse confesado en libros ingenuos y ardientes. Pero ¿a qué ir tan lejos cuando sólo se trata de femenil literatura? El mejor ejemplo es el de María Bashkirtseff.

Esta princesita rusa adoraba la pintura y se mataba copiando escenas *d'après nature*, bajo la dirección de Lepage. Sin embargo, sus cuadros son insignificantes. En cambio, sus libros son admirables (sus libros escritos sin arte, sin cuidado y sin trabajo), porque contienen instantáneas muy sinceras de sus estados de alma.

Si la señora Cavalieri, cuyas memorias

están en prensa, hubiese procedido con igual sinceridad, tendríamos dentro de poco tiempo, una obra maestra más.

Pero no. ¡Qué locura! Una actriz tan linda como la cantatriz italiana, no puede decir todo lo que ha hecho. La sencillez de Rousseau, parecería grosero cinismo en una damisela. La policía misma impediría que se vendiese el libro.

Para esta clase de recuerdos, hay un molde: las *Memoires* de Cora Pearl, librito casi honesto, en el que una cortesana célebre habla de sus diamantes, de sus amigos y de sus aventuras, con una gracia de folletinista. Así las tales *Memoires* figuran en todas las bibliotecas económicas. Otra obra del mismo género, muy recomendable á causa de su amena palidez, es el libro de *Recuerdos* de Marie Colombier.

La divina Cavalieri no irá más lejos, en punto á sinceridad, que estas dos clásicas amorosas. Dirá sus impresiones de artista, publicará muchas cartas firmadas por hombres célebres, referirá dos ó tres idilios sentimentales, llorará sobre la tumba de los que por ella murieron de amor, hablará algo mal de sus compañeras, describirá sus joyas, sus trajes, sus muebles, sus obras de arte. Pero nada más. Nada de mostrar su alma en los momentos crueles de la vida. Nada de interioridades psicológicas. Lo obscuro se queda en casa.

Yo conozco un libro admirable, en el cual una virgen loca se pinta sin velos y

sin hipocresías, á la par que sin cinismos y sin fanfarronerías. No creáis que se trata de una obra inmoral, como aquellas en que relatan sus orgías algunas bailadoras de Montmartre. No. Se trata de un libro casi casto. Es *L'Envers d'une courtisane*, la confesión de una dama de las camelias de alma sencilla y sensitiva, que se muere, una noche, de asco y de fastidio, entre los encajes de su lecho. Pero este libro no lo escribió una mujer, sino un hombre: Louis de Robert.

No se puede decir, empero, que falte quien haya aconsejado á «esas señoritas», que escriban con sinceridad las memorias de su alma. El maestro Henry Fouquier decía á Rosario Guerrero, hace un par de años:

—Dícteme usted sus recuerdos. Yo seré su escribiente. Pondré la ortografía y las flores de retórica. Usted pondrá la verdad. Y entre los dos haremos un libro admirable. Sólo que, á la primera mentira que me diga usted, abandono el trabajo.

—Pues entonces—contestaba la admirable andaluza—lo abandona usted á la primera línea.

El literato á quien Lina Cavalieri dicta, es menos escrupuloso. Verdad ó mentira lo mismo le da, con tal que la cosa sea pintoresca. La *Nazione* de Florencia nos asegura que la obra está llena de aventuras, en las cuales millonarios americanos se disputan á puñaladas los favores de la bella, y

nobles rusos se suicidan por no haber logrado una sonrisa de sus adorables labios. «Un príncipe moscovita—dice,—ardiendo en amor por ella y no hallando otro medio para verla, disfrazóse de cochero con objeto de llevarla por todas partes. A cada carrera, la actriz dábale un franco de propina. Al fin, una noche, Lina Cavalieri encontró, en el fiacre, una caja de oro, chapada de diamantes, en la cual el cochero la devolvía todas sus propinas». La anécdota es digna de Cora Pearl. Por ella vemos el tono general del libro. Pero los lectores se consolarán fácilmente de no hallar nada nuevo en la prosa, contemplando, en la cubierta, el retrato de la deliciosa italiana, cuyo rostro hace pensar en aquella virgen morena de Cesare da Sesto, en la galería Brero de Milán.

La actriz que con mayor habilidad ha sabido ser *casi franca*, sin salirse de los moldes consagrados, es Liane de Pougy, la alucinadora reina de Citera, la maravillosa rubia cuyos ojos turbaron un día la serenidad de la corte rusa, la que amargó, con una cruel sonrisa, la agonía del célebre Meilhac, la sirena moderna que mata, con sus miradas, en los pechos adolescentes, la calma y la inocencia.

¿Y sabéis cómo ha hecho? Pues renunciando á las «memorias» verdaderas y escribiendo una confesión impersonal, en la que, con nombre transparente, aparece ella misma tendida en un lecho que es como un altar y como un trono, entre blancos encajes y suaves sedas, siempre sonriente, siempre ojerosa, frágil en apariencia, pero

en el fondo llena de fuerza y de energía, sensitiva hasta el desequilibrio, capaz de todas las santidades, de todas las locuras, de todos los horrores. Oid cómo se describe á sí propia: «Lleva un suntuoso traje con mangas muy amplias de brocado blanco y lirios de oro bordados: seis collares de perlas adornan su delgado cuello, su cuello aristocrático que parece hecho para que lo corte el verdugo; y entre todas las blandicies, y todas las blancuras de las pieles que la abrigan, entre el oriente de las perlas, aparece el rostro, pálido, enfermizo, con aire de infanta de España, cual el de una doña María de Neuburgo». Bonito ¿verdad? Y justo también. La divina Liane, no se embellece. Con el nombre de Mirille, presentase tal cual es en realidad.

Yo conocí á esta pecadora antes de que apareciese su novela autobiográfica. Me acuerdo que fué en Auteuil, en casa de Jean Lorrain, en la época ya lejana en que la linda actriz recorría el mundo recitando los versos del *Passant* de Coppée. Sus maneras me llamaron la atención tanto como su belleza, y su cultura me pareció casi tan grande como sus ojos. Así, cuando, más tarde, leí su libro, no experimenté extrañeza ninguna. La vi aparecer en la esbeltez sonriente de su divinidad, y comprendí que era ella—ella la que lloraba de amor por Desbois; ella la que, sin falso orgullo, declarábase esclava de la pasión; ella, en fin, la que, después de querer morir, volvía, en las últimas páginas, á amar la vida, el placer, el goce.

XVI

EL COMERCIO DE LAS SONRISAS

JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

BIBLIOTECAS

en el fondo llena de fuerza y de energía, sensitiva hasta el desequilibrio, capaz de todas las santidades, de todas las locuras, de todos los horrores. Oid cómo se describe á sí propia: «Lleva un suntuoso traje con mangas muy amplias de brocado blanco y lirios de oro bordados: seis collares de perlas adornan su delgado cuello, su cuello aristocrático que parece hecho para que lo corte el verdugo; y entre todas las blandicies, y todas las blancuras de las pieles que la abrigan, entre el oriente de las perlas, aparece el rostro, pálido, enfermizo, con aire de infanta de España, cual el de una doña María de Neuburgo». Bonito ¿verdad? Y justo también. La divina Liane, no se embellece. Con el nombre de Mirille, presentase tal cual es en realidad.

Yo conocí á esta pecadora antes de que apareciese su novela autobiográfica. Me acuerdo que fué en Auteuil, en casa de Jean Lorrain, en la época ya lejana en que la linda actriz recorría el mundo recitando los versos del *Passant* de Coppée. Sus maneras me llamaron la atención tanto como su belleza, y su cultura me pareció casi tan grande como sus ojos. Así, cuando, más tarde, leí su libro, no experimenté extrañeza ninguna. La vi aparecer en la esbeltez sonriente de su divinidad, y comprendí que era ella—ella la que lloraba de amor por Desbois; ella la que, sin falso orgullo, declarábase esclava de la pasión; ella, en fin, la que, después de querer morir, volvía, en las últimas páginas, á amar la vida, el placer, el goce.

XVI

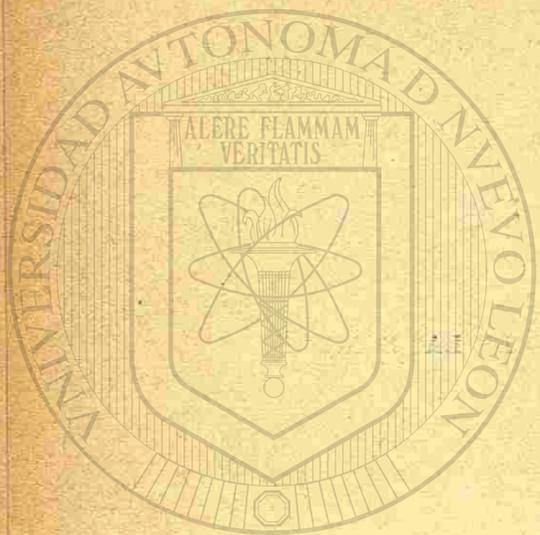
EL COMERCIO DE LAS SONRISAS

JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

BIBLIOTECAS

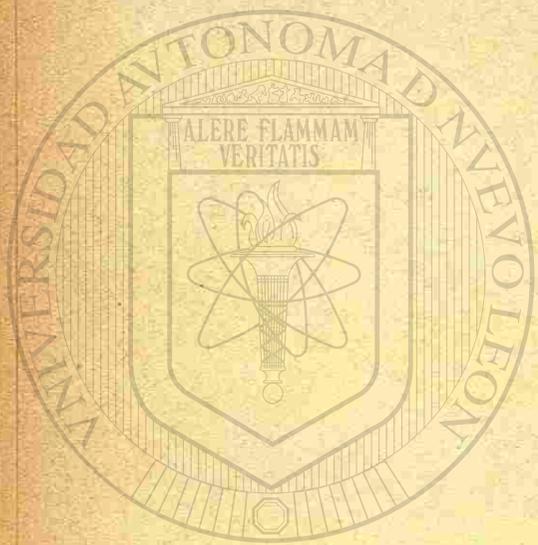


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE

XVI

### El comercio de las sonrisas.

Para probarnos, sin duda, que las perversidades, las crueldades y las artificiosidades de la tan famosa y tan mal llamada parisiense de Becque son cosas viejimas, Jean Lorrain, doctor en ciencias inmORALES, nos ofrece hoy una galería de *parisiennes* cosmopolitas, venidas del sur y del norte, nacidas entre la nieve ó bajo los trópicos; pero formadas en el molde del boulevard, y que, juntas, componen el más alucinante ramillete de flores del mal. «Es mi cartera de croquis de café, de teatro, de hipódromo» — dice el escritor. Y, en efecto, en la rapidez del dibujo como en la sinceridad del gesto, hay algo de instantáneo, de íntimo, de indeterminado y de desordenado, que interesa más que los acabadísimos trabajos de albums. He aquí en la primera página, unas cuantas figuras caricaturales. Son cuatro cortesa-

nas que pasan. Vosotros las conocéis, sin duda. Las habéis visto y las habéis admirado en las tarjetas postales. ¡Qué ojos! ¡Qué bocas! ¡Qué perfiles! Sí, sin duda; en las fotografías que se llaman *artísticas*, porque lo embellecen todo. Pero, en la realidad, no queda sino el aire de cansancio, las arrugas prematuras, la tristeza del hastío y las marcas del afeitado. Las hay que, en rostros cadavéricos, se pintan los labios como heridas; las hay que, con caras rozagantes, se hacen ojeras que son cavernas; las hay que, con tez morena, se tienen de oro pálido el cabello; las hay, en fin, viejas, que se peinan como niños ingleses y se visten como madonas primitivas.

«Ese es el amor—dice Lorrain—esa es la galantería á la moda; esas son las lindas parisienses que Europa nos envidia; ese es el gran lujo que las provincias vienen á admirar en los palcos de los *music-halls*; esas son las Imperias cuyas fiestas, descritas por los periódicos, hacen soñar á los adolescentes!» Estas líneas compendian la moral del libro. «Ved—parece decir—ved para comprender que la vida de la *haute noce* es lo más inmundo y lo menos bello». Y yo pienso que ya hace años, un humorista, que tiene un fondo de moralista, dirigió al Parlamento una memoria, explicando la necesidad de reemplazar las estampas históricas que hoy decoran los muros de las iglesias por una colección de caricaturas de Sem, de Herman Paul, de Cappiello y de Forain.

Así, en realidad, los niños, lejos de formarse un museo de recuerdos con imáge-

nes de nobles capitanes y de soberbios tribunos, de nobles damas y de tiernas pastoras, podrían ver desde el principio lo que es la regalada vida, el lujo, la galantería, todo lo que inspira las grandes ambiciones y todo lo que amarga la existencia del que carece de fortuna.

\*  
\*

¡La moral por la caricatura!

La idea no es nueva. Lo nuevo es el método. En ninguna de las *charges* de Lorrain, en efecto, hay deformación, sino sencillamente exaltación. Nada de grandes cabezas en cuerpos minúsculos; nada de brazos enormes ó de enormes piernas; nada de disfraces que provocan la risa. Sus fantoches se presentan tales cuales son. Y á veces, entre luces artificiales y adornos sabios, son admirables á primera vista. Ved, por ejemplo, á esta actriz que entra en un restaurant. Se llama Teresa. Es alta y con un andar que avalora las líneas del pecho y de las caderas, adelantándose por entre los que cenan, altiva cual una emperatriz. Su abrigo vale cien mil francos; sus joyas, un millón; y el perrito que lleva entre los brazos, ese perrito con collares de diamantes y brazaletes de rubíes, cuesta más que un caballo de carrera. Ella, como si estuviera sola, saca una caja de oro, en el fondo de la cual hay un espejo y se contempla. Luego satisfecha de sí misma, sonríe. ¡Ah! Cómo se ve que no tiene una mirada igual á la del satírico apasionado que desde la mesa de enfrente la examina.

Otra silueta, en apariencia encantadora: Iline. Como un retrato de Laurens, aparece en un marco de raso blanco. Todo su *boudoir* es albo. Los encajes abundan. Las sillas, las butacas, todo es immaculado. Y allá en el fondo, bajo suntuosos cortinajes de nieve, ella se recuesta en un inmenso lecho; ella, blanca como sus sábanas, blanca como sus encajes. Su voz misma es lo que se llama «blanca» en francés: voz sin agudas notas, suave y triste. Pero ¡ay! entre tanta albura ¿no existe un fondo de mentira y de vanidad?

La belleza misma es mentira. Sólo el lujo es verdad. ¡Y es una verdad tan triste! Porque aun sin gritar como Langlois: «No odio á esas mujeres; odio al lujo que represtan; odio los robos, los crímenes, las felonías, las expoliaciones, los suicidios, las lágrimas con que se adornan; odio lo que en ellas simboliza la monstruosa injusticia humana; odio esas flores de carne nacidas en invernaderos, entre sangre é infamia», sin gritar así, sin dar una importancia trágica al lujo de las pecadoras, sin tener ideas morales y aun sin tener ideas de ninguna clase, hay algo de angustioso en las sensaciones que se experimentan ante al papel que desempeña en el mundo la cortesana parisiense.

\*\*

Digo parisiense, porque en materias de galantería, París mejor que ninguna otra ciudad representa el cosmopolitismo y une en mayor número y en menor espacio, be-

llezas profesionales de Andalucía, «bellas Mercedes, bellas Marías», á transparentes muñecas de Escandinavia; esbeltas morenas de Italia, con ojos cuyas pupilas negras están talladas cual los diamantes; á solemnes rubias de Viena y pálidas inglesas á risueñas orientales. Pero fuera de París, en toda gran capital de placer, el espectáculo es el mismo y el lujo, las joyas, las sedas, cubren el mundo de la galantería, las más repugnantes ruinas físicas y los más abominables monstruos morales.

Así en el álbum de Lorrain, entre tanta figura caricaturesca, vemos de vez en cuando pasar imágenes de belleza fresca y de fresca alegría. ¡Cómo rien esas muchachas de los teatros chicos que sin gran talento y sin ningún estudio, sólo porque son jóvenes, sólo porque son bellas, representan papeles silenciosos ó cantan breves coros! ¡Y qué buenas y qué francas son! Lo que tienen es de todo el mundo. Pero por lo mismo tienen poco. No son ellas, no, las que en el Bosque espantan con el lujo de sus carruajes; no son ellas las que se cubren, cual cálices sagrados, de pedrerías; no son ellas las que se envuelven en sedas tramadas de oro; no son ellas, no, las que llevan un séquito de adoradores.

\*\*

Para llegar al pináculo diríase que son indispensables las monstruosidades del alma y del cuerpo. Ninguna de las reinas de Citerea, en efecto, se distingue en nuestra época por algo de grande y de noble.

Todas parecen comerciantes en sonrisas, en mentiras, en intrigas, en engaños y en imbecilidades. Para lo único que se diría gastan alguna inteligencia, es para hacerse *reclamos*. Los suicidios sin peligro, los robos de diamantes que luego aparecen, los renunciamentos al mundo y á sus esplendores, que duran ocho días, los dramas de celos con comparsas pagados, eso sí lo hacen de un modo genial. Pero en lo demás ninguna vislumbre de inteligencia. Y así, cuando uno las ve de cerca, lo que más extraña es que existan seres inferiores á ellas intelectualmente: seres que, sin notar el engaño perpetuo, la mentira incesante, la constante farsa, el eterno cálculo, sean los juguetes de sus siniestras fantasías. ¿Mas, cómo extrañar esto de quienes tienen ojos y no ven? Porque los adoradores de las grandes cortesanas no ven. Si vieran esas físicas fealdades esmaltadas y esos materiales horrores marchitos, se alejarían de ellas con horror. «Bajo el oro falso de la cabellera —dice Lorrain, describiendo á una de sus heroínas— veíanse los ojos pintados con kol, los labios cubiertos de pomada roja, las orejas nacaradas con pastas y las mejillas aterciopeladas con cremas y unguentos». Este es un símbolo. Las demás siguen. Y en las altas esferas de la galantería, el rebaño gorjeante, de que habló Baudelaire, pasa, entre una nube de polvos de arroz, iluminado por sus diamantes.

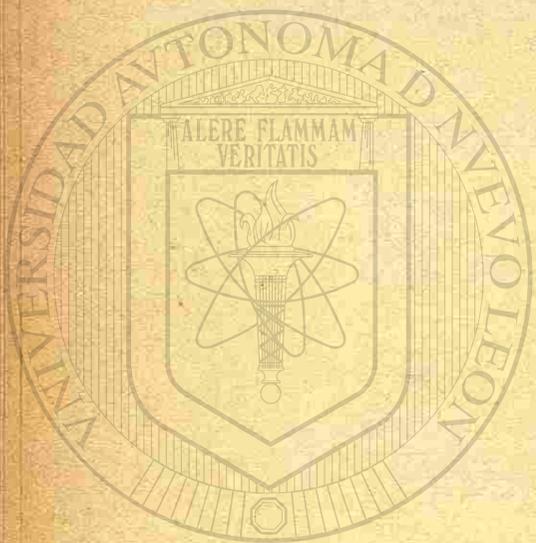
XVII

UNA EXTRAÑA SALOME

Todas parecen comerciantes en sonrisas, en mentiras, en intrigas, en engaños y en imbecilidades. Para lo único que se diría gastan alguna inteligencia, es para hacerse *reclamos*. Los suicidios sin peligro, los robos de diamantes que luego aparecen, los renunciamentos al mundo y á sus esplendores, que duran ocho días, los dramas de celos con comparsas pagados, eso sí lo hacen de un modo genial. Pero en lo demás ninguna vislumbre de inteligencia. Y así, cuando uno las ve de cerca, lo que más extraña es que existan seres inferiores á ellas intelectualmente: seres que, sin notar el engaño perpetuo, la mentira incesante, la constante farsa, el eterno cálculo, sean los juguetes de sus siniestras fantasías. ¿Mas, cómo extrañar esto de quienes tienen ojos y no ven? Porque los adoradores de las grandes cortesanas no ven. Si vieran esas físicas fealdades esmaltadas y esos materiales horrores marchitos, se alejarían de ellas con horror. «Bajo el oro falso de la cabellera —dice Lorrain, describiendo á una de sus heroínas— veíanse los ojos pintados con kol, los labios cubiertos de pomada roja, las orejas nacaradas con pastas y las mejillas aterciopeladas con cremas y unguentos». Este es un símbolo. Las demás siguen. Y en las altas esferas de la galantería, el rebaño gorjeante, de que habló Baudelaire, pasa, entre una nube de polvos de arroz, iluminado por sus diamantes.

XVII

UNA EXTRAÑA SALOME

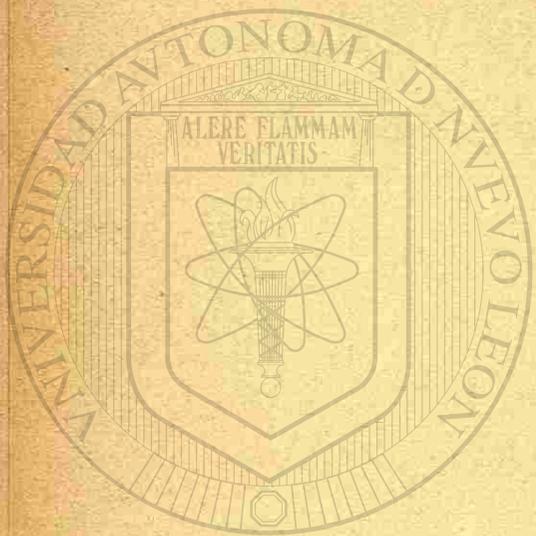


UAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

XVII

**Una extraña Salomé.**

Nada me es tan grato como poder evocar la imagen del poeta en uno de los instantes más dichosos de su vida.

Le veo tal como me apareció aquella tarde de nuestro primer encuentro. Le veo sonreír con su sonrisa bonachona, enseñando inmensos dientes negros, incrustados de oro. Le oigo hablar. Su voz velada, su voz blanca, sin matices, unícorde y armoniosamente monótona, salmodia, en la sombra, estrofas de poemas. ¡Y son poemas en honor de Salomé! Son, en prosa suntuosa, poemas de Flaubert, períodos que se desenvuelven como brocados cubiertos de pedrerías; son poemas de divinos versos nebulosos de Mallarme, de versos opacos y lucientes como collares de piedras de luna; son poemas ligeros y perversos de Lorrain.

En aquella época el maestro inglés estaba ya obsesionado por la imagen de la bailadora sanguinaria.

—¿Usted viene de Madrid?—me dijo.— Yo querría ir á España sólo por ver, en el Museo del Prado, la Salomé del Ticiano, cuadro, ante el cual, Tintoreto exclamó: «Este hombre pinta con carne molida...» Usted lo habrá visto... La sobrina de Herodes se yergue, después del triunfo, llevando en una fuente de plata la cabeza del Precursor. ¡Y la *Salomé* de Stanzioni!... ¡Y la de Alejandro Véronese!... ¡El Prado está lleno de Salomé!...

Luego no dejó un solo día de hablarme de Salomé. Las mujeres que pasaban por el *bulevar*, le parecían princesas israelitas. En la *rue de la Paix*, ante las vidrieras de los joyeros, deteníase largas horas para componer aderezos ideales y adornar con ellos el cuerpo de su ídolo. Las telas que en la Avenida de la Opera ostentan sus esplendores en los escaparates, antojábansele tejidas para cubrir el pecho de la sobrina de Herodes.

Una tarde, de pronto, en medio de la calle, después de un largo silencio, me preguntó:

—¿No le parece á usted que estaría mejor desnuda?

En el acto adiviné que se trataba de ella; de Salomé.

—Sí—continuó,—enteramente desnuda;

pero con muchas joyas, con pesados y sonoros sartaes de gemas omnicromas en los tobillos, en los brazos, en el cuello, en la cintura, haciendo con sus reflejos penetrantes, más obscena aún la obscenidad infinita de la carne de ámbar... Porque yo no concibo á Salomé inconsciente, sirviendo de mudo instrumento. ¡No! Sus labios, en el cuadro de Leonardo de Vinci, hacen ver la crueldad terrible de su alma. Es necesario que su lujuria sea infinita y su perversidad sin límites. ¡Que las perlas se mueran sobre su pecho! ¡Que el perfume de su virginidad haga palidecer á las esmeraldas y exalte el fuego de los rubíes! ¡Que el zafiro mismo pierda, sobre su piel de fiebre, la pureza de su azul! ..

Los labios del poeta crispábanse, sonriendo á la visión de Salomé sin velos. En su entusiasmo de artista sensual, creía ver á Sarah Bernhardt adolescente, bailando, ante el mundo.

¡Salomé desnuda!

Un pintor alemán había de realizar más tarde este ensueño de mi amigo: el múniqués Karl Strathmann.

Yo acabo de ver su obra, y me siento alucinado por ella. ¡Qué bella princesa!

Desnuda en medio de la sala del festín, alza, entre sus brazos virginales, la cabeza cortada y la contempla largamente, amorosamente. A su derredor, todo calla. Hay, además del misterio trágico, un secreto pasional en el aire. Las alas de la

voluptuosidad sacuden febriles el éter. Y en los ojos que la rodean, en los ojos espantados del tetrarca, en los ojos felinos de Herodias, en los ojos brutales del gran sacerdote, en los ojos fríos del verdugo, una llama de curiosidad perversa se enciende, poco á poco, á medida que Salomé contempla el rostro muerto. ¡Ah! No, ésta no es la niña ingenua de la Biblia; ni la ejecutora ciega de venganzas ajenas, que los poemas antiguos nos presentan; ni la flor venérea de los cuadros clásicos. Esta es la Salomé de Wilde. Y desde aquí la oigo que dice, hablando á la cabeza sangrienta: «Me trataste de ramera... y, sin embargo, yo vivo todavía, y tú ya no... ¡Y tú, que no quisiste darme tus labios, me das ahora tu cerviz!... ¡Ah! ¡Juan, Juan!.. Has sido el único hombre á quien he amado... Excepto tú, todos los hombres me inspiran desprecio. Tú eras el único, tú, estatua de marfil coronada de sombra; tú, el divino Yo'kanaan... ¡Si me hubieras amado! ¡Y, de seguro, me habrías amado, si hubieras podido contemplar, en el fondo de mi ser, los misterios de mi alma; porque los arcanos del amor son más fuertes que los arcanos de la muerte, y más poderosos que los arcanos de la fe!»—Sí; la oigo recitar las estrofas del poeta. ¡Es ella! Es la Salomé consciente, la que mató para saciar su sed de venganza, la virgen loca y sanguinaria.

Otras veces su Salomé casi era casta.

Me acuerdo de que una tarde, al volver del *Louvre*, nos habló de una princesa lamentable que bailaba ante Herodes por inspiración divina, para obtener la muerte del impostor, del enemigo de Jehová.

—Su cuerpo, alto y pálido, ondula como un lirio. No hay nada de sensual en su belleza. Las más ricas telas cubren su cuerpo esbelto. Su cabellera rubia baña de oro su nuca ebúrnea. En sus pupilas se ven brillar las llamas de la fe.

Esta imagen le había sido sugerida por el cuadro de Bernardo Luini, sin duda.

Pero las visiones hieráticas cedían pronto el puesto á las imágenes sensuales, á las crueles encarnaciones de la fatalidad venérea, á los mitos alucinantes de la omnipotencia femenina.

Una noche, en casa de Jean Lorrain, ante una estatua decapitada, Wilde, muy pálido, exclamó:

—Es la cabeza de Salomé.

Y en seguida tuvo la visión de una princesa que lleva á su amante la cabeza de San Juan, y que, viéndose despreciada, le envía luego su propia cabeza.

—Sí—decía,—esta es Salomé, la Salomé que se hace cortar el cuello por desesperación... Un evangelio de Nubia, descubierto por Boissiere, nos habla de un joven filósofo á quien una bailadora semita le envía, como homenaje, la cabeza de un apóstol. El joven la contesta sonriendo:—«Lo que deseo, amada, es tu propia cabeza.» Entonces, lívida, la bailadora se aleja. Y, por la tarde del mismo día, un esclavo presenta al filósofo la cabeza de su querida

en un plato de oro Y el filósofo dice:—  
«¡Que se lleven esa cosa sangrienta.» Y  
luego continúa leyendo á Platón... ¿No os  
parece que esta princesa es Salomé...? Sí...  
Y este mármol es su imagen...

—Escriba usted ese poema singular—  
dijole Lorrain.

Wilde comenzó un cuento en prosa titu-  
lado *La decapitación de Salomé*. Luego  
rompió las páginas escritas y pensó en una  
obra en verso. Al fin se decidió por la  
forma dramática. La idea de ver á Sara  
Bernhardt, rejuvenecida, bailando desnuda  
ante el tetrarca, volvió á obsesionarle.  
Y abandonando su lengua natal, principió  
en francés su *Salomé*.

¿Su *Salomé*? Digo mal, porque fueron  
diez, fueron ciento, las Salomé que ima-  
ginó, que principió, que abandonó. Cada  
cuadro visto en un Museo, sugeriale una  
idea. Cada nuevo libro sobre el asunto,  
haciale dudar. Hoy su princesa era  
rubia, y decía cual la Herodes de Ma-  
llarmé:

*J'aime l'horreur d'être vierge et je veux  
Vivre parmi l'effroi que me font mes cheveux  
Pour, le soir, étiré en ma couche, reptile  
Inviolé, sentir en ma chair inutile  
Le froid scintillement de ta pâle clarté,  
Toi qui te meurs toi qui brules de chasteté,  
Nuit blanche de glaçons et de neiges cruelles*

Al día siguiente recurría á la fuente  
original de los Evangelios, y leía:

«El día del festín de la natividad de  
Herodes, la hija de Herodías bailó en me-  
dio y gustó al rey;

»Y éste le ofreció, bajo juramento, que  
la daría todo lo que le pidiera;

»Y ella, aconsejada por su madre, le  
dijo:

»—Dame, en una fuente de plata, la ca-  
beza de Juan Bautista;

»Y el rey se afligió. Pero á causa del  
juramento y de los que estaban sentados  
con él, ordenó que le fuese dada;

»Y mandó decapitar á Juan en su pri-  
sión;

»Y la cabeza de éste fué traída en un  
plato y entregada á la hija de Herodías.  
Y ella la presentó á su madre...»

Pero esto le parecía pálido, seco, falto  
de suntuosidad, de locura, de pecado. De  
locura sobre todo. La hija que obedece, y  
que al recibir el sangriento regalo se  
apresura á llevarlo á su madre, necesita  
que los siglos amontonen á sus pies en-  
sueños y visiones para llegar á convertirse  
en la «flor cárdena del jardín perverso, en  
el símbolo supremo de la Lujuria, en la  
imagen de la Belleza maldita, elegida en-  
tre todas por la catalepsia, en la Bestia  
monstruosa, irresponsable, que envenena  
todo lo que se le acerca, todo lo que la ve,  
todo lo que la toca».

Una página hay en la *Salomé* definitiva,  
que Oscar Wilde no varió nunca y, que es  
la misma del cuento empezado, la misma  
de los muchos dramas abandonados.—  
Salomé, después de bailar, reclama al te-  
trarca, como premio, la cabeza del bau-

tista, no por obedecer á su madre, sino por despecho amoroso. El tetrarca, después de una lucha muy larga con su conciencia, se la da, en un plato de plata. Ella la recibe y cogiéndola entre las manos exclama: «¡Ahl, ¿no has querido dejarme besar tu boca? . . . Pues bien, impídelo ahora... ahora la morderé como se muerde el fruto apetecido...»

Etcétera.

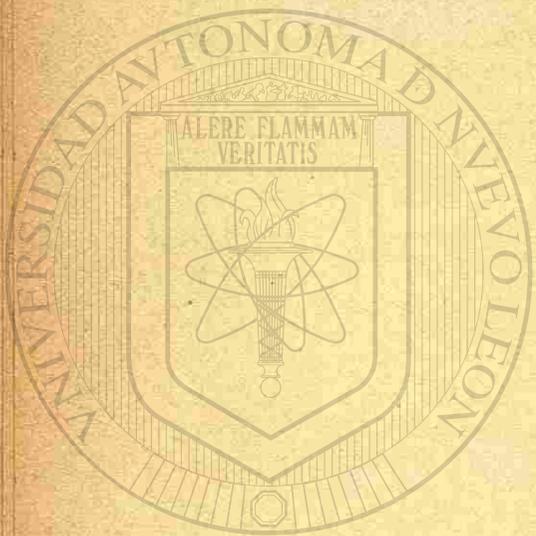
—Tengo la misma enfermedad que Des Esseintes—solía decir Wilde.

Y era cierto.

Lo mismo que el héroe de *A Rebours*, el gran poeta inglés buscaba, sin hallarla, la verdadera Salomé que se pierde «misteriosa y pasmada entre la niebla lejana de los siglos». La Salomé de Rubens parecíale «una maritornes apoplética». La de Leonardo se le antojaba demasiado incorpórea, demasiado fría. Y las otras—(la de Alberto Durero, la de Piazza, la de Ghirlandajo, la de Van Thulden, la de Le Clerc) tampoco le satisfacían por completo. En cuanto á la célebre *Salomé* de Regnault, considerábala, lo mismo que Paul de Saint Victor, como «una gitana que tuviese un cutis de inglesa». Sólo el cuadro de Gustave Moreau encarnaba, á su entender, el alma de la princesa legendaria, de la divina Herodiades. ¡Cuántas veces nos repitió, á todos sus amigos, las frases célebres de Huysmans! «Casi está desnuda. En el ardor de la danza, los velos se han deshecho, los brocados han caído, y sólo las

joyas cubren su carne. Un ligero coselete le estrecha la cintura; y un dije soberbio resplandece, cual un lucero, entre sus senos. Más abajo, un collar de granates le estrecha las caderas. Sobre su sexo brillan dos esmeraldas.» Esta descripción parecíale perfecta. La obra del pintor era, para él, una de las maravillas del mundo, y le impresionó de tal modo, que, más tarde—cinco años más tarde,—cuando, después de ser el niño mimado de la gloria londinense, pagaba en una cárcel de Wormswod Scrubs su «crimen de inmoralidad», en las horas de insomnio y de fiebre, repetía inconscientemente: «... un dije soberbio resplandece, cual un lucero, entre sus senos... Sobre su sexo brillan dos esmeraldas...»

FIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

## INDICE

	<u>Págs.</u>
Prólogo de Max Nordau. . . . .	7
Dedicatoria á don Emilio Mitre. . . . .	11
I Las Geishas . . . . .	19
II La Parisiense del pueblo. . . . .	31
III Las mujeres de Londres. . . . .	41
IV Bailarinas cosmopolitas. . . . .	51
V Estrasburgo y sus mujeres. . . . .	65
VI Bailadoras orientales. . . . .	75
VII El prestigio voluptuoso de las sevillanas. . . . .	85
VIII La agonía de la Ghesha. . . . .	99
IX La mujer y su juguete . . . . .	111
X La parisiense aristocrática. . . . .	121
XI Una bailarina griega. . . . .	129
XII Réjane en la intimidad. . . . .	139
XIII Las teorías y las prácticas de Isadora Duncan. . . . .	155
XIV ¡Vienesa, rubia vienesa!. . . . .	165
XV Galantes memorias. . . . .	175
XVI El comercio de las sonrisas. . . . .	187
XVII Una extraña Salomé . . . . .	197



2

MARAVILLAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



**OBRAS DEL MISMO AUTOR**

SENSACIONES DE ARTE.

LITERATURA EXTRANJERA.

NOTAS Y ESTUDIOS.

ALMAS Y CEREBROS.

LA SUPREMA VOLUPTUCSIDAD.

DEL AMOR, DEL DOLOR Y DEL VICIO.

TRISTES IDILIOS.

En preparación:

INTIMIDADES MADRILEÑAS.

SENSACIONES DE PARÍS.

**MARAVILLAS**

NOVELA

POR

**ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO**

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Abdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

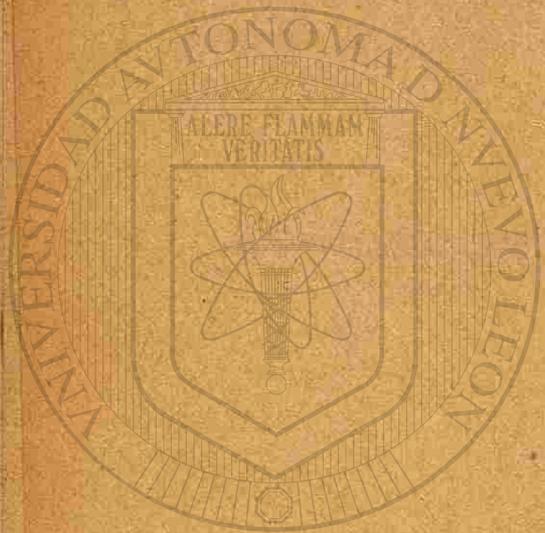
ADMINISTRACION

Bernardo Rodríguez, Palma Alta, 55

MADRID

1899

863  
E.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID 1899.—Imprenta de A. Marzo, Apodaca, 18.

A

Armando Palacio Valdés

HOMENAJE

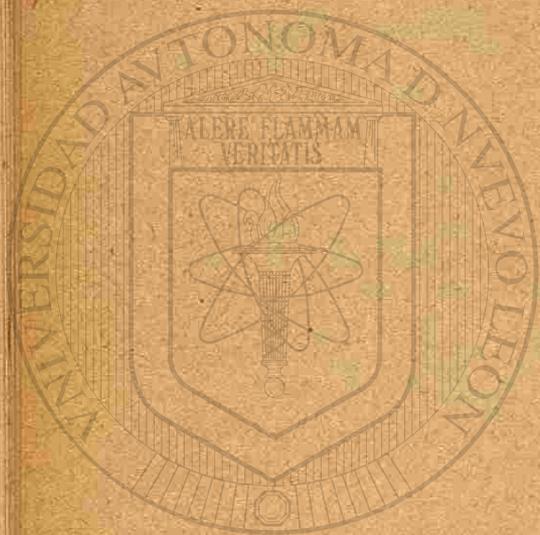
*de afectuosa admiración.*

E. G. C.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN





## PRIMERA PARTE

### I

—¿Estás cansada, hijita?...

Sintiendo un ligero escalofrío como si las palabras de su madre, convertidas en caricias, la hubieran rozado dulcemente la epidermis, Luisa entreabrió los ojos. El círculo estrecho de visiones amorosas, que había aprisionado sus últimos ensueños, rompiase de pronto para ofrecerla de nuevo el espectáculo de su vida real.

¿Cansada? Sin saber lo que respondía dijo que no, por decir algo.

Incorporóse luego en el lecho, entre las sábanas tibias, con el seno desnudo, y principió a vestirse, sin prisa, respirando voluptuosamente el aire saturado por el perfume de su propia carne.

La buena señora, siempre solícita, preguntóla de nuevo si había dormido bien y si estaba cansada.

—No, mamáta; no estoy cansada.

En realidad sí lo estaba. Estábalo moralmente por haber luchado consigo misma durante largos días, defendiendo unas veces sus ideas morales, y otras veces sus instintos de hembra joven. Su alma cariñosa hubiera querido no perder nunca el calor del hogar, ni los besos maternos; pero al mismo tiempo algo que era también su alma y que era más que su alma, algo que palpitaba en sus entrañas, ordenábale que buscara, entre los brazos del hombre escogido, una ventura menos tranquila y más intensa que la de la vida familiar.

Sentada en el borde del lecho, Luisa veía de nuevo los rostros contraídos de su madre y de su amante que habían luchado en el fondo de su ser, día y noche, sin cansarse nunca, dispuestos ambos á todas las crueldades, á todas las violencias, á todos los egoísmos, por conquistar el imperio exclusivo de su alma indecisa.

En más de una ocasión ella hubiera querido conciliarlos, poniendo de acuerdo su amor y su cariño, repartiéndose entre los dos, dando el cuerpo á uno y á otro el alma, reservando las mejillas para las ternuras maternas y guardando los labios para

los besos amorosos, siendo, en fin, como tantas otras, hija y amante á la vez. Mas, ¿era acaso posible tal conciliación?

Haciéndose de nuevo esa pregunta, Luisa sonreía con tristeza. «No; no era posible». Toda su historia se oponía á ello».

Su madre había sido una actriz de talento, muy bella y muy ligera. Cuanto á su padre... ¿Quién había sido su padre? Entre bastidores, veinte años atrás, más de doce personas habíanse disputado el honor de serlo. Klón, el actor cómico, calculando las fechas, aseguraba que la chica era de él; pero al mismo tiempo otros varios comediantes, un director de escena y hasta dos oficiales de coraceros, reclamaban la paternidad, asegurando que nueve meses antes del parto, en enero justamente, la bella Julia les había pertenecido en cuerpo y alma, en cuerpo sobre todo.

Luisa, por su parte, no pensaba nunca en eso. Acostumbrada desde el principio á no tener padre ninguno, habíase refugiado en el amor exclusivo de su madre.

Lo único que la parecía extraordinario, era que esa madre sin escrúpulos personales, y sin moralidad

propia, que jamás había tenido esposo, ni aun amantes durables, y que no la concibiera sino por descuido, entre dos ensayos ó en un entreacto, detrás de una decoración ó en el diván de un amigo, fuese ahora la más celosa de las mujeres, en lo que al honor de su hija se refería.

Siendo ya casi una señorita, Luisa había oído, desde su alcoba, por la puerta mal cerrada del comedor, un diálogo significativo. Su madre hablaba con uno de sus antiguos compañeros de teatros, y decía:

—Nosotros estamos ya viejos. Las chicas de veinte años y los caballeritos jóvenes, no se acuerdan ya ni de nuestros nombres.

—Del mío—replicaba el actor—es natural que no se acuerden; pero el tuyo volverá á sonar en París, con más éxito que nunca.

—¿El mío?

—Sí, el tuyo; el de tu hija que es lo mismo...

—Eso jamás... ¿Mi hija?... Si es un ángel... Y bien educada... y linda como un astro!... ¡Ah, no! Mi hija se casará ó se quedará para vestir santos; pero comenzar la misma vida que yo, eso sí que te equivocas... Te aseguro, que entre verla rodando

por las camas ó verla muerta, preferiría mil veces lo último. ¡Pobre angelito!... ¡Ella que es tan buena!

No obstante su bondad, el angelito, que quería ser artista, entró en el conservatorio, (sección de baile clásico), y á los diecinueve años era una de las discípulas más brillantes de Rosa Mauri.

Pensando en lo mucho que su madre iba á sufrir al esperarla en vano por la noche, Luisa acabó de vestirse. La idea de que alguien pudiese ser desgraciado á causa de ella, entristecíala profundamente. ¡Pobre mamá!—decíase—¡Si fuese posible no abandonarla!... Sólo que ¿cómo hacer?...

Su compañera Noemí habíala aconsejado que renunciase á las medidas extremas y que conciliara sus instintos amorosos y sus deberes familiares, yendo á ver á su amante durante el día y volviendo á su casa por la noche. Pero ese medio repugnaba á su carácter independiente y á su alma franca. ¿Engañar á su madre? No. Más valía abandonarla con lealtad, y luego, si era posible, seguir visitándola, seguir queriéndola mucho, seguir siendo su hija cariñosa y solícita. Al fin y al cabo, vivir honradamente con un hombre, con el mismo siem-

pre, como si fuese un marido, no era un crimen muy grande...

## II

Al salir del conservatorio en compañía de Noemí, Luisa experimentaba una sensación extraña de dicha y de congoja. Eran las seis de la tarde. Una hora después, Eugenio iría á esperarla á la plaza de la Bastilla, para nunca más separarse de ella.

Lo mismo que siempre, las dos chicas seguían los bulevares, caminando lentamente, deteniéndose ante las columnas de anuncios teatrales, viendo las novedades expuestas en los escaparates, [respirando el perfume que se exhala de las tiendas de flores, contentas de todo, en fin, y de todo curiosas.

Los rayos horizontales del sol, habían tomado ya ese tinte de lividez enfermiza que da á ciertas tardes de París, un aspecto de infinita melancolía sólo interrumpida, de trecho en trecho, por las violentas claridades de las vidrieras luminosas.

De pronto Noemí preguntó á su amiga:

—¿Estás bien decidida?

Sin contestar, Luisa se detuvo ante el escaparate de un joyero para ver, por milésima vez, las piedras preciosas que lucían en sus estuches de raso bajo la lluvia de luz blanca de las lámparas eléctricas. Los diamantes de que ambas hubieran querido adornar sus pechos juveniles, parpadeaban allí con sus fasetas multicolores, haciendo brillar, ante las pupilas fascinadas, la gama inquieta de los rojos igneos, de los verdes de esmalte, de los azules minerales, de todos los matices del arco iris, en suma, que palpitaban entre las aguas claras del cristal como chispas flotantes. Luego veíanse, en engastes caprichosos, coronando cruces, constelando broches, rematando argollas, figurando pájaros inverosímiles ó monstruos heráldicos, centenares de esmeraldas, obscuras las unas como hojas veraniegas y otras claras, traslúcidas, de un verde diáfano de ala de insecto y de alga marina; veíanse grandes regueros de rubíes que ensangrentaban el oro de las monturas, apinados á veces en joyas riquísimas como granadas entreabiertas, ó solitarios cual gotas de sangre en el centro de los ani-

llos, obligando siempre á parecer, con el brillo y la frescura de su carmín, más intensa, más violácea, más dura aún, la dura púrpura de los granates vecinos. Y se veían también, entre las esmeraldas color de esperanza y los carnales rubíes, algunos záfros de un azul de pizarra y de ala de cuervo, graves y misteriosos con sus fuegos ocultos de pupilas negras, al lado de pálidas turquesas cuya pasta virginal hacía pensar en ojos soñadores de princesas de navidad, muy rubías y muy lejanas; en princesas de balada germánica, en pobres princesas siempre doncellas, de cuerpos vaporosos y de pálidos labios, intangibles y alucinantes como sus cielos natales... En seguida un ópalo inmenso, preñado de vetas de oro, de espirales carmeses y de cabrilleos de esmeralda, destacábase entre los brazos de dos quimeras de plata que se retorcían, entrelazando sus piernas finísimas y sus alas diminutas, para formar una sortija de estilo antiguo. Más allá, las amatistas episcopales sonreían con su dulzura de piedras benéficas hechas para ayudar á las bendiciones y para consolar las sobriedades. En seguida los topacios llenaban, como manchas de aceite, las cajas color de rosa de los aretes populares, aline-

dos simétricamente bajo los collares de coral color de carne descolorida, de carne de encías cloróticas y de párpados irritados que alargaban indefinidamente sus hilos lacios de un extremo á otro de la vidriera. En el centro, dominando todas las demás joyas desde su estuche imperial, alto cual un trono y mullido cual un lecho, erguíase una guirnalda de perlas orientales, discretas y majestuosas, pálidas y lucientes, suaves con tibia suavidad de pecho femenino y delicadas como caricias.

¡Las perlas! Luisa tentó por esas pálidas gemas una admiración apasionada. Detenida ante ellas, contemplándolas á través del cristal de la vidriera, permanecía á veces largos ratos olvidándose del sitio en que estaba y de la hora que era. Toda la poesía del Oriente lejano y pintoresco, entrevisto por su imaginación en los poemas de Víctor Hugo y en los cuadros de Descamps, revivía ante ella en pleno París, en el centro de la vida moderna, y la hacía soñar jardines encantados, misteriosos minarettes, palacios fantásticos y guzlas amorosas oídas á la luz de la luna en las riberas de un mar fosforescente... Esa tarde, un moro que tenía la cara de su Eugenio, apareció ante ella, montado en brioso

alazán, invitándola a seguirle muy lejos, muy lejos, en busca de un país donde las rosas del amor florecieran perennemente, acariciadas por un sol de fuego...

—¿Nos vamos?—preguntola Noemí al cabo de diez minutos.

—Vámonos—repuso Luisa volviendo á la realidad.

Y las dos parisienses continuaron su marcha silenciosa por la calle llena de ruido y de movimiento.

Al verlas pasar, con la falda arremangada hasta el nacimiento de la pantorrilla, dejando al aire libre los finos tobillos y las carnosidades interiores de la pierna, los hombres se volvían hacia ellas con las miradas llameantes de deseos:

—Son divinas—decían.

Y, en efecto, lo eran. Eran divinas de juventud, de gracia y de elegancia.

Noemí, sobre todo, con su cuerpo flexible, sus movimientos ondulantes, su cabellera rubia, su pecho redondo, sus grandes ojos verdes y sus labios sensuales, atraía desde luego las miradas entusiasmadas y provocaba los malos deseos.

A su lado, Luisa palidecía á primera vista. Sus formas más delicadas y sus movimientos más rítmicos en realidad, eran, sin embargo, menos exultantes. Su rostro ovalado y blanquísimo, de una blancura de porcelana de Sevres, acentuada por la línea sangrienta de los labios y por las manchas negras de los ojos, requería el recogimiento para ser admirado en todo su valor de belleza especial y moderna. Nada en ella hacía pensar en los modelos clásicos de la belleza antigua. Siendo morena de ojos, era rubia de pelo. Su cuerpo, en apariencia frágil, estaba hecho de líneas curvas y de amplias redondeces que sorprendían al ser palpadas. Sus senos redondos oscilaban ligeramente, cuando ella iba deprisa.

Ya en la esquina en que debían separarse, Noemí preguntó de nuevo á su compañera si estaba decidida á no volver á casa de su madre.

Luisa pareció reflexionar un instante, buscando, en realidad, una excusa á su respuesta afirmativa. Luego, con una sonrisa melancólica, como pidiendo perdón y apoyo, repuso lentamente:

—Sí... Estoy decidida...

Algunos segundos después, viendo la silueta de su amiga que se desvanecía en la penumbra de la tarde, Luisa sintióse sola, más sola que nunca, como si todo lo que constituía su vida anterior acabase de morir para ella. Y tuvo miedo. La inmensa vía céntrica, siempre llena de ruido y de movimiento, desapareció ante sus ojos y la imagen del vacío, del abandono completo, de la triste orfandad, apoderóse de su retina calenturienta... A su lado los vendedores de periódicos anunciaban á gritos el último escándalo, las parejas galantes pasaban murmurándose juramentos de frivolidad eterna; los hombres de negocios abríanse paso con rapidez entre los grupos compactos de desocupados, los cocheros rugían como fieras desde sus altos asientos, toda la vida de París, en fin, murmuraba vertiginosamente á sus oídos. Ella no percibía nada, sin embargo. De pie en el mismo sitio, seguía dudando, sin saber hacia dónde dirigirse, decidida á llevar á cabo una acción irreparable, y llena aún de vagas incertidumbres y de temores fantásticos...

A los lejos, en el fondo lívido y brumoso del horizonte, el genio alado que corona la columna de la Bastilla extendía hacia ella sus brazos de oro

indicándole el sitio en que el Amor la esperaba para iniciarla en los profundos arcanos del goce infinito y del infinito placer. Mas al mismo tiempo las líneas paralelas de mecheros que iluminaban la callejuela por donde Noemí se había perdido, parecían indicarle la ruta del hogar, de la existencia tranquila, y de la dulce vida sin penas y sin inquietudes... Su alma sensible, su pobre alma filial y apasionada, su alma triste de hija y de amorosa, experimentó de nuevo la sensación de la lucha que durante tanto tiempo desolara sus días sin tranquilidad y sus noches sin sueño. El malestar psicológico que en ese momento la atormentaba, no era ya sólo la duda en cuyo laberinto incierto se pierde la voluntad, sino también un remordimiento precoz que la hacía saborear de antemano las penas de su vida futura.

Sin saber lo que hacía, tomó el camino de su casa y anduvo, con su paso rítmico de todas las tardes, durante algunos minutos; anduvo maquinalmente, ignorando á dónde iba, casi sin pensar en nada, siguiendo, por la fuerza de la costumbre, el camino de todos los días;—anduvo cual un autómeta;—y de pronto, como despertando de un sue-

ño, detúvose, volvió hacia el boulevard y dirigióse, con andar rápido, hacia la plaza de la Bastilla.

Poco á poco, y á medida que se acercaba al sitio de la cita definitiva, la imagen de su madre iba esfumándose en un paisaje ideal de suaves lejanías, mientras la figura de Eugenio crecía en el fondo de su alma, precisábase en su imaginación y sonreía en su mente, invadiendo todo su sér sensible, hasta llegar á posesionarse solitariamente de ella.

¡Eugenio!... Luisa le veía de nuevo tímido y ardiente, siguiéndola como la sombra al cuerpo durante semanas enteras; le veía ofreciéndola un ramillete de flores, en una esquina, un día de verano; le veía acompañándola por las tardes, con los ojos húmedos de emoción y los labios hambrientos de besos; veíale, en fin, lo mismo que todas las mujeres ven al hombre amado y le acariciaba con la visión y le embellecía con el pensamiento.

Alto, delgado, moreno, de aspecto casi infantil y de mirada melancólica, Eugenio parecía, superficialmente considerado, un estudiante como cualquiera otro: pero visto con despacio, en la intimidad de las charlas confidenciales, su rostro tomaba una expresión singular de tristeza enfermiza é insi-

nuante. Sus labios delgados, contraíanse con frecuencia para descubrir la blancura simétrica de los dientes; sus ojos, siempre entornados, siempre ojeros, parecían conservar el recuerdo de muchos cuadros desgarradores y más que para ver, hubiérase dicho que estaban hechos para llorar. Cualquiera, fijándose en él, le habría tomado por alumno de filosofía ó de matemáticas á causa de la prematura gravedad de la mirada.

Luisa misma preguntóle un día si era estudiante, y él la respondió con orgullo:

—¿Estudiante! No. Soy empleado de comercio!

Luego las confesiones continuaron. Era empleado de comercio, sí; pero no dependiente, sino hombre de oficina y de papeles, secretario del jefe de la sección inglesa en la casa de Levy hermanos los grandes vendedores de paño... Su madre hubiera querido que fuese médico, y de seguro lo habría sido á no sobrevenir la muerte de su pobre padre, capitán de artillería que tuvo la desgracia de sucumbir en Indo China, en la primera guerra, cuando apenas le faltaban dos ó tres años para obtener el grado de comandante. Y además, él no tenía grandes aficiones á la medicina ni á ninguna otra

carrera científica, á causa de lo difícil que es, en nuestros tiempos, formarse una clientela y vivir de su trabajo. El comercio por lo menos producía desde luego, y muy á menudo acababa por enriquecer... No se quejaba de su suerte. A su edad cincuenta duros de sueldo no eran un grano de anís.

Luisa le había preguntado:

—¿Qué edad tienes?

—Diecinueve... En diciembre voy á cumplir los veinte...

—¡Qué casualidad! Yo también tengo diecinueve.

Esa coincidencia de fechas natales, constituía un nuevo lazo de amor para la chica enamorada, que creía que al hacerles venir al mundo casi al mismo tiempo, la Providencia había deseado unirles desde la cuna. Y su imaginación supersticiosa no se paraba allí, una vez en el atajo de los puntos de contacto, sino que seguía volando, con primitiva ingenuidad, hasta hacerla ver que si él era hijo de un capitán, ella podía muy bien ser asimismo hija de un militar y que tanto él como ella habían sido educados exclusivamente por sus madres... y que los dos habían nacido en el mismo barrio, en la misma ciudad, el mismo año...

Pensando en tan nimias concordancias con la seriedad que los amantes atribuyen á los más frivolos detalles de la vida pasional, Luisa decíase, al llegar á la Plaza de la Bastilla, que verdaderamente Dios les había creado para vivir juntos toda la vida; para vivir queriéndose mucho, mucho, con todo el corazón...

—¡Creí que no ibas á venir!

Eugenio estaba ya á su lado, tembloroso de emoción, no sabiendo si darle la mano como siempre, ó pedirle los labios como en ciertas ocasiones excepcionales en que la obscuridad de la hora y la calma del sitio prestábase á los rápidos besos. Ella le tomó la mano sin responder.

### III

Lo primero que atrajo la mirada de Luisa al penetrar en casa de su amante, fué la cama de hierro que, sin cortinajes, sin cojines, sin lazos de co-

carrera científica, á causa de lo difícil que es, en nuestros tiempos, formarse una clientela y vivir de su trabajo. El comercio por lo menos producía desde luego, y muy á menudo acababa por enriquecer... No se quejaba de su suerte. A su edad cincuenta duros de sueldo no eran un grano de anís.

Luisa le había preguntado:

—¿Qué edad tienes?

—Diecinueve... En diciembre voy á cumplir los veinte...

—¡Qué casualidad! Yo también tengo diecinueve.

Esa coincidencia de fechas natales, constituía un nuevo lazo de amor para la chica enamorada, que creía que al hacerles venir al mundo casi al mismo tiempo, la Providencia había deseado unirles desde la cuna. Y su imaginación supersticiosa no se paraba allí, una vez en el atajo de los puntos de contacto, sino que seguía volando, con primitiva ingenuidad, hasta hacerla ver que si él era hijo de un capitán, ella podía muy bien ser asimismo hija de un militar y que tanto él como ella habían sido educados exclusivamente por sus madres... y que los dos habían nacido en el mismo barrio, en la misma ciudad, el mismo año...

Pensando en tan nimias concordancias con la seriedad que los amantes atribuyen á los más frivolos detalles de la vida pasional, Luisa decía, al llegar á la Plaza de la Bastilla, que verdaderamente Dios les había creado para vivir juntos toda la vida; para vivir queriéndose mucho, mucho, con todo el corazón...

—¡Creí que no ibas á venir!

Eugenio estaba ya á su lado, tembloroso de emoción, no sabiendo si darle la mano como siempre, ó pedirle los labios como en ciertas ocasiones excepcionales en que la obscuridad de la hora y la calma del sitio prestábase á los rápidos besos. Ella le tomó la mano sin responder.

### III

Lo primero que atrajo la mirada de Luisa al penetrar en casa de su amante, fué la cama de hierro que, sin cortinajes, sin cojines, sin lazos de co-

lores, sin nada de lo que constituye la belleza sensual del lecho y le convierte en nido de tentaciones, llenaba el fondo de la estancia, brutal y friamente, bajo las mantas grises y las blancas almohadas. Ante ese mueble que representa lo irreparable en el idilio, las mejillas de la mujer virgen se animaron con celajes ruborosos y sus miradas revolotearon alrededor de la estancia, como pájaros amedrentados, buscando donde posarse sin peligro.

Nada en la vasta y única pieza de Eugenio, denotaba el buen gusto. Frente a la ventana, un armario de nogal, muy antiguo y muy oscuro, vestigio de un modesto bienestar provinciano, abría sus amplias fauces enseñando el vientre casi vacío; al lado del armario, veíase un tocador de no pintado pino con su jarro y su jofaina de barro; luego se distinguían, llenando los sitios desocupados, dos butacas sin forma y unas cuantas sillas. En los muros tapizados de papel ordinárisimo, en el cual las flores azules destacábanse sobre un fondo ocre, aparecían, prendidos con alfileres, hasta diez abanicos japoneses y cinco ó seis retratos de mujeres desnudas en ligeros cuadros de bambú. Ningún bibelot, ningún florero, ninguna figulina de similibronce, ni

el más insignificante busto de yeso, adornaba la chimenea de mármol negro.

Mientras los ojos de Luisa seguían huyendo de la cama, su imaginación iba más lejos aún, iba hasta la propia alcoba abandonada, en la cual los dulces ensueños amorosos y las visiones alegres podían florecer sin frío y sin fastidio, entre las coladuras celestes del lecho, las estampas multicolores de las paredes y las plantas tropicales de las rinconeras. De pronto un marco de terciopelo, en cuya parte superior agonizaba un ramillete de claveles blancos, proporcionó a la errante mirada el punto de reposo con tanta ansia buscado. Eugenio murmuró:

—¡Es el retrato de mi madre!

Y dichosos ambos de encontrar en el cuarto sin alma, algo que fuese íntimo y que fuese tierno, acercáronse para contemplar la fotografía.

—Es muy hermosa—dijo Luisa fijándose en el perfil moreno, energético y correcto que había tomado ya, por obra del tiempo y de la claridad, un color de marfil y un relieve de medalla.

—¡Un retrato muy antiguo!—repuso Eugenio.

Luego el silencio reinó de nuevo en la estancia,

con esa pesadez tiránica que hace parecer más uniforme la respiración y que convierte los segundos en minutos y los minutos en horas. Una timidez angustiosa habíase apoderado de ellos, ahogando en sus venas el fuego amoroso y encadenando momentáneamente sus instintos. Por fin, sus miradas se encontraron, se cruzaron, se huyeron, volvieron á encontrarse y permanecieron confundidas la una en la otra, sin sonreírse, sin hablarse, con algo de extraño en la expresión, como espantadas de hallarse así encerradas en el mismo espacio, hasta que Eugenio se aproximó á Luisa y la estrechó entre los brazos, sin despegar los labios...

Ella tuvo miedo de la lámpara, de la sombra de su cuerpo arrastrándose bajo las sillas, de la luz de la luna que penetraba por la ventana... Tuvo miedo de todo lo que era luciente y de todo lo que era móvil.

—Cierra la ventana—dijo.

En seguida ella misma apagó la luz, dejando el cuarto sumido en las tinieblas que debían reconfortar sus almas medrosas.

Sabiendo de antemano en donde se debían encontrar, halláronse, sin buscarse, junto al lecho, y

se estrecharon en silencio, murmurando apenas, al final de cada beso, una frase sin coherencia y sin sentido, una frase vaga, flotante, doliente, en la cual sus nombres iban y venían, deformados por diminutivos imprevistos llenos de misericordia incomprensible y de ininteligible gracia.

... «Mi Luisa... mi Lilita... mi Lili... mi pobre cielo... mi amor... Eugenio mío... mi amoreito...» Y las letanías de la pasión carnal continuaban brotando de sus labios con lentas intermitencias para entrecortar los besos prolongados, las jadeantes caricias y los abrazos sin fin...

Al cabo de un largo rato, se acostaron.

... Acostáronse, no cual Longo lo aconseja en sus paganas pastorales, sino como el pudor moderno lo permite... Acostáronse juntos, sin sencillez y sin elegancia, avergonzados de lo que hacían, sufriendo al desnudarse y no atreviéndose á desnudarse por entero; refugiándose en los pudores incompletos para huir de los completos instintos; protegidos por la obscuridad que les robaba recíprocamente el encanto de sus cuerpos jóvenes, y temerosos, empero, de sentirse descubiertos...

Acostáronse...

...Y á merced del sagrado deseo que domina, que tiraniza, que guta los brazos, que incendia las venas y que seca los labios; á merced de la fiebre de amor que convierte las manos en garras y las bocas en ventosas, y que sacude las fibras más íntimas, y que suprime el pensamiento, y que aletarga la conciencia; á merced de la voluptuosidad todopoderosa, todomisericordiosa, y llena de gracia, que sabe hacer vivir á los sentidos, en la agonía de la voluntad y en la muerte de la inteligencia, una vida de llama, de suspiro y de temblor, los amantes se unieron para confundir sus almas y sus cuerpos en un beso supremo...

## IV

Sin las perezosas languideces que hacen de la primera noche de amor una crisis de delirio, seguida de una larga convalecencia erótica durante la cual todo trabajo es imposible, Luisa y Eugenio comenzaron desde luego á llevar una existencia, casi conyugal, de actividad metódica y de monótona regulari-

dad. Separados desde por la mañana á causa de las exigencias del trabajo cotidiano productor del pan nuestro de cada día, reuníanse á la caída de la tarde en un café del boulevard; y después de comer con apetito, iban á acostarse... Iban á acostarse, con apetito también, ya sin falsos pudores, sin timideces ingenuas, sin miedo de la claridad, desnudándose francamente ante la lámpara cuya luz doraba la morena piel del hombre y constelaba la superficie lisa de la epidermis femenina con puntos de ámbar y de rosa. Sus cuerpos jóvenes no tenían necesidad de recurrir á los besos de cada media hora, ni á ningún excitante de los mil que la farmacopea amorosa prescribe para llegar al deseo completo. Sencillos y fogosos, consideraban el amor como una función natural, más agradable que las otras, pero no más complicada, ni más difícil, ni más fatigante.

¿Fatigante? El que les hubiera dicho que los besos podían fatigar, les habría sorprendido muchísimo, y hasta les habría hecho reír,—á ella con su risa franca y alegre de cascabeles sonoros entre los geráneos de los labios; á él con su risa grave y melancólica... ¿Fatigante? ¡Oh, no!

—¿Verdad que no, mi Eugenio?

Y sus bocas de fuego y sus brazos flexibles, probabanse que «no», en efecto; que el amor no fatiga nunca, nunca, nunca...

A veces, en su deseo de acostarse pronto, Luisa confundía los escondidos broches del talle, los minúsculos botones de la falda, los cordones interminables del corsé, los infinitos alfileres de las mangas, de los cinturones, de los volantes; y encarnizándose contra un pliegue mal prendido ó contra un bucle rebelde, seguía tratando de desprenderlo, hasta pincharse con el alfiler oculto que hacía imposible su labor. Eugenio, entonces, chupábale la invisible herida con ardor devorante, hasta sentir la embriaguez que produce la sangre fresca.

Por casualidad el empleadillo poseía algunos billetes de Banco, economizados con objeto de comprarse una bicicleta de gran lujo, igual á la de su principal, «perfeccionada», de acero y aluminio, ligera como una pluma y rápida como un automóvil. Haciendo un sacrificio verdadero, renunció á su velocípedo y puso el dinero á la disposición de su mujercita. Pero ella no tenía necesidad de nada.

—De nada... de nada,—decía, resistiéndose á tomar los billetes.

No tenía necesidad de nada, en efecto; y sin embargo las hojas azules firmadas por el director del Banco de Francia, se evaporaron entre sus manos, en el término de quince días.

«¿En qué he gastado cuatrocientas pesetas?—preguntóse mentalmente Luisa, cuando ya no le quedaban sino seis ó siete duros. Y su memoria buscaba en vano el recuerdo de los objetos comprados... Las cortinas azules para el lecho, habían costado diez duros... luego diez duros más de perfumes, de pantallas color de rosa para las lámparas, de peines, de cepillos... ¡Y en seguida una manta... es verdad... una manta de seda, muy ligera, muy bonita, celeste con puntos plateados... veinte pesetas!... ¿Y luego?... Luego nada más...»

«¡Somos unos locos!»—exclamó después de hacer sus cuentas, sin fijarse en la injusticia del plural.

Su amante sonreía, diciéndola que todo lo suyo era de ella, que el dinero no valía la pena, que ya irían viviendo como pudieran, pobres ó ricos, pero siempre dichosos, siempre queriéndose mucho...

Ella replicaba:

—Además pienso trabajar. Ya verás. En el Conservatorio, uno de nuestros profesores nos ha prometido á Noemí y á mí una contrata para el concierto de Maravillas. Yo hubiera preferido entrar desde luego en la Opera; pero en la Opera casi no pagan nada á las principiantas, mientras que en los conciertos del boulevard, lo menos que dan es un luis al día... ¿Te parece que debo aceptar?

Eugenio no respondía ni sí ni no. «Ella es libre de trabajar en donde quisiera y aun de no trabajar.» Lo único que la pedía, era que no le engañase nunca.

—¡Tonto!—replicaba ella estrechándole apasionadamente entre los brazos y jurándole que si volvía á dudar, aunque fuese de un modo muy vago y muy lejano, de su fidelidad eterna, la enfadaría de verdad...

Una mañana Luisa firmó al fin su contrato con el director de Maravillas.

Eugenio, al saberlo, se mostró, como siempre, dis-

creto y reservado, figurándose que no debía tener opinión ninguna sobre tal asunto; pero la idea de que su querida no sería únicamente una chica guapa como las queridas de sus compañeros, sino también una artista de talento, una bailarina aplaudida, conocida y codiciada, halagó en secreto su vanidad y proporcionó á su amor propio uno de los más grandes placeres que hasta entonces había disfrutado.

Cuando Pepe, su vecino de pupitre en casa de Levy hermanos, le preguntó «¿Qué tal?» lo mismo que todos los días, respondióle: «Muy cansado, chico!»

Y luego, á media voz para que el principal no lo oyese, continuó:

—Sí, cansadísimo. Figúrate que mi chica, la que vive conmigo, Luisa en fin, ya sabes, va á comenzar á trabajar mañana en Maravillas.

—¡Ah!—exclamó Pepe con admiración respetuosa:—¿tu mujer es cantante?

—No; es bailarina. En el Conservatorio querían hacerla *debutar* en la Opera, y yo tuve que oponerme á causa de los viejos influyentes que se pasan la vida entre bastidores sobando á las actrices...

Además la opera ya no está de moda... en tanto que Maravillas... Cuando quieras venir conmigo, no tienes más que decirlo...

Envalentonándose mutuamente con frases de pueril fanfarronería, Luisa y Noemí, ya vestidas caprichosamente para aparecer ante el público, esperaban su turno con temor e impaciencia. Tenían miedo y al mismo tiempo sentíanse dichosas. La excitación que se apodera de los actores en las noches de estreno, las hacía verlo todo a través de un cristal de aumento.

En la escena una mujer muy alta, muy pálida, muy joven, cantaba las canciones obscenas de su repertorio.—Era Ofelia—una Ofelia de los barrios bajos de París, delicada y brutal, flor de fango y de vicio, cuyos grandes ojos claros, contrastaban con sus labios pintados y con sus greñas rizosas de prostituta callejera. Hierática y casi inmóvil en la

serenidad de su actitud, Ofelia se erguía ante el público, segura de antemano de su victoria, discretamente orgullosa, mirando con ironía, la boca siempre entreabierta. Su talle fino é interminable, parecía más interminable y más fino aún, á la luz del gas. Sus grandes brazos fantasmagóricos, envueltos en la piel negra de los guantes, cruzábanse sobre el pecho con ademán ingenuo. La última canción—la más personal y la más perversa—comenzó... Comenzó con lentitud monótona, más que cantada, hablada, salmodiada mejor dicho, entre el rumor modesto de los violines que parecían desear esconder sus sonoridades para dejar al instrumento humano la supremacía de su encanto. Comenzó sin acción, sin brillantez, casi sin carácter:

La chica le quería con juvenil pasión.

Y el chico se dejaba—que sí, que se dejaba...

Poco á poco las entonaciones significativas iban acentuando y subrayando, con impertinencias infantiles, las frases crueles, dando vida á las imáge-

nes perversas, haciendo adivinar las malicias misteriosas, estúpidas, obscenas:

Que se dejaba siempre cuando muy pobre estaba  
Querer por la chiquilla con todo el corazón...

Al fin venía el refrán, un refrán cualquiera, ni más ni menos necio que todos los refranes de canción moderna; y entonces, con un movimiento singular de los brazos, con un gesto de los labios, con una nota más aguda, más estridente, más seca que las anteriores, toda la «canallera» del deseo y del vicio de baja estofa, surgía en rápido vuelo, mientras la orquesta continuaba durante breves instantes acompañando el eco muerto y la malicia ya expresada:

Con todo el corazón ella le amaba.  
Le amaba y para amarle diariamente,  
diariamente  
con otros por la noche se acostaba.  
Era valiente.  
Y en el día con él se reposaba  
tiernamente...

Al oír los aplausos atronadores que parecían

aclamar en Ofelia toda la belleza del vicio triste, de la carne de alquiler y del placer humilde, Luisa sintióse alucinada por la idea del triunfo, creyendo que los aplausos eran para ella, para sus piernas de estatua, para su pecho redondo, para sus líneas, en fin, y para su ritmo. Sin fijarse en lo que hacía, principió á mover los brazos al compás de la música que sonaba en su imaginación.

Noemí, por su parte, más dueña de sí misma aunque no menos impresionada por las circunstancias, estiraba las piernas desnudas, calculando su elasticidad y su ligereza, como los atletas que, antes de bajar á la arena, ensayan la robustez de sus músculos en solitarias contorsiones de brazos.

De pronto ambas se volvieron á ver, pálidas del susto. Un rumor sordo, una irritación general, subía de las butacas y llenaba la sala, haciendo temblar las bambalinas del escenario. «¡No, no, no!—¡no, no, no!—¡no, no, no!» Los signos de desaprobación dilatábanse en ondas confusas y sonoras, al compás de los bastones que golpeaban el tablado con la monotonía exasperante de su triple martilleo. «¡No, no, no!»—De pie, en medio de las tablas, el clown Rip-Rip aguantaba la matraca general, indi-

ferente y resignado, tratando de sonreír, imitando los gritos del público, sacando fuerzas de flaqueza, principiando los ejercicios, las genuflexiones, las gracias de todas las noches, y teniendo que suspenderlas apenas empezadas, ante los gritos á cada instante más agudos é imperiosos: «¡No, no, no!—¡No, no, no!»—Las butacas no querían ver al payaso no por antipatía contra él, sino por entusiasmo en favor de Ofelia. El director tuvo al fin que darse por vencido, y haciendo una seña á Rip, ordenó á la cantadora que repitiese la última canción para satisfacer á sus admiradores.

Entre aplausos frenéticos, Ofelia apareció de nuevo, siempre fría, siempre hierática, sin hacer manifestaciones de agradecimiento, convencida de merecerlo todo; y cantó, por segunda vez, velando más que nunca la voz canallesca y dando un tono más agrio aún á las rimas viciosas, la estúpida leyenda de la vendedora de sonrisas que mantenía á su chulo con el producto del sudor de su cuerpo:

Con otros por la noche se acostaba,  
era valiente,  
y en el día con él se reposaba  
tiernamente...

Considerando los gritos del público como una desgracia terrible, Luisa murmuró, enternecida:

—¡Pobre Rip-Rip!

El clown, que esperaba al lado de las bailarinas su turno, repuso:

—¿Por qué pobre? ¿Por qué los espectadores prefieren oír á esa chica?... Es natural. En San Petersburgo, hace un año, la gente rompió las butacas para exigir que yo repitiese mis ejercicios. Hoy todos se perecen en París por Ofelia... Ya veremos mañana. A cada artista le llega su San Martín, hijitas más, y lo más prudente, cuando uno no quiere sufrir mucho, es aceptar las cosas como vienen, sin darles gran importancia. El público es un ogro insaciable y mal educado, que, disponiendo de un *menú* variadísimo (en el cual hay perdices recién cazadas, como vosotras, y mil otros manjares apetitosos) se harta del mismo guiso de merluza seca, se arruina el estómago y se queda luego sin apetito para los demás platos. Peor para el público! Antaño no sucedía lo mismo. Los espectadores que vieron mi *debut* eran más inteligentes y más finos.

## VI

Rip-Rip era lo que en política se llama un retrógrado. Para él, cualquiera tiempo pasado había sido mejor, y el mejor de todos los años, el año setenta, primero de su carrera y último del imperio. Durante ese año, en efecto, mientras los franceses jóvenes se hacían matar en la frontera, él, joven también, más fuerte que nadie y tan ágil como el que más, divertía a los funcionarios de la corte e impresionaba a las damas de la nobleza, saltando de trapecio en trapecio en el circo de los Funámbulos. Porque Rip-Rip no había sido siempre payaso. ¡Oh, no! Antaño, como él decía, su profesión era la de «gimnasta de alta escuela» y en vez de enseñar el reloj pintado en la parte posterior de su pantalón a los chicos inocentes, enseñaba, a las mujeres curiosas, su perfecta anatomía que vibraba bajo la finísima y transparente malla de seda. En aquella época, los billetes perfumados habían llovido en su cuarto y jamás el público hu-

biera preferido a él una imagen de la prostitución. Sus mismos compañeros augurábanle el más brillante de los futuros, jurándole que jamás, ni en Francia ni en Inglaterra, un trapecista había saltado tan grandes distancias como él. Pero su nombre le había acarreado la desdicha. Una tarde, al volar de una barra fija en el espacio a un ondulante y lejano trapecio, habíase dormido cual su homónimo de la leyenda inglesa... Habíase dormido; y durante su sueño las mujeres pasaban junto a él, enviándole besos con las manos, llamándole, ofreciéndole sus bocas, sus pechos, sus almas; pasaban y pasaban, las mujeres, todas enamoradas de él, de sus piernas membrudas, de sus robustos brazos, de su agilidad de serpiente; y mientras tanto el trapecio huía, elevábase, movíase epilécticamente, subía, subía y perdíase en las nubes, tratando de no dejarse coger... Pero él le cogería... ¡ya lo creo!... En su sueño todo era fácil... Y seguía durmiendo en el aire, entre el trapecio siempre epiléptico y la barra siempre fija... Seguía durmiendo toda una eternidad en un segundo, acariciado por el amor, sostenido por las alas de la gloria, ébrio de orgullo y de esperanzas. Al despertarse, en una

cama de hospital, el médico le consoló, asegurándole que no era gran cosa, apenas un brazo roto... asunto de dos meses, en fin... Y no pudiendo ya ser gimnasta, resignóse á ser clown, á saltar de una silla á otra silla, á caer de lo alto de una mesa, á ser ágil sin ser olímpico, á divertir sin impresionar, á pintarse arañas en los carrillos, á permitir que las Amazonas le dieran puntapiés en el trasero y que los perros sabios le mordiesen las piernas. Primero con paciencia, luego con interés y al fin con amor, ejerció diariamente su oficio, hasta llegar á ser uno de los más famosos clowns del mundo. Su excentricidad, su fantasía, su ligereza de cuerpo y hasta la torpeza de su brazo derecho, le sirvieron para conquistar la triste gloria de hacer reír. Al cabo de algunos años, fué dichoso de nuevo, aunque de otro modo, ya sin grandes alegrías nerviosas, sin esperanzas de triunfos inmensos y rápidos, sin embriagueces de aéreos atrevimientos, sin lucir, en fin, ante las mujeres admiradas, sus formas desnudas y perfectas, su pecho brillante de lentejuelas de oro, su cuello de león, sus manos de conquistador... ¡Las mujeres! En realidad, lo único que le entristecía, al pensar en su antigua gloria de fu-

námbulo, era haber perdido todo su prestigio ante el bello sexo. «Antaño—pensaba—ninguna me hubiera resistido; ¡en tanto que ahora!...»—Una historia trágica le hacía fruncir los labios de vez en cuando. Era una historia muy breve. En Viena habíase enamorado de una rubia esbelta y fría, que, antes de entregarse á él, había exigido y obtenido la bendición del cura y el discurso del alcalde. Una vez casado, su amor fué siendo cada día más grande, más sensual, más tiránico. La rubia austriaca, de amplias caderas, de abundante pecho y de piel de rosa, magnetizábale con el perfume de su cuerpo, obligándole á agotar, en el lecho conyugal, sus fuerzas hercúleas, á inventar diariamente placeres nuevos, á desear siempre, estando al lado de ella, á todas horas, en todas partes, un beso, un estrujón, algo de carnal, en suma. Dos años transcurrieron así: él, loco por ella; ella, fría y pasiva, prestándose á todos los caprichos y á todas las brutalidades, sin quejarse y sin compartir el placer. Al fin, un día, al volver á su casa más temprano que de costumbre, Rip encontró á su mujer en brazos de un militar, de un simple soldado, y sin darse cuenta de lo que hacía, enloquecido por los

celos, precipitose sobre ella y la golpeó, la golpeó con las manos, con los pies, hundiéndole las rodillas en el pecho, haciendo crugir los huesos de sus caderas, encarnizándose contra los sitios más blandos, más lucientes, más amados; magullándole los brazos, mordiéndole la nuca, macerándole los senos; frenético, demente, enfurecido, hasta no sentir entre las manos, sino una masa inerte y muda... «¡La había matado!... El creía que la había matado... Quiso huir... Pero algunos vecinos teníanle ya cogido por el cuello... Las fuerzas le abandonaron entonces, su cerebro se vació de pronto, sus rodillas temblaron, y dejándose caer en una butaca, junto a la mujer en apariencia muerta, negó su crimen, dijo que no había sido él, sino otro, el militar... Quejóse a gritos, gimiendo y llorando, hablando de su madre, de sus hijos, de sus trapecios que iban y venían, de un lobo que tenía la boca llena de sangre y las garras rotas... Un ataque de fiebre delirante, le tuvo postrado durante dos semanas en la enfermería de la cárcel. Por último supo que su mujer estaba buena y sana en casa del militar... ¡Pobre Rip!..

De eso hacía ya quince años. Otras pasiones, menos devoradoras, pero siempre fogosas, habían

entristecido más tarde su existencia de clown filosófico y de hazme reír melancólico.

Viéndole inmóvil a su lado, Noemí le preguntó si era de temerse que el público las recibiera también mal a ella y a su compañera.

Rip-Rip se echó a reír.

—¿Recibiros mal? No; el público no recibe nunca mal la carne fresca. El público es como un tigre. Las buenas tajadas de brazos, levantándose y dejando ver los rizos rubios ó morenos del sobaco perfumado; los magníficos pedazos de muslos descubiertos de cuando en cuando; todo lo que es útil en la mujer, en fin, le hacen perder en seguida la chaveta y le llenan de agua la boca. Oid... oid cómo se entusiasman todos al pensar no más que la heroína de la canción

hace brillar entre las algas  
su lindo torso y sus redondas nalgas...

Los aplausos sonaban, en efecto, por la vigésima vez, al final de una canción pagana cantada por Ofelia.

—¡El cuatro!—gritó el director!—que entre in-

mediatamente el cuatro. Aprovechemos el entusiasmo.

Rip-Rip se precipitó á la escena, haciendo una pirueta fenomenal y yendo á caer, después de haber saltado por encima de una mesa, casi sobre los atriles de la orquesta. Una carcajada general celebró su atrevimiento y su sonora caída. Las butacas no pedían ya más canciones, sino más brincos, más piruetas y más movimiento como si, al salir de una alcoba en la cual hubieran respirado todas las flores del mal, sintiesen la necesidad de ver algo sano y fuerte, de respirar á plenos pulmones y de reír con alegría.

Animado por los espectadores, Rip-Rip multiplicaba la ligereza de sus ejercicios y la originalidad de sus volteretas, haciendo sonar más fuertemente que nunca, con su cráneo de madera, las tablas del escenario. Su cuerpo entero se retorció en el aire, estirando los pies y los brazos, alargando el cuello, pataleando vertiginosamente, sacudiendo los cabellos lacios de su peluca, bailando, en fin, en el espacio de un salto peligroso, un verdadero baile de San Vito, para ir á caer en seguida, cual una masa inerte, sobre dos sillas desvencijadas que

cedían al peso de su cuerpo y producían el efecto de un terremoto al venirse abajo con payaso y todo...

Luisa y Noemí se alejaron del sitio en donde estaban de pie, y fueron á sentarse en el saloncillo en que los artistas se reunían durante los instantes de reposo con objeto de hablar mal de los ausentes y de combinar planes maquiavélicos para sacarles algo al director ó á los protectores.

Al verlas entrar vestidas de marineros ingleses, con una blusa azul muy ajustada, y unos pantalones cortísimos y más ajustados aún, los artistas se volvieron hacia ellas curiosamente.

—Son las nuevas—dijo un barítono que tenía fama de irresistible, á causa de sus bigotes negros y de su voz melosa.— Son las nuevas.

En seguida, dirigiéndose á Noemí y ofreciéndola un sitio á su lado, tarareó con fatuidad:

Ven, pues, Ninón,  
á mi barquilla.  
Boguemos juntos  
á la otra orilla.  
Ven, pues, Ninón...

Luisa tomó asiento junto a un caballero calvo, autor de dos ó tres sainetes populares, muy elegante en el traje y muy fino de maneras.

La charla, un instante interrumpida, continuó entre el humo de los cigarrillos y las risas de las mujeres.

—Nosotros—decía un chico encanijado cuya solapa ostentaba un inmenso iris japonés—nosotros hemos renunciado á las conquistas difíciles. El amor verdadero resulta muy caro y muy largo. Hace diez años lo mejor era camelar á las mujeres de los amigos; pero hoy que las mujeres honradas han dividido á sus amantes en tres categorías: el que da de comer, el que paga los trajes y el que hace reír, nos exponemos á ser el que paga, creyendo ser el que divierte; y eso es muy triste. Lo más práctico es conducirse como Luciano y yo. Nosotros hemos renunciado á las aventuras, y no hacemos conquistas sino en los cafés nocturnos, con una pieza de oro en la mano. Somos las mariposas de las tabernas...

—Las mariposas que van de flores blancas en flores blancas—exclamó maliciosamente el caballero calvo.

—Eso es—prosiguió el hombre del iris gigantesco.—El color de las flores no nos preocupa ni mucho ni poco. Lo que nos interesa es huir del ridículo y no caer entre los guantes de las supervivientes del Imperio. Hace algún tiempo ocurrióseme hacer la corte á una marquesa auténtica, no del Papa sino del Rey, una marquesa de verdad, en fin, con perlas antiquísimas en su corona y con una fama de virtud digna de Añés. Pues bien: una noche, al volver del teatro, cuando yo me disponía á aprovechar la penumbra del carruaje para acariciarle la mano.....

Una carcajada celebró el final obscuro de la anécdota.

De pronto la voz de barítono sonó dramáticamente, pronunciando las siguientes palabras:

—¡Yo creo en el amor!

Ofelia murmuró entre dientes:

—¡Mis amantes también!

## VII

La célebre «cantadora» hablaba poco y no parecía poner gran atención en lo que los demás referían. Recostada en una butaca, con los brazos desnudos y la mirada errante, hubiérase dicho que meditaba en algo de siniestro y de infame. Su boca muy grande y muy roja; sus pómulos salientes y sonrosados; su frente estrecha; su palidez artificial de cremas blancas; sus ojeras profundas hechas con un lápiz azul, todas sus facciones, en suma, y aun algo que era más que las facciones, algo de interior y de secreto, un resplandor de su alma brillando á intervalos en la claridad fría de sus pupilas, delataban en ella á la musa del amor innoble; á la venus del arroyo, á la tentadora nocturna cuyo paso monótono hace crujir, en las noches sin luna, las hojas secas de los jardines públicos y cuyas manos, doctas en los más bajos ejercicios exóticos, suelen también teñirse de sangre en los instantes de exasperación ó de miseria. Uno de sus amigos,

pintor impresionista, hábala representado vestida de blanco, con los labios entreabiertos y los ojos macabros, deshojando fúnebres tuberosas al borde del Sena, en uno de esos rincones que sirven de fondo á las escenas trágicas dibujadas por Raffaelli ó descritas por Lorrain. Título del cuadro: «Ofelia de suburbio».—Y eso era, en efecto, la cantadora viciosa: una Ofelia que había nacido en una guardilla, que había crecido en la miseria y que á los veinte años, habiendo tenido muchos amantes brutales, muchos amantes egoístas, muchos amantes idiotas, preguntábase aún, como la novia de Hamlet: «¿En qué puedo distinguir un verdadero amor de los otros amores? ¿En su sombrero de flores, en sus adornos dorados, en las cintas de sus calzas?»—«En nada—respondía la triste experiencia; en nada. Lo que más se parece á un amor sincero, es un amor falso». Resignándose á no encontrar nunca la pasión fuerte, dominadora, absoluta; la pasión leal, la pasión eterna, refugiábase en el placer, en el vicio mejor dicho, y pedía á la variedad lo que la constancia no quiso darla.—Sin ser, en realidad, mucho peor que casi todas sus amigas, tenía una fama detestable, más bien por culpa de

sus maneras extrañas y de sus canciones terribles, que á causa de su conducta. Sus compañeros podían decir de ella, con razón, que cambiaba á menudo de amantes; que una noche pertenecía á un anciano decrepito y al día siguiente á un niño apenas púber; que un padre de familia se había suicidado por ella; que sus caprichos la llevaban, á veces, á revolcarse en lechos inmundos en compañía de la primera prostituta que pasaba por la calle. Pero no era eso únicamente lo que decían. Decían también que la pálida Ofelia había vivido con Pranzini y había viajado con Tropman; decían que en Roma uno de sus amantes había asesinado á un cardenal para robarle su sortija de amatista...; ¡decían tantas cosas falsas! Ella no lo ignoraba y en vez de enfadarse, contribuía á obscurecer su propia leyenda, hablando con misterio de su «pasado lamentable.»

Viéndola silenciosa y como preocupada, el mozalbete enemigo del amor, dijo á Ofelia:

—Tú tienes ideas análogas á las mías.

—Yo no tengo ideas—repuso la cantadora sin moverse.

## VIII

Entretanto Rip-Rip, más inspirado que nunca y más que nunca deseoso de probar al público que hacía mal en posponerle á un símbolo de la corrupción parisiense, seguía complicando sus excéntricas piruetas.

Cosmopolita y modernista, Rip-Rip unía en sus ejercicios la prodigiosa rapidez de los clowns americanos, á la artística elegancia de los payasos franceses. La antigua profesión de gimnasta permitíale ser eléctrico como los Hanlon-Lee y saltar con prodigiosa rapidez entre los obstáculos pintorescos del escenario. Pero también había en él algo de clásico, un eco del Polichinela de Nápoles, un reflejo del blanco Pierrot parisiense, cierto *chic* aristocrático, en fin, que hacía pensar en las figuras de Watteau, en los Giles, en los Leandros y en los Mezzetinos del siglo XVIII. Esos elementos combinados, hacían de él una figura originalísima y le permitían, en ciertas ocasiones, atravesar el espacio en una se-

rie de volteretas peligrosas rompiendo cien aros de papel policromo en su vuelo, siempre con una guitarra entre las manos, para ir a caer, al cabo de algunos minutos, ante una ventanilla medieval, entonando románticas serenatas.

El barítono dijo, tratando de definirle con una frase gráfica:

—Es una pavana tocada en un órgano de vapor. Ofelia preguntó a Noemí si tenía miedo.

—Sí—repuso la bailarina;—tengo miedo. ¿Por qué he de negarlo? En el Conservatorio, durante los exámenes públicos, la concurrencia no me atemorizaba, porque los que iban a vernos eran invitados; pero aquí, donde hay gente de toda clase, que ha pagado su sitio y que tiene derecho a exigir...

El director interrumpió su discurso, gritando en la puerta del saloncillo:

—¡Las nuevas!... Deprisa, señoritas...

Un momento después las dos chicas principiaron a bailar.

## IX

Una música singular, sin carácter genuino, sin sello de escuela, sin genio de raza, hecha de reminiscencias y de variaciones, de recortes y de alegorías; una música en la cual había algo de himno sagrado, de canción ingenua y lenta, de sencilla zarabanda antigua, y algo también de marcha funambulesca y de vals exótico; una música que era la música y las músicas, todas las músicas, las más simples como las más refinadas, y que reía y lloraba a un tiempo mismo, y que era grave y lenta cual una pavana, y fina y galante cual un minué; y que era ruda en seguida, ruda y melancólica como las armonías de los aires húngaros; y que jemía en los violines temblequeantes para pasar de pronto a los cobres sonoros y esparcirse en ruidosas ondas evocadoras de walquirias y de reales cortejos; una música con languideces de habanera, con piruetas de cancan, con muecas de *highland fling*, con aspavientos de fante y pucheros de marquesita em-

polvada; una música hecha de caprichos zingaros, de caprichos parisienses, de caprichos ingleses; una música cosmopolita, en fin, de reflejos mezclados y de ecos combinados, acompañaba los movimientos de las bailarinas.

Las piernas azules iban y venían en el espacio, ora con ritmo lánguido, meciéndose al ras del suelo y plegándose coquetamente, ora subiendo rápidas al nivel de las cabezas; entrelazándose, uniéndose, entreabriéndose, plegándose; siempre agitadas en un torbellino endiablado... Los talles flexibles movíanse con movimientos autónomos, sin acompañar los ademanes de las piernas, é imprimían á los pechos rígidos y redondos una cadencia de un sensualismo extraordinario.

Contemplando á las bailarinas desde el escenario, Ofelia preguntó al director:

—¿Qué es lo que bailan esas chicas?

—Una pavana.

Y, en efecto, en ese instante era una pavana. La ligereza y la ternura unidas, los candores maliciosos y las malicias púdicas combinadas; todo el carácter de una raza muerta, surgía, en ligero aleteo, de los movimientos aristocráticamente campestres

y rendidamente altaneros de las dos chicas cuyos cuerpos ondulaban en ceremoniosas contorsiones, buscándose, rozándose, uniéndose...

¡Una pavanal! En realidad era una pavana. Pero dos minutos después, ya era otra cosa.

Ofelia, desconcertada, tornó á interrogar:

—¿Qué es lo que bailan, de veras?

—Ahora es una danza javanesa.

Con los brazos abiertos, las chicas movían más bien las caderas que las piernas. Movían el pecho también, y movían, sobre todo, el vientre, la parte mas baja del vientre, el sexo mismo, en contorsiones casi obscenas y no obstante rítmicas, produciendo la impresión malsana de dos cuerpos que no estuviesen de pie, sino recostadas en un diván, ó en el borde de un lecho, esperando y exasperando con sus nervosidades, con sus sacudimientos, con sus temblores. Ya eso no era la danza del deseo ni de la excitación, sino la danza del espasmo, la pantomima del acto, el simulacro del vértigo... Y era terrible hasta el punto de incendiar, en los huesos de los espectadores, la médula misma.

Un cambio brusco... una pierna que subía, otra pierna que la acompañaba... un torbellino de re-

dondeces girando febrilmente... el cuerpo de la una moviéndose, desarticulándose, y el cuerpo de la otra siguiéndole, uniéndose a él, acompañándole de un modo tan hábil, que parecía su complemento y su reflejo... ¡El cancán!...

Y todos los bailes estaban tan íntimamente ligados, que hubiera sido necesario poderlos contemplar sin emoción, para distinguir en dónde principiaba uno y en dónde terminaba otro. De la variedad y del desmembramiento, surgía un conjunto curiosísimo y verdaderamente compacto, como de muchos retazos de color diferente nace, a veces, la armonía de una bandera flotando bajo el sol.

—Eso es un potpourri—dijo Ofelia.

—No,—repuso el director—es una antología...

Una animación excepcional reinaba en el salón-cillo de «Maravillas». Los artistas, los coristas y

hasta los tertulianos, parecían más alegres que de costumbre.

Una tarjeta pegada en el espejo, decía:

*«El director del concierto tiene el honor de invitar a todos los artistas que las presentes letras vieren, a una cena que se verificará hoy mismo, a las doce en punto de la noche, en el café de los príncipes, en celebración de lo que a nadie importa.»*

En el extremo inferior de la tarjeta, imitando el «se bailará» de las esquelas oficiales, leíanse las dos palabras siguientes: «Se emborrachará».

La broma hacía reír a Ofelia, quien aseguraba, sin embargo, que no se emborracharía.

—¿Y tú?—preguntó Rip-Rip a Noemí.

—Yo tampoco—repuso la bailarina.

—¡Naturalmente!—prosiguió el clown—Aquí todos somos unas almas de Dios, incapaces de cometer el más venial pecado contra los mandamientos de la doctrina cristiana. Ni bebemos, ni deseamos a la mujer del prójimo, ni fornicamos, ni somos codiciosos, ni glotones, ni nada... ¿Verdad, Rosalba?

La interpelada se echó a reír, asegurando que haría lo mismo que los demás; que si los demás no

dondeces girando febrilmente... el cuerpo de la una moviéndose, desarticulándose, y el cuerpo de la otra siguiéndole, uniéndose a él, acompañándole de un modo tan hábil, que parecía su complemento y su reflejo... ¡El cancán!...

Y todos los bailes estaban tan íntimamente ligados, que hubiera sido necesario poderlos contemplar sin emoción, para distinguir en dónde principiaba uno y en dónde terminaba otro. De la variedad y del desmembramiento, surgía un conjunto curiosísimo y verdaderamente compacto, como de muchos retazos de color diferente nace, a veces, la armonía de una bandera flotando bajo el sol.

—Eso es un potpourri—dijo Ofelia.

—No,—repuso el director—es una antología...

Una animación excepcional reinaba en el salón-cillo de «Maravillas». Los artistas, los coristas y

hasta los tertulianos, parecían más alegres que de costumbre.

Una tarjeta pegada en el espejo, decía:

*«El director del concierto tiene el honor de invitar a todos los artistas que las presentes letras vieron, a una cena que se verificará hoy mismo, a las doce en punto de la noche, en el café de los príncipes, en celebración de lo que a nadie importa».*

En el extremo inferior de la tarjeta, imitando el «se bailará» de las esquelas oficiales, leíanse las dos palabras siguientes: «*Se emborrachará*».

La broma hacía reír a Ofelia, quien aseguraba, sin embargo, que no se emborracharía.

—¿Y tú?—preguntó Rip-Rip a Noemí.

—Yo tampoco—repuso la bailarina.

—¡Naturalmente!—prosiguió el clown—Aquí todos somos unas almas de Dios, incapaces de cometer el más venial pecado contra los mandamientos de la doctrina cristiana. Ni bebemos, ni deseamos a la mujer del prójimo, ni fornicamos, ni somos codiciosos, ni glotones, ni nada... ¿Verdad, Rosalba?

La interpelada se echó a reír, asegurando que haría lo mismo que los demás; que si los demás no

bebían, ella tampoco bebería; pero que, en verdad, prefería beber, sobre todo si era champaña lo que iban á darles.

Rip la dijo:

—Tú, por lo menos, eres una buena chica.

XI

Y en efecto, lo era. Era la buena chica por definición y por antonomasia. Sin talento ninguno y sin deseo de adquirirlo consagrándose á una de esas especialidades escénicas en las cuales es fácil llegar á sobresalir, Rosalba duraba, empero en el concierto de Maravillas, más que ninguna de sus compañeras.

Contratada cinco años antes para representar los «Cuadros humanos» de Luis Rey, había tenido un éxito inmenso, gracias á su impudor ingenuo de ser inconsciente y casi primitivo. Desnudarse en el escenario ante mil personas, era para ella un acto tan natural como desnudarse en su alcoba para

meterse en la cama... Y se había desnudado, durante un mes, con lentitudes perversas y con gracias felinas, despojándose primero de la falda, luego de las enaguas, en seguida de la camisa, por último de los pantaloncillos de seda negra y de las medias color de rosa, hasta quedar, según la expresión de Rey, «cual su madre tuvo el honor de parirla». Se había desnudado con un arte exquisito, con tanto talento como otras se visten, empleando cinco minutos en desabrochar el corsé, deshaciendo cada lazo de cinta de una manera singularmente provocadora, simulando, antes de mostrar ciertos sitios del cuerpo, ligeros pudores de doncella ó gallardas osadías de cortesana; se había desnudado «como lo hacen las grandes damas», «como lo hacen las vírgenes», «como lo hacen las pecadoras», apareciendo, á veces, en traje de seda y á veces en traje de lana, enseñando un día la humilde ropa interior de la obrera y al día siguiente las riquísimas prendas, llenas de encajes, de las millonarias; se había desnudado, en fin, de mil maneras diferentes, haciendo circular cada noche, por la espina dorsal de París, un escalofrío debilitante.

Al terminar su contrato, el director le pregun-

tó si quería representar un papel de paje en la pantomima que entonces ensayaban.

—Sí—repuso.

Cuando la pantomima terminó, diéronla un nuevo papel en un cortejo atinguo. Más tarde la vistieron de militar ó de Venus, de emperatriz ó de payaso, según las necesidades de las piecicillas. Rosalba, siempre contenta, aceptábalo todo, sin pedir que la aumentaran el sueldo y sin quejarse de lo fatigoso de ciertos papeles.

Un día fué necesario buscar una negra para dar color local á una escena que se desarrollaba en un mercado de esclavas de Marruecos. El director ofreció pagar el doble á la corista que se prestara á dejarse pintar el cuerpo y á permanecer echada sobre una riquísima alfombra oriental durante media hora diaria. Ninguna quiso aceptar. El director puso entonces un anuncio, solicitando una negra ó una blanca pintada de negro. Todo fué en vano. Al fin se decidió el director á proponerle el papel á Rosalba y Rosalba aceptó. Fué la esclava; dejöse vender y manosear por eunucos y mercaderes; estiró las piernas desnudas para que los coristas que figuraban á los compradores, la examinasen á su an-

tojo; y en muchas ocasiones, no teniendo ganas de mojarse el cuerpo después de la función, marchóse á su casa aún embadurnada de negro.

En la intimidad de la vida, Rosalba era tan complaciente como en el teatro. Perezosa cual una criolla, dejábase llevar por la corriente del Destino, tratando de no ver sino el aspecto agradable de las cosas. Y como no tenía ni grandes esperanzas, ni grandes deseos, sus desilusiones no eran nunca muy grandes.

Tampoco su belleza era muy grande. Dos ojos negros, muy negros y muy dulces; una boca de labios sensuales y rojos; una cabellera obscura y abundosa; una nariz demasiado corta; dos orejas que habrían parecido grandísimas si el pelo no las hubiera escondido á medias, y un cuerpo... eso sí, un cuerpo de diosa...

Rip-Rip decía al verla:

—Tú debieras andar siempre desnuda.

Ella se desnudaba lo más amenudo posible, no sólo para aparecer ante el público, sino también en su casa, ante sus amigos, y en fiestas familiares de poetas y saltimbanquis.

Lo más extraordinario en Rosalba, era que, vi-

viendo en una atmósfera de intrigas amorosas, de caprichos violentos, de pasiones rápidas, nadie la había jamás conocido un amante verdadero. Sus idilios duraban un día, y más que idilios eran obras de caridad, pues siempre tenían como colaborador a un cómico triste ó a un payaso abandonado. Los hombres, en efecto, no la buscaban sino muy tarde, por la noche, cuando ya habían perdido la esperanza de hacer otra conquista.

## XII

Ofelia la preguntó:

—¿Entonces estás decidida á emborracharte?

—Sí,—repuso Rosalba.

—Y luego—continuó la cantadora—te marcharás con el primero que desee llevarte á su casa! En verdad te digo, yo preferiría morirme á vivir como tú vives. Porque tú no eres una mujer, sino un perro.

—Tú, en cambio—dijo el clown—eres un tigre.

Aquí, la única que me parece una mujer verdadera, es Luisa.

Noemí se echó á reír, asegurando que Luisa era más bien una niña.

—Véanla ustedes—dijo.—Allí está, más triste que nadie, cuando debiera ser la más dichosa de todas. ¿Y saben ustedes por qué está triste? Porque preferiría ir á acostarse con su novio á asistir á la fiesta.

El director del concierto que acababa de entrar, dijo á la bailarina:

—Trae á tu hombre. Yo le invito.

—No—repuso Luisa—no.

Pero ya Noemí había salido del salóncillo en busca de Eugenio, que, lo mismo que todas las noches, ocupaba una butaca, esperando á su mujercita.

El director exclamó:

—Deja que le traigan... ¿Acaso nos lo vamos á comer? Aquí todos somos hermanos y los hermanos de nuestras hermanas son nuestros hermanos...

A la única á quien no se le permite traer á sus amantes, es á Ofelia, porque sería capaz de llenarnos el escenario de anarquistas... Pero á tí se te permite todo, incluso que te comas á besos á tu chico delante de nosotros... Porque supongo que

tu hombre es comible... Vamos... que es un guapo mozo, con muchos bigotes y muchas barbas; ¿no es cierto?

La interrogada no contestó. Mirando fijamente la puerta por donde su amiga acababa de salir, permanecía inmóvil, con las pupilas dilatadas, como si una visión extraordinaria la alucinara y la atrajese...

El director continuó:

—Yo soy lo que en otro tiempo se llamaba un buen príncipe. Como á manteles con todo el mundo; mi faltriquera es una veleta expuesta á los cuatro vientos de la mendicidad vergonzante; quiero á mis artistas como á mí mismo, amén... Y á los que tienen talento, no sólo los quiero, sino que además los estimo... A tí te estimo... y á Rip-Rip... y á Ofelia... y á tu hermana Noemí también... aunque no sea tu hermana... ¡Es curioso lo que ha pasado con vosotras! La primera noche el público casi no os aplaudió y luego os aplaude cada día más... Sin Ofelia, sin Rip y sin vosotras, sería necesario cerrar el concierto...

A medida que el «amo» hablaba, los artistas iban aproximándose á él, hasta llegar á formar un

verdadero corro á su derredor. El clown, á caballo en una butaca, con el ancho pantalón recogido y las mangas arremangadas, trataba de mantener en equilibrio sobre la cabeza de Rosalba una pluma blanca. Ofelia sonreía en su sillón señorial, oyendo las frases elogiosas á su talento dedicadas. Los demás, apiñados en sillas y divanes, escuchaban.

Escuchaban al director que seguía hablando de este modo:

—Sin duda soy un buen príncipe... ¿Os acordáis de Polonio diciendo á Hamleto que va á tratar á los cómicos conforme á sus méritos, é inclinándose cuando el hijo del rey le dice: «Mejor, Polonio, mucho mejor?». Pues yo he hecho lo mismo... El propietario del café me dijo: «No tenga usted cuidado que habrá cena para todos». Yo le contesté: «¡Más que para todos, Polonio!»...

Una carcajada general celebró la fanfarronería burlesca del director.

—¡Viva el amo!—gritó Rosalba.

Los demás exclamaron:

—¡¡Vivaaa!!

## XIII

El director de Maravillas era un hombre que se hacía querer desde luego. Italiano de origen y parisiense de educación, unía á la urbanidad halagadora de los hijos de Maquiavelo, la elegancia cortés de los compatriotas de Moliere. En un cuerpo de atleta, llevaba un alma de mujer, y era conforme las circunstancias lo requerían, mimoso y rudo, violento y zalamero.

Había tenido muchos nombres. Se había llamado primero José Lombardo, luego Miguel de Zorachio, en seguida Alfredo Regal y, por último, Ernesto del Rocario. Cada cambio de nombre, representa en la historia de su vida un cambio de situación. Al pasar de José á Miguel, había también pasado de tabernero á propietario de hotel; del hotel, después de una quiebra dudosa y de un proceso feliz, pasó á dirigir el casino de una estación balnearia, y de la playa fué á Paris, con algunos miles

de duros misteriosamente ganados y un nuevo nombre, á fundar el concierto de Maravillas.

Su historia no era un misterio para nadie y, el que más el que menos, todos le consideraban como un aventurero afortunado y agradable.

Agradable, nadie lo era más que él; nadie sabía escoger tan hábilmente la frase que adula y acaricia; nadie tenía tanto fuego para probar al primer quidan venido que el porvenir le pertenecía; nadie cogía con tanta amabilidad el brazo de los amigos para decirles al oído, con tono confidencial, las más vulgares nimiedades. Era afable con todos y á todas horas. Lo era al pasar ante un desconocido á quien saludaba; lo era al dar las gracias al criado que le traía una tarjeta; lo era con los duques y los millonarios que iban á su concierto; lo era, en fin, con sus artistas, con sus coristas y con sus dueños.

Sólo con sus acreedores no lo era.

¡Oh, la avaricia de Ernesto del Rocario! El mismo Rip-Rip y la propia Ofelia, que representaban las columnas de Hércules de su fortuna, temblaban cada quince días al acercarse á la oficina en donde el director hacía sus pagos. Porque ya se sabía: el

primero y el dieciséis de cada mes, la paloma toscana se convertía en un oso polar y desde muy tempranito empezaba á pasearse por los corredores del teatro, quejándose de los negocios con palabras que más bien parecían gruñidos.

Y lo más curioso era que nunca dejaba de pagar.

Rip-Rip decía:

—Paga, pero pega...

Rosalba refería una anécdota en la cual estaba resumido todo el carácter del italiano afrancesado.

Una madrugada al salir del concierto, Rocario llamó á la artista para expresarle con melosísimas frases su deseo de pasar la noche en compañía suya. Ella aceptó. Al día siguiente el amo la aseguró que la haría un regalo para probarle su reconocimiento y dos horas después Rosalba recibió una moneda de cinco pesetas envuelta en un papel color de rosa.

Sin embargo, ó quizás por lo mismo, el más gran insulto que podía dirigirse á Ernesto Rocario, era llamarle avaro. «¡Avaro él... ¡Pues no faltaba más!...» Según su frase, lejos de ser un avaro era «un buen príncipe»; y lo probaba ofreciendo, de vez en cuando, á sus amigos una cena, que general-

mente no pagaba él, sino algún gran señor partidario de artísticas juergas.

—¡Aquí están!—gritó de pronto Rosalba, viendo entrar á Noemí acompañada por un chico moreno, cuyo porte tímido contrastaba con las actitudes familiares de los que concurrían al saloncillo.

Muy pálida, Luisa salió al encuentro de su amante, y cogiéndole por la mano, le presentó á sus compañeros.

—¡Es muy guapo!—dijo Ofelia.

Las demás mujeres dijeron lo mismo, y los hombres, deseosos de decir algo, le dieron la enhorabuena por el entusiasmo que su presencia despertaba entre las hijas de Eva.

Sólo Rip-Rip permaneció silencioso en su sitio, haciendo como que no veía al recién llegado.

Dieron las doce, y la función terminó. Dieron las doce y media, y los invitados se pusieron en

primero y el dieciséis de cada mes, la paloma toscana se convertía en un oso polar y desde muy tempranito empezaba á pasearse por los corredores del teatro, quejándose de los negocios con palabras que más bien parecían gruñidos.

Y lo más curioso era que nunca dejaba de pagar.

Rip-Rip decía:

—Paga, pero pega...

Rosalba refería una anécdota en la cual estaba resumido todo el carácter del italiano afrancesado.

Una madrugada al salir del concierto, Rocario llamó á la artista para expresarle con melosísimas frases su deseo de pasar la noche en compañía suya. Ella aceptó. Al día siguiente el amo la aseguró que la haría un regalo para probarle su reconocimiento y dos horas después Rosalba recibió una moneda de cinco pesetas envuelta en un papel color de rosa.

Sin embargo, ó quizás por lo mismo, el más gran insulto que podía dirigirse á Ernesto Rocario, era llamarle avaro. «¡Avaro él... ¡Pues no faltaba más!...» Según su frase, lejos de ser un avaro era «un buen príncipe»; y lo probaba ofreciendo, de vez en cuando, á sus amigos una cena, que general-

mente no pagaba él, sino algún gran señor partidario de artísticas juergas.

—¡Aquí están!—gritó de pronto Rosalba, viendo entrar á Noemí acompañada por un chico moreno, cuyo porte tímido contrastaba con las actitudes familiares de los que concurrían al saloncillo.

Muy pálida, Luisa salió al encuentro de su amante, y cogiéndole por la mano, le presentó á sus compañeros.

—¡Es muy guapo!—dijo Ofelia.

Las demás mujeres dijeron lo mismo, y los hombres, deseosos de decir algo, le dieron la enhorabuena por el entusiasmo que su presencia despertaba entre las hijas de Eva.

Sólo Rip-Rip permaneció silencioso en su sitio, haciendo como que no veía al recién llegado.

Dieron las doce, y la función terminó. Dieron las doce y media, y los invitados se pusieron en

marcha, camino del café de los Príncipes, sin quitarse sus trajes de teatro y sin despintarse los rostros. A la una de la madrugada, todos estaban ya en sus sitios, con las servilletas sobre las rodillas y la primera copa en la diestra...

El director presidía, sentado en un extremo de la mesa. En el otro extremo, un viejecito de noble aspecto ostentaba en la solapa del frac, la roseta de gran oficial de la Legión de Honor. Los demás artistas, colocados por la mano del azar, repartíanse las veinte sillas restantes.

—Somos veintidós—dijo el director,—y eso es fatal.

—¿Fatal?—preguntaron tres ó cuatro voces á la vez.—¿Por qué?

—Porque en veintidós hay trece y luego nueve... lo que hace nueve más de lo necesario para la Fatalidad...

A pesar de la abundancia que antes había prometido Rocario en su discurso, el primer plato no bastó para todos, y tres ó cuatro coristas tuvieron que quedarse sin probarlo.

El vino, en cambio, era abundantísimo, y si no excelente, tampoco podía decirse que fuera malo;

era mediano, y para el paladar de los que lo bebían, era riquísimo.

Todos hablaban á la vez. Una confusión babilónica reinaba en la estancia. Las mujeres se quejaban del calor y los hombres de las mujeres. Los que más hablaban, los que más se movían, los que más bulliciosos mostrábanse, eran los coristas, como si se trataran de desquitarse así de la humilde y silenciosa actitud que tenían que conservar en el concierto durante semanas enteras.

El viejecito condecorado hacía lo posible por captarse las buenas voluntades de todos sus compañeros de cena, brindando á cada instante por la prosperidad de Variedades. Rosalba, que estaba á su lado, servíale de *cicerone*, é iba indicándole los nombres y los oficios de cada uno.

—Aquél—decíale señalando al barítono de la compañía—se llama Lorenzo... Es un cantor de mucho talento... ¿No ha oído usted hablar de él?... Sólo que es muy fatuo y se figura que todas las mujeres están locas por sus bigotes... Pero en el fondo es un buen chico...

—¿Y la rubia?—preguntó el viejecito.

—Es Ofelia... A su lado está Rip-Rip, el clown,

que es muy bueno y muy inteligente... Sus enemigos dicen que está loco... ¡más loca estoy yo!... También dicen que mató á su mujer... ¿verdad que no es cierto?... ¡Pobre Rip!... Yo le creo incapaz de matar una mosca...

—¿Y Ofelia?— insistió el anciano.

—Ofelia es la rubia, la que está junto al director... ¿Ha visto usted á las hermanas?... No son hermanas... son bailarinas... La más pequeña se llama Luisa y la otra Noemí... Apenas hace dos meses que están en el concierto y ya tienen más éxito que los demás... Porque eso sí, como saber bailar ¡ya lo creo que saben!... Y lindas ¿verdad?... Luisa ha traído á su carniño, que es ese chico moreno que está á su derecha... ¿No le conoce usted?... Yo tampoco... Parece un estudiante...

El caballero condecorado, preguntó por tercera vez:

—¿Y Ofelia?

—Ya se la enseñé á usted: es la rubia. Tiene mucha fama porque los periódicos aseguran que ha creado un género nuevo y que representa el alma de la plebe. A mí no me gusta su voz... Y además es muy brucea, sin contar con que... pero tal vez son calumnias...

—¿Qué?

—Que dicen que es muy viciosa; que tiene costumbres horribles; que anda metida con asesinos y mujeres de mala vida... En el concierto, sólo Rip-Rip se atreve á mandarla á paseo; los demás la tienen miedo; y aunque... Yo no la quiero...

Un murmullo general interrumpió á Rosalba. Al ir á colocar una fuente llena de «setas á la provenzal» en medio de la mesa, uno de los camareros había dejado caer la salsa sobre el traje de dos coristas.

Todo el mundo se puso en pie...

—¡Que le aspen!—gritaban unos, señalando al camarero.

—¡Que se desnuden!—exclamaban otros, aludiendo á las coristas...

Estos últimos fueron los que á la postre lograron el triunfo de su moción, pues las coristas se vieron obligadas á quitarse los talles mojados, con objeto de hacerlos secar junto de la lumbre.

Al tratar cada cónvive de recuperar su puesto, Rosalba halló el suyo ocupado por Ofelia que, con las manos bajo la mesa, acariciaba ostensiblemente las piernas del anciano, y que la dijo sin volver los ojos hacia ella:

—Ve a mi puesto, que el amo está excitado.

Cuando los mozos presentaron el último plato, ya nadie tenía apetito... Nadie tenía apetito y sin embargo nadie había comido.

Los diálogos, truncados y mezclados, producían un efecto verdaderamente cómico.

—El champañal

—Los postres!...

—¿Te gustan sus ojos?

—Yo prefiero el pollol

—Es el príncipe de Borbón.

—No, mujer, una pierna!...

—¿Y su condecoración, pues?

—¡Que me hacen cosquillas bajo la mesal

—Es Rip-Rip...

—¡Mi corazón!

—Que lo saquen...

Todos estaban borrachos y los que no lo estaban, al menos lo parecían. Luisa misma, siempre grave y circunspecta, había echado un brazo al redor del cuello de Eugenio y con las pupilas lla-

meantes de deseo, mirábase de hito en hito, como temerosa de que alguien pudiera disfrutar más que ella misma del espectáculo del adorado rostro.

De pronto una voz estridente y canallesca estalló en la sala, dominando todos los demás ruidos. Era Ofelia que cantaba, arrodillada ante el viejecito, una romanza parisiense llena de promesas lascivas y de eróticos reclamos.

—¡Magnífico!—dijo el director frotándose las manos.

Y luego continuó al oído de Rosalba:

—No es el príncipe de Borbón, pero es un diplomático ruso, más rico que toda Inglaterra y más barbián que París entero. Hace quince días que no deja de venir una sola noche a Maravillas, con objeto de ver a Ofelia, porque algunos le han dicho que nuestra cantadora es una mujer que ha descubierto vicios nuevos... Pero Ofelia no sabrá aprovechar la circunstancia y se contentará con un collar de perlas ó con un diamante cualquiera... ¡Oh!... ¡Si yo fuera mujer!... ¡Si yo fuera mujer!...

Una pausa.

En seguida:

—¿Con quién te vas tú esta noche?

—¿Yo?... sola.

—¿No quieres venirte conmigo? Justamente he recibido una mortadela de Nápoles que no hay más que comerla... y si quieres, nos haremos una cenita antes de acostarnos... Porque aquí casi no hemos comido... ¿Vienes?...

Rosalba se echó a reír, estrechando, al mismo tiempo, con efusión, las manos del amo, para manifestarle así su asentimiento y su dicha.

Un grito femenino, nervioso y desgarrador, hizo volver a todo el mundo la vista hacia el centro de la mesa. Rip-Rip acababa de destapar una botella de champagne bajo las enaguas de Noemí, y el corcho había herido levemente á la asustadiza bailarina.

Luisa dijo á su amante:

—Vámonos... sin despedirnos... Yo no estoy bien aquí, y además tengo ganas de estrecharte libremente entre los brazos... Vámonos...

## XVI

Al encontrarse solos en la puerta del café, los dos enamorados experimentaron una sensación de desahogo y de consuelo.

—¿Tomamos un coche?—preguntó Eugenio.

—No—repuso Luisa—andemos un poco.

Eran las cinco de la mañana. La luna lívida, como fatigada por haber pasado la noche fuera, lucía aún en el horizonte. La claridad tenue de la aurora envolvía los techos de las casas en un manto dorado, dejando aún las calles sumidas en una penumbra muy pálida y muy dulce. Un soplo ligero, lleno de emanaciones sin nombre y de aromas desconocidos, oreaba los pulmones y hacía palpar las hojas de los árboles. De cuando en cuando una carreta llena de frutas ó una mujer con un saco al hombro, pasaban rápidamente interrumpiendo la silenciosa gravedad del amanecer.

—Y pensar que á las nueve en punto es nece-

sario que esté en la oficina!—murmuró Eugenio.

—¡Pobrecito!—repuso Luisa—Pero ¿no podrías ausentarte un día?

—No; ya sabes que no.

—Un día no es mucho. ¿Qué harías, entonces, si estuvieses enfermo?

Eugenio no respondió nada; pero al cabo de algunos instantes prosiguió:

—No; es horrible, verdaderamente horrible, la vida que yo llevo en esa casa... Ya te he dicho que el principal no me quiere bien y que aprovecha todas las ocasiones para molestarme, sobre todo desde que sabe que vivo contigo. Hoy, si llego con los párpados fatigados, me dirá que es porque paso las noches en las tabernas; y si no llego se quejará al Sr. Levy... Lo peor es que al fin un día le doy una bofetada y me marchó de la casa... y como no querrán concederme entonces buenos informes, no encontraré otro empleo.

—¿Por qué no buscas desde luego?

—Por falta de tiempo. ¿A qué hora quieres que busque, si trabajo todo el santo día? Para encontrar algo que me convenga, sería necesario disponer de una semana.

—Bueno... eso no importa.

—Si importa, porque no tengo dinero. Si hubiera economizado algo para tener la comida segura durante unos quince días, ya sería otra cosa.

—¿Quieres que yo te preste algún dinero, mientras encuentras un buen empleo?

—No... no...

—Pero si me lo pagarás, hombre!... Y por otra parte ¿no es todo de los dos?

—No... no... eso no.

—¡Sil... Vamos a acostarnos ¿verdad?...

Silenciosamente los enamorados continuaron su camino, andando sin prisa, dichosos en apariencia de renovar el aire malsano absorbido durante la orgía por sus pulmones.

El cielo parecía á cada paso más claro y más áureo. La luna disminuía de volumen, inmobilizándose en el mismo sitio y muriendo de consunción como una enferma del pecho. En las bocanillas y en las encrucijadas, la claridad auroral formaba cruces y estrellas de luz sobre el asfalto del arroyo, y sólo el lado de las aceras seguía sumido

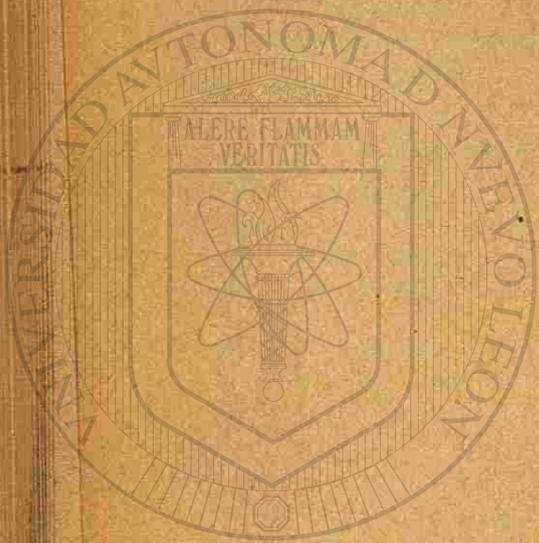
en el claro-oscuro melancólico del amanecer indeciso.

Eugenio reflexionaba sobre su situación, enterneciéndose al pensar en su destino.—«¡Ser empleado de una casa de comercio, trabajar doce horas diarias para ganar siete pesetas al día... estar pagado como los obreros, y tener hábitos de señorito, y dignidad de caballero... aguantar por necesidad las impertinencias del principal... y no poder hacer otra cosa en la vida!...»

En verdad, ante sus propios ojos no había situación tan triste como la suya.

Lo más extraño era que había pasado varios años sin notarlo: siendo un oficinista modelo, trabajando como todos sus compañeros y no esperando sino lo que sus amigos esperaban... Había nacido á la vida personal, en un despacho lleno de plumas y de papeles, sin más horizonte que el armario de los libros de contabilidad, y sin más ambiciones que los ascensos parsimoniosos establecidos por el escalafón de la antigüedad... Y así habría continuado toda la vida, si la fatalidad no se hubiese interpuesto en su camino, como el Gran Tortuoso de Ibsen en la ruta del lamentable Gint...

Pero había llegado Luisa para enervarle con el perfume de su cuerpo joven, para debilitarle con el fuego de sus caricias, para hacerle ver que el dinero podía ganarse sin necesidad de ir á una oficina; y desde entonces, en su cerebro de empleadillo revoloteaban mil ideas de independencia y mil esperanzas ambiciosas...



## SEGUNDA PARTE

### I

A las tres de la tarde, Luisa no había llegado aún, á pesar de que el ensayo estaba anunciado para las dos y media.

En la penumbra del escenario, los artistas impacientes iban y venían, andando sin hacer ruido, hablando sin levantar la voz y moviéndose como sombras proyectadas por una linterna mágica, mientras los violines de la orquesta preludiaban á la sordina airecillos lentos y monótonos.

Quien de pronto hubiera penetrado en Maravillas, no habría creído encontrarse en un conservatorio de fantásticas locuras, sino en un seminario de coristas palestrinescos.

El único que andando hacía ruido y que moviéndose parecía tener nervios, era el director, quien iba y venía de su despacho á la concha y de la concha á su despacho, preguntando sin cesar á qué hora llegaría Luisa.

Noemí, de pie en el primer peldaño de una escalera de mano, hablaba con Rip-Rip.

—¿Estará enferma?—preguntaba con solicitud el clown.

—¡Enferma!... ¡Enferma!... ¡más enferma estoy yo! Lo que sucede es que se acuesta muy tarde y no se levanta sino cuando á su Eugenio le da la gana... Después de todo, apenas son las tres... y el ensayo...

Rocario oyó estas últimas palabras é interrumpió á la bailarina diciendo:

—Eso es: nada más que media hora de atraso, como si estuviésemos en la escuela y pudiéramos disponer de un año entero para aprender un valse ó un catecismo. Media hora es mucho tiempo. Tenemos los minutos contados, y si no queremos que el público nos silbe, debemos darnos prisa... Tu, al menos, eres tan puntual como linda... ¡Pero tu hermana!... En cuanto llegue, vas á hacerme el

favor de echarla un discurso elocuentísimo, cual sólo tu sabes hacerlos, para obligarla á imitar mi puntualidad.

Halagada por las frases del director, Noemí sonreía.

—¡Aquí está!—exclamó Rip-Rip yendo al encuentro de Luisa, cuya silueta elegante acababa de destacarse en la media—claridad del escenario.

El director dijo en alta voz:

—Si no la quisiéramos tanto, le pondríamos una multa. Principiemos.

## II

Una melodía alada brotó de la orquesta, animando la sala hasta entonces sumida en la modorra, y los violines, antes monótonos, tornáronse lánguidos, con objeto de marcar un paso de baile á la antigua usanza, lleno de galantes reverencias, de ligeras

coqueterías, de dulces reclamos y de suaves caricias.

Mecidas por el ritmo de la música, las dos hermanas principiaron á ondular en el escenario, enlazándose por los talles, como dos enamorados.

## III

Después de haber explotado durante seis meses consecutivos la originalidad modernísima de lo que él llamaba un «florilegio bailado» y que, en realidad, no era sino un funambulesco potpourri de ritmos característicos, Ernesto Rocario habíase al fin decidido á confiar á las bailarinas la ejecución de una obra menos excéntrica y más en armonía con la educación clásica de sus piernas esculturales.

La nueva obra coreográfica, se titulaba *Nocturno Bohemio*, y era un arreglo del antiguo repertorio de Rosita Mauri, adaptado por el mismo Rocario que, como buen italiano, era algo músico.

Ofelia decía:

—Eso no es un arreglo, sino un fusilamiento que necesita un batallón.

En efecto, el nuevo espectáculo requería muchísimas comparsas para formar, en derredor de las dos *estrellas*, un cuadro llamativo y atrayente.

## IV

Principia el ensayo.

Luisa es una princesa de Bohemia y Noemí es su paje. Durante dos años ambos viven más felices que el resto de la humanidad en un parque encantado y solitario, queriéndose mucho y probándose sin cesar. Pero un día, cien cingaros morenos, y andrajosos, alegres y bellos, invaden el parque y bailan durante toda la noche, acompañándose con humildes violines cuyas cuerdas gimen y ríen á un tiempo mismo, produciendo sensaciones misteriosas en el alma de los que escuchan y sugiriéndoles ideas de libertad como las guitarras gitanas, pero de modo menos febril, con más languidez, con más

dulces promesas, de una manera más mimosa y más acariciadora, en fin.

Cuando al rayar el día los cingaros se marchan y hacen lucir al sol sus harapos multicolores tarareando aún las canciones nómadas que mecen sus miserias, el paje se siente triste y principia á experimentar la nostalgia de la libertad y la sed de lo desconocido. La princesa trata de consolarle ofreciéndole el panal de sus labios, el espejo de sus pupilas, las copas de sus senos. Pero el paje fantaseador, ya no quiere eso, y quiere otras cosas y otras copas, y otros panales nunca probados, y huye.

La princesa corre tras él, segura de antemano de encontrarle bajo el toldo de los bohemios y decidida á reconquistarle por medio de sùtiles estratagemas. Al llegar al bosque donde los músicos ambulantes descansan, Luisa llama al jefe cingaro y le ofrece una bolsa llena de escudos de oro con la condición de hacer todo lo que se le ordene. El bohemio ve brillar los escudos; sus labios palpitán de codicia, y promete.

Entonces la noble abandonada despójase de sus

vestiduras y las reemplaza con la falda corta y con la camisa humilde de una gitanilla adolescente que, no teniendo otras prendas que ponerse, permanece medio desnuda bajo un árbol, frotándose los miembros, redondos y dorados como frutas, con las manos finas y perezosas.

A lo lejos, en la luminosa blancura del día, el paje aparece corriendo en busca de los bohemios. La princesa le ve venir, y cuando ya le tiene á su lado, baila.

Baila lánguida y sensualmente, imitando las impúdicas contorsiones de los artistas nómadas, dejando que sus pechos admirables salgan de la prisión del traje y se muevan con ritmo enloquecedor; descubriendo sus pantorrillas de diosa y sus brazos de estatua; moviendo las caderas, ofreciendo toda su carne rubia y todas sus caricias salvajes á los cingaros que la miran y la admiran.

Noemí se acerca á ella sin reconocerla, la sigue con la vista, la acompaña en el baile; y dominado por su gracia, la ofrece su corazón y su mano.

La princesa acepta y se hace reconocer.

Una sarabanda bohemia bailada por cien coristas remata el espectáculo.

Durante los ensayos Luisa ejecutaba su papel con una maestría irrefutable, como si estuviera ante el público y dejando siempre atrás á sus compañeras. En general hacíase aplaudir por todos los artistas presentes.

—Es admirable—decía Rip-Rip á Ofelia—la elasticidad, la elegancia, la belleza y la sencillez de esa chica. Noemí vale mucho, sin duda, y cuando está sola parece inmejorable; pero al lado de Luisa todo palidece. En la Ópera, hoy por hoy, no existe una sola bailarina que sea capaz de hacer lo que ella hace... ¡Es admirable!

—Ten cuidado—respondía Ofelia sonriendo sarcásticamente.—Tu admiración comienza á rayar en amor apasionado.

—No seas tonta... Si podría yo ser su padre!

—Peor aún; á los sesenta se ama sesenta veces más que á los cuarenta.

En el otro extremo del escenario, Luisa y Noemí hablaban muy quedo.

—Verás—decía la primera respondiendo á una pregunta relativa á su amante—el pobre se desespera por encontrar trabajo, pero no halla nada, en ninguna parte. Hace tres días le ofrecieron un puesto en Burdeos y tuve que echarme á llorar para que no le aceptara. Figúrate que le iban á dar cincuenta duros... ¿Qué hubiéramos hecho los dos con eso, en una ciudad donde yo no puedo trabajar? No... y además no quiero que se vaya de París. Al fin y al cabo, mientras yo esté en el concierto, no ha de faltarle nada.

—Está bien: en tales asuntos cada cual hace lo que le parece; y nadie tiene que meterse en la vida privada de los demás. Sólo que, como amiga, debo decirte que aquí ya todos saben que Eugenio no trabaja y que vive de lo que tu ganas. Ayer, justamente, Ofelia me preguntó por tí y por tu «chulo».

Una llama de púrpura incendió el rostro de Lui-

sa, cuyos grandes ojos se volvieron á uno y otro lado, buscando á la cantadora deslenguada.

Noemí trató de calmarla diciéndola:

—Te ruego que no te des por entendida... Hazlo por mí y por él, que al fin y al cabo sufriría mucho enterándose de que te has visto precisada á defenderle. Yo te digo eso para que en lo sucesivo no dejes traslucir lo que sucede en tu casa. Aquí el único que nos tiene cariño, es ese pobre Rip, que parece loco por tí. Los demás ó son unos grandísimos egoístas como el director y Rosalba, ó son unos pérfidos como Ofelia, ó son unos semidioses como el barítono. Yo no deseo á cometer la tontería de acostarme con ningún compañero, y cuando quiera un «cariño» lo buscaré fuera. Conducete lo mismo que yo.

—Yo me conduzco como puedo—repuso Luisa cuya cólera momentánea habíase trocado en ternura para su amante.—Aquí nadie me importa un bledo y la que no esté contenta de mí, que lo diga... ¡Pobre Eugenio!... ¡Llamarle chulo!... ¡Si supieran el esfuerzo que tengo que hacer á cada momento para obligarle á aceptar algo, no hablarían así. Y además si les parece un chulo despreciable ¿por qué

se pasan la noche enviándole besos á hurtadillas y echándole piropos? ¡Pobrecito!... No hay nadie que sufra tanto como él á causa de su posición actual...

## VI

La bailarina exageraba.

Eugenio no era ni un vividor sin escrúpulos, capaz de gastarse con frescura el dinero de una querida, ni un hombre fuerte, decidido á sacrificarse y á alejarse de las tentaciones.

Era sencillamente un hombre débil.

Cuando al salir del café de Los Príncipes Luisa le suplicó por la primera vez que aceptase algunos cuartos prestados, con objeto de subsistir durante los quince días que le eran necesarios para encontrar otro empleo, su alma sintióse humillada y su voluntad formó el firme propósito de seguir trabajando como hasta entonces en el mismo sitio. Y á pesar de no haber dormido, asistió á su oficina.

Al día siguiente también asistió; pero la labor

burocrática parecióle más tiránica que nunca; y sin darse cuenta de lo que hacía, obedeciendo á un impulso interior é irrazonado, marchóse antes que sus compañeros, y no volvió más. Durante la primera semana de cesantía, se resistió enérgicamente á aceptar nada de su querida; levantóse muy de mañana, y fué de puerta en puerta pidiendo un puesto productivo á todos los comerciantes de su barrio, sin conseguir algo que valiese la pena de ser aceptado. Una nueva semana transcurrió en seguida, durante la cual su actividad disminuyó y sus esperanzas menguaron, sin que su alma dejase de sentir grandísima repugnancia por el oro que su mujercita le ofrecía.

Hijo de un oficial; acostumbrado á oír hablar del honor desde la cuna; educado en la estrechez burguesa de las ideas preconcebidas; creyendo que es más noble morir de hambre que robar; siendo, en suma, víctima de dos mil años de falsa cultura social, Eugenio no podía figurarse en su situación futura, sin terror y vergüenza. Una nulidad inconsciente, derivada de un oscuro pretérito hereditario,

flotaba en sus meditaciones prácticas y una concepción tan frívola cual ingenua de los deberes del hombre, hacíanle creer que sus hidalgas manos se mancharían recibiendo un duro de una mujer.

Sin embargo, una noche Luisa le dijo:

—¿Quieres que vayamos á tomar algo al café de la esquina?

—Vamos—repuso maquinalmente Eugenio, sin acordarse que su faltriquera estaba vacía.

La bailarina se bebió una copa de Jerez, y como ya era tiempo de llegar á Maravillas, levantóse y dijo á su amante:

—Ven á buscarme á las once.

—Sí—repuso éste —pero déjame una peseta para pagar... se me había olvidado... mañana te la devolveré.

¡Una peseta! Luisa le dió su portamonedas, en el cual había cinco duros, y le dió también, emocionada y contenta, las más expresivas gracias por admitir lo que tantas veces le había ofrecido. Luego...

Luego sucedió lo que faltalmente tenía que suceder. «Era indispensable, qué demonios!... ¿Acaso iba el pobre á morirse de hambre?... Y además

Luisa tenía una manera tan delicada de darle dinero sin dárselo, sin hablarle de eso, dejándolo como por casualidad en una mesal...

Los días y las semanas transcurrieron.

Tres meses después de haber abandonado su empleo en casa de los Sres. Levy Eugenio seguía buscando un destino, pero ya no con la febril actividad de un principio, sino perezosamente, á la manera de los Rodolfos y de los Marcelos que, en la novela de Murger se pasaban las tardes en el boulevard San Miguel esperando á la fortuna, y que sólo de vez en cuando preguntaban á un amigo: «¿La has visto?»—«¿A quién?»—«A la Riqueza.»—«¡No!»—Nadie la veía, en efecto.

Los casos análogos al de Eugenio, no son raros en las grandes ciudades de placer, donde una chica guapa tiene siempre más ocupaciones de las que necesita y donde, por el contrario, un muchacho, un muchacho trabajador, no encuentra los medios de ganar honradamente su vida. Lo raro es encontrar, entre los que ejercen la rufianería, temperamentos como el de Eugenio que era bueno, que era honra-

do y que no tenía en el alma germen ninguno de aventurero.

Al hacer la corte á Luisa, su único deseo consistió en tener una querida bonita que fuese á verle de cuando en cuando, y que alegrase sus domingos con la frescura de una carcajada idílica.—Algo más tarde, al decidirse á vivir con ella, propúsose trabajar más que nunca para conseguir pronto un ascenso y llevar una existencia casi conyugal. Pero la bailarina principió á ganar cuatro duros diarios en un concierto, trabajando durante una hora, mientras él seguía cobrando tres veces menos por un trabajo diez veces mayor; y desde entonces sintióse humillado y triste, con menos fuerzas que nunca para la labor cotidiana, ya casi sin esperanzas de conseguir algo digno de sus propios méritos.

Su alma indolente y tibia hubiérase, sin embargo, resignado á seguir siendo lo que hasta entonces había sido, si en vez de la influencia de una mujer hubiese sentido la influencia de una madre ó de un amigo verdadero. Y decir «su alma» quizás es excesivo. ¿Tenía acaso un alma? A lo sumo un alma de mujer, flotante y maleable, débil y vacilante, inca-

paz de esfuerzos serios y de verdaderas determinaciones. Él mismo confesaba que jamás había odiado á nadie; y si hubiera sido franco para consigo propio, también hubiera podido decir que nunca había amado á nadie. Luisa misma era para él un simple deseo de ternura y de caricias que poco á poco habíase ido convirtiendo en una costumbre. En cuanto á quererla con amor apasionado, como ella le quería á él; con amor loco, sensual, tiránico, capaz de inspirar sacrificios y vehemencias; con amor sin restricciones y sin razonamientos, no; no la quería así. Y no la quería así, porque cuando así se quiere no se sabe cómo se quiere, mientras que él lo sabía: sabía que al ir á acostarse, por la noche, su carne joven y vigorosa sentíase atraída por la carne de su compañera de lecho; sabía que sus labios gozaban al confundirse con los labios amados; pero sabía también que, por la tarde, era más agradable dar un paseo solitario ó ir á charlar con los amigos al café, que permanecer al lado de *ella* en la penumbra de la alcoba.

Luisa, en cambio, amábale sin saber cómo ni por qué, con toda el alma y con todo el cuerpo.

## VII

Cada vez que alguna de sus compañeras la preguntaba:

—¿Y tú, qué haces?

Noemí respondía:

—Yo, nada... trabajar...

Pero no era cierto. Con su carácter vivaracho, con su gran actividad cerebral, con su deseo de no ser menos que las otras, la bailarina llevaba una existencia agitadísima en el fondo, aunque muy tranquila en apariencia. Una de sus más grandes preocupaciones, era la belleza de su cuerpo, belleza que trataba de realzar y de completar por medio de cosméticos y de adornos.

En tanto que la toilette y el guardarropa de Luisa seguían siendo modestísimos, los de Noemí parecían vidrieras de un museo de elegancias femeninas. Todas las pastas olorosas, todas las esencias, todas las lociones inventadas por la química moderna para suavizar la piel ó para hacer más abundosa la

cabellera, todos los colores del iris humano, en e cual hay cien blancos diferentes, cien rosas, pálidos unos y otros encendidos, cien carmines que van del carmín claro de las mejillas al carmín profundo de los labios, y cien azules que principian en el nácar de las venas para terminar en el reflejo de ala de cuervo de las cejas; todo lo que podía ser útil ó agradable al cuerpo, en fin, figuraba sobre el mármol de su tocador. En cuanto á sus trajes íntimos, á sus peinadores de diáfana batista ó de ligeras sedas inglesas, á sus camisillas multicolores, á sus pantaloncillos floridos, bordados, festoneados; á sus corsés y á sus lazos de cinta, eran tan numerosos como elegantes. Cortadas conforme á antiguos y riquísimos modelos, todas esas prendas íntimas distinguíanse de la ropa que en los grandes bazares se vende, como las levitas hechas por Richard se distinguen de las compradas en el Puente Nuevo. Entré las camisas, especialmente, había algunas deliciosas, ligeras cual si fuesen de bruma rosada, con grandes flores, que marcando las curvas del cuerpo, indicando cada sitio, simbolizando cada encanto, hacían á la bailarina una envoltura primaveral y perversa.

Por la mañana, al levantarse, Noemí se pintaba el cuerpo, como otras se pintan el rostro: blanqueábase las piernas ya de por sí muy blancas, acentuaba los cabrilleos nacarados de las venas, y daba á las puntas de los pechos un color vivísimo de geranio.

—Es mi único defecto—solía decir á Luisa cuando esta se reía de sus secretas coqueterías.

## VIII

Pensando en su adolescencia y en sus primeros pasos libres por la ruta encantada de la vida, Noemí no sentía ni ternura ni nostalgia, sino únicamente un rencor muy vago contra sí misma, por no haber sabido guiar con más habilidad la primera barca que la condujo á Citeres.

Lo mismo que Luisa, Noemí era hija de una actriz, pero había tenido la desdicha de quedarse huérfana antes de cumplir los cinco años y de caer

cabellera, todos los colores del iris humano, en e cual hay cien blancos diferentes, cien rosas, pálidos unos y otros encendidos, cien carmines que van del carmín claro de las mejillas al carmín profundo de los labios, y cien azules que principian en el nácar de las venas para terminar en el reflejo de ala de cuervo de las cejas; todo lo que podía ser útil ó agradable al cuerpo, en fin, figuraba sobre el mármol de su tocador. En cuanto á sus trajes íntimos, á sus peinadores de diáfana batista ó de ligeras sedas inglesas, á sus camisillas multicolores, á sus pantaloncillos floridos, bordados, festoneados; á sus corsés y á sus lazos de cinta, eran tan numerosos como elegantes. Cortadas conforme á antiguos y riquísimos modelos, todas esas prendas íntimas distinguíanse de la ropa que en los grandes bazares se vende, como las levitas hechas por Richard se distinguen de las compradas en el Puente Nuevo. Entré las camisas, especialmente, había algunas deliciosas, ligeras cual si fuesen de bruma rosada, con grandes flores, que marcando las curvas del cuerpo, indicando cada sitio, simbolizando cada encanto, hacían á la bailarina una envoltura primaveral y perversa.

Por la mañana, al levantarse, Noemí se pintaba el cuerpo, como otras se pintan el rostro: blanqueábase las piernas ya de por sí muy blancas, acentuaba los cabrilleos nacarados de las venas, y daba á las puntas de los pechos un color vivísimo de geranio.

—Es mi único defecto—solía decir á Luisa cuando esta se reía de sus secretas coqueterías.

## VIII

Pensando en su adolescencia y en sus primeros pasos libres por la ruta encantada de la vida, Noemí no sentía ni ternura ni nostalgia, sino únicamente un rencor muy vago contra sí misma, por no haber sabido guiar con más habilidad la primera barca que la condujo á Citeres.

Lo mismo que Luisa, Noemí era hija de una actriz, pero había tenido la desdicha de quedarse huérfana antes de cumplir los cinco años y de caer

entre las manos de su tía Berta, quien la educó, sin maldad y sin cariño, haciendo una obra de caridad familiar al mismo tiempo que un buen negocio. Porque la chiquilla era relativamente rica. Su padre, empresario de zarzuela, dejó, al morir, una fortuna respetable, y aunque su madre, la ligera y alocada Teresita de Bufos y Variedades, hizo lo que pudo por echarla por la ventana, todavía legó, al fallecer, una finca cuyos alquileres producían algo más de cuatro mil pesetas anuales.

—Con eso—decía la parienta—se puede comer perfectamente.

Pero la hija de Teresita deseaba algo más que comer: deseaba cenar en los restaurantes lujosos; deseaba tener joyas, y tener trajes, y llamar la atención.

Siendo aún muy niña, formó el proyecto de vivir como su madre había vivido.

Irene, la antigua camarera de Teresita, iba a visitarla de vez en cuando, y la decía:

—Tu eres más linda que tu madre.

—¿Era muy linda, pues?

—Ya lo creo. ¡Todos los hombres se morían por ella!

—¿Y tenía diamantes?

—Sí, que los tenía. Tu padre la regaló una vez dos sortijas que por lo menos valían cien mil francos cada una.

—¿Y carruajes?

—Uno muy pequeñito, forrado de raso amatista, con un caballo muy grande y muy blanco.

Esos días Noemi no dormía. Soñando en los esplendores muertos de su madre y en sus propios esplendores por venir, pasaba las noches en vela y veía volar, alucinada y febril, entre las cortinas celestes de su lecho de niña, una carroza de plata en la cual iba una Noemi de veinte años, bella cual una estampa y con más collares que la Salomé de Moreau...

Así, cuando cumplió los quince años y su tía la preguntó lo que deseaba hacer de su vida, fué muy categórica:

—Quiero ser artista—dijo.

Y ni los sermones de la parienta, ni los consejos de la maestra de piano, la hicieron cejar un punto de su empeño.

Quería ser artista y lo fué. Entró al Conservatorio y principió á aprender á bailar.

Una mañana preguntó á la antigua camarera de Teresita:

—¿Estuvo en el Conservatorio, mi mamá?

—No—repuso Irene,—no estuvo. Si hubiera estado habría sido la mejor artista de Europa, pues según los caballeros que iban á verla, nadie tenía tanto talento y tan poca escuela como ella. Pero la pobre señora no disfrutó la dicha de nacer con dinero. Sus padres, que eran porteros, á penas podían...

Sintiéndose humillada por tal revelación, la chica interrumpió á la camarera diciéndola:

—Sí; ya lo se...

Aunque en realidad nada sabía, pues para ella la ascendencia comenzaba y terminaba en la madre. En cuanto al padre era generalmente un señor muy rico que moría pronto.

Todas esas ideas iban variando conforme Noemí crecía entre chicas de su edad, en la atmósfera libre del Conservatorio. Lo único que no variaba, ni podía variar, en su alma sigilosa, era la seguridad de que el arte la produciría trajes de seda, joyas riquí-

simas y carruajes dorados. Sus amiguitas, en efecto, hicieronla comprender que los padres de familia son por lo general unos buenos señores que trabajan día y noche para dar de comer á sus cachorros; que las artistas no son siempre ricas; que para una Sarah hay mil Luisas France; que en París son legión las tiples, las bailarinas y las comediantas que se acuestan sin comer; que la vida, en suma, no era siempre de color de rosa, y que muchas veces era gris, gris, gris sucio, gris obscuro... Lo que nadie la dijo y que por otra parte nadie hubiera podido hacerla creer, fué que ella, Noemí, la hija de Teresita, no llegaría á ser una rica hembra festejada, aplaudida, admirada... ¡Sí que lo sería! Deseaba serlo con toda la fuerza de su alma, y lo sería.

Su cariño por Luisa tenía por origen esa idea fija. Una tarde, cuando Noemí acababa de bailar una gavota, con aire de gran señora, su compañera exclamó:

—¡Parece que hubieras nacido en la corte de Luis XV! Tu serás una gran artista.

Macbet debe de haber visto á las hadas que le

ofrecieron la corona, como Noemí vió á Luisa en ese instante.

Desde entonces las chicas hicieron inseparables; y como vivían en el mismo barrio, fueron y vinieron juntas mañana y tarde. El alma orgullosa de Noemí encontró un alma algo esclava en Luisa. El alma dulce y bondadosa de Luisa vió un apoyo en Noemí.

En una ocasión, sin embargo, estuvieron á punto de enfadarse, y fué cuando Eugenio comenzó á seguir las diariamente.—Ambas decían: «Es por mí.»—Y cuando la elegida enseñó á la otra la primera carta y el primer ramillete de violetas enviado por el galán, la desdenada sufrió una leve herida en su amor propio.

Afortunadamente, una inmensa alegría consoló pronto á Neomí. Un caballero muy bien puesto la hizo la corte, la ofreció palacios y jardines, la dijo que la vestiría de reina, halagóla en lo más íntimo de su vanidad, y obtuvo así lo que otros no habían conseguido prometiéndola eterno amor: obtuvo que una noche la hija de Teresita, la orgullosa, la soñadora de grandes ensueños, se embarcase en compañía suya, con rumbo á Citeres, en un cuarto de

hotel, y que en cambio de sus promesas le permitiese deshojar la flor secreta de su virginidad. Luego el caballero no volvió.

## IX

Juntas en Maravillas, Luisa y Noemí seguían queriéndose mucho, aunque ya no del mismo modo que en el Conservatorio, pues mientras la primera sentíase á cada instante herida en lo más íntimo de la sensibilidad por las durezas de su amiga, la otra experimentaba también, con mucha frecuencia, erueles rasguños en su amor propio algo envidioso por los triunfos que su compañera obtenía.

## X

Todas las noches, después de cenar, Eugenio dirigíase hacia el concierto de Maravillas, en donde

artistas y empleados considerábanle ya como de la casa. Al entrar, su primera visita era para el director, a cuyas órdenes se ponía humildemente. Luego iba de cuarto en cuarto, saludando a los amigos. Por fin, tomaba asiento en un rincón del saloncillo y principiaba a charlar con los tertulianos sempiternos. De vez en cuando Luisa sentábase a su lado, le acariciaba suavemente durante breves instantes y luego huía de nuevo hacia el proscenio, en donde su presencia era muy a menudo indispensable.

—¡Cuánta suerte tienes!—decíanle los hombres.

Las mujeres le decían:

—¡Cuánta suerte tiene tu queridita!

Porque Eugenio había llegado a gozar de gran prestigio entre las chicas del teatro.

Una noche Rosalba le aseguró, en alta voz, ante todo el mundo:

—Si no estuvieras «casado», me acostaría contigo.

—Para eso—repuso riendo el chico—sería necesario que yo también quisiera.

—Ya lo creo que querrías—terminó la corista.—  
Los hombres *quieren* siempre...

Luisa veía las miradas y las sonrisas que sus compañeras dirigían a su amante.

Lo que no veía era las sonrisas y las miradas que su amante dirigía a sus compañeras.

## XI

Discreto y orgulloso, Eugenio continuaba pareciendo siempre el mismo reservado caballero sin grandes deseos y sin agudo ingenio, que sabía contentarse con las caricias deliciosas de su querida y con los goces superficiales de la vanidad satisfecha. Su alma hermética, era la misma en apariencia; pero en el fondo había cambiado algo, ó, mejor dicho, habíase modificado, por causa de la atmósfera malsana del concierto en el cual los perfumes capitosos y las triunfantes desnudeces de las artistas, sugeríanle a cada instante visiones nunca antes entrevistas, obligándole a soñar en aventuras extraordinarias.

La que mejor sondeaba el fondo de su ser era Ofe-

lia—la sutil, la viciosa, la penetrante Ofelia—que, en su deseo de corromperlo todo, no perdía ocasión de hablar con el amante de Luisa en un rincón obscuro de los pasillos y de contribuir con hábiles palabras á la transformación de un alma joven é indecisa.

—¿Se divierte usted mucho en el saloncillo?— preguntábase á menudo la cantadora.

Y Eugenio, sin saber qué decir, respondía:

—No... no mucho...

—Naturalmente... Un hombre como usted, no puede divertirse entre señores necios y mujeres estúpidas.

—¿Y á dónde quiere usted que vaya á esperar á Luisa?

—A cualquier parte, al café... O á mi cuarto si no tiene usted miedo de inspirar celos. Yo también me fastidio infinitamente en el saloncillo, y si tuviese un amigo capaz de hablarme de cosas con interés... como usted... no saldría de mi celda.

Una noche, al fin, Eugenio se decidió á presentarse en el cuarto de Ofelia, mientras su querida

bailaba, pensando en él, los aires bohemios de Rocario. La ilustre artista encontrábase desnuda, y al oír que alguien llamaba á su puerta, exclamó:

—Estoy vistiéndome... ¿quién es?

—Soy yo—repuso el chico.—Perdone usted... vendré más tarde...

Reconociendo la voz de Eugenio, la cantadora abrió la puerta, y en la apoteosis dorada de su rubia desnudez, apareció ante él.

—Entre usted, entre usted, que para un amigo verdadero yo no tengo nunca secretos... Entre usted...

Un silencio tan largo como penoso reinó en seguida en la reducidísima estancia. Los trajes de que Ofelia acababa de despojarse y que conservaban aún el olor de su cuerpo, yacían sobre la alfombra, formando un nido de sedas y de encajes. Cien aromas de tocador, confundiendo sus emanaciones con el perfume femenino de la carne sudosa, vagaban en la atmósfera. La claridad de la lámpara cuyo globo rosado resplandecía bajo una

cortina roja, daba á los espejos por su luz iluminados titilaciones carnales y vacilantes.

Uno frente á otro, el hombre joven y la mujer viciosa, permanecían de pie, callados. Esta fué la que rompió el silencio, para decir:

—Usted me dispensará que le reciba así, ¿no es cierto?... Entre artistas no es fácil hacerse recibir de una manera muy pulcra. Luisa misma, que es tan seria, debe de encontrarse á veces cual yo me encuentro ahora, cuando sus amigos van á felicitarla por sus triunfos.

Eugenio no se había figurado jamás que su querida pudiese aparecer medio desnuda ante un hombre que no fuera él; y la visión que la cantadora hizo de pronto surgir ante su retina, prodújole una inquietud angustiosa.—¿Luisa desnuda?... Todo su amor propio rebelábase contra tal idea.

Instintivamente volvió la vista á la puerta, como buscando el medio de tornar hacia el sitio en donde podía encontrarse su mujercita.

Ofelia continuó:

—Los hombres no piensan lo mismo que nosotras, y siendo ciegos en las circunstancias serias, conviértense en linceos cuando en verdad la cosa no

vale la pena. Los hombres son mil veces más sensuales que las mujeres. Para ellos, la que enseña la pierna es porque la ofrece y porque se ofrece, cuando realmente ni siquiera enseña nada... Porque dejarse ver, no es enseñarse. Para enseñar algo, es necesario descubrirlo con intención, levantar la falda, por ejemplo... Pero nosotras, las que vivimos generalmente desnudas, no enseñamos nada. ¿Qué hemos de enseñar si no tenemos ningún encanto secreto? Así Luisa, que en la vida privada es honradísima, en el teatro se desnuda todas las noches.

—¿Por qué me habla usted de ella?—preguntó Eugenio, queriendo ser categórico y no consiguiendo sino mostrarse susceptible.

—¿Le ofendo á usted?

—No; pero prefiero que hablemos de otra cosa.

Ofelia se aproximó á él, y sonriendo con su sonrisa enigmática, le acarició las mejillas.

—Soy muy torpe—dijo.—A los enamorados no se les debe decir el nombre de la mujer querida sino rodeándolo de adjetivos encomiásticos.

Después, como recitando ante el público, con la mano izquierda levantada hacia el cielo y la derecha siempre sobre el rostro del chico, prosiguió:

—¡No! ¡no! ¡no se desnuda! ¡no se desnuda nunca!... ¿Desnudarse ella? ¡Jamás! Las santas duermen vestidas, y sólo nosotras, las impuras, las pecadoras, las condenadas, ofrecemos el espectáculo escandaloso de nuestro cuerpo sin pudor á los fanáticos del Vicio... Nosotras somos la perdición y somos el ave de presa, y somos también el abismo tentador, mientras ella es la paloma immaculada, el armiño sin mancha, la sombra blanca y protectora...

Eugenio murmuró:

—No me hable usted así. Yo la estimo á usted tanto como á Luisa... Pero no se burle usted de ella.

En apariencia, por lo menos, la cantadora mostrábase poco dispuesta á reír. Sus labios crispados y sus pupilas llameantes, denotaban más bien en ella la cólera que la ironía.

—No me burlo de nadie—dijo al fin.—Pero usted, ¿por qué me ofende? Cuando hace un minuto le dije que esto de recibir, casi desnudas, la visita de un amigo podía sucedernos lo mismo á mí que á Luisa y lo mismo á Luisa que á Noemí, usted creyó que la comparación era insultante para su querida.

—¿Yo?...

—Sí, no lo niegue usted... Eso se ve.

En realidad, el pensamiento de Eugenio no había ido tan lejos. Había sentido, sí, que alguien pudiera suponer que su querida dejábase ver desnuda por un hombre cualquiera; mas ninguna comparación humillante para Ofelia pasó por su cerebro. Ofelia le parecía una artista admirable.

—Al contrario—exclamó con verdadera sinceridad,—yo la estimo á usted tanto, que me alegraría de que Luisa se le pareciese...

—¿Aunque no fuera más que en eso de recibir á sus amigos sin camisa?

El chico sufrió de nuevo, ante la visión de su querida desnuda; pero ya no como algunos minutos antes.

—¿Aunque no fuese más que en eso?—insistió Ofelia, tomando asiento á su lado en el diván y contemplándole irónicamente...—¿De verdad?

Alguien llamó á la puerta.

—¡No abra usted!—dijo Eugenio, temeroso sin saber de qué.

La cantadora sonrió, murmurando al oído de su compañero:

—¡Si fuera Luisa!

—¡Soy yo!—gritó Rip-Rip, llamando de nuevo a la puerta.—¿No quieres venir a cenar, a la salida?

Silencio.

Ofelia y Eugenio no se movieron. El clown se alejó al fin, diciendo en alta voz:

—¡Debe de estar con un maquinista!

La cantadora levantóse con un ademán rápido, y yendo hasta la puerta, sacó la lengua y rugió, entre dientes, un insulto contra Rip.

Eugenio se puso de pie también.

...Y la despedida fué rápida y fué helada.

## XII

Al ver entrar a Eugenio en el saloncillo, Rip-Rip le preguntó, mirándole fijamente:

—¿Y usted no quiere venir?

—¿A dónde?

—A cenar con nosotros... Creí que había usted oído... Cada uno pagó su cena, lo mismo los hombres que las mujeres... Pero es extraordinario que no haya oído usted...

En Maravillas, como en todos los teatros, las puertas eran transparentes y las paredes tenían oídos. Las cincuenta personas reunidas durante la noche en el espacio pequeñísimo de los bastidores, acechábanse continuamente y empleaban más actividad en descubrir intrigas galantes que en llenar sus deberes artísticos.—Cuando una pareja de enamorados iba a buscar el recato de la sombra en los pasillos interiores, era difícil que dos pupilas, brillantes de curiosa malicia, no turbasen, de lejos, la idílica obscuridad.

Al volver del cuarto de Ofelia sin lograr respuesta ninguna, el clown había encontrado al «telonero», que, desde luego, y sin esperar que se lo preguntaran, le dijo con quién estaba a la sazón la cantadora.

El amante de Luisa, sin embargo, no podía creer que Rip supiese de dónde venía; y tomando por simple humorada la extrañeza de la pregunta, respondió:

—Mil gracias... Vamos á acostarnos.

Luisa aseguró lo mismo. Iban á acostarse... Estaban cansados... Tenían que levantarse temprano.

«Si yo tuviese una queridita así—dijose mentalmente el payaso—ni me levantaría nunca de la cama, ni me echaría jamás en el sofá de Ofelia.»

Luego agregó en alta voz:

—Hacen ustedes bien. Las cenas no sirven sino para divertir á los que no pueden animarse de otro modo. Ustedes, que pueden gozar á solas, no deben perder el tiempo, pues, al fin y al cabo, lo mejor que un hombre y una mujer pueden hacer en este momento, es desobedecer el sexto mandamiento.

—¿El sexto?—preguntó Rosalba—¿Cuál es el sexto mandamiento?

—No pedir dinero á su director—Repuso Ernesto Rocario, apagando las luces del saloncillo y dando la señal de la salida.

## XIII

Eugenio seguía meditando sobre su visita á Ofelia, sin lograr darse cuenta de si había hecho bien ó mal. Sus escrúpulos, más que puramente morales, eran prácticos, y lo que en realidad preocupábale, no era saber si resultaba pecaminoso visitar á una actriz desnuda, sino formarse un idea justa de las probabilidades que había de que su mujercita no lo supiera nunca. Porque eso sí: no quería, de ningún modo, disgustarla.

Al comenzar á desnudarse, cuando Luisa, con los brazos descubiertos, se aproximó á él y le acarició tiernamente cerca del pecho, otra duda hizo trabajar su cerebro. «¿Sería verdad lo que Ofelia le dijera dos horas antes? ¿Podría ser cierto que su querida recibiese en camisa á los caballeros que la iban á felicitar?»

Al cabo de un largo rato de cavilaciones, decidióse á preguntarlo; pero la fórmula interrogativa

—Mil gracias... Vamos á acostarnos.

Luisa aseguró lo mismo. Iban á acostarse... Estaban cansados... Tenían que levantarse temprano.

«Si yo tuviese una queridita así—dijose mentalmente el payaso—ni me levantaría nunca de la cama, ni me echaría jamás en el sofá de Ofelia.»

Luego agregó en alta voz:

—Hacen ustedes bien. Las cenas no sirven sino para divertir á los que no pueden animarse de otro modo. Ustedes, que pueden gozar á solas, no deben perder el tiempo, pues, al fin y al cabo, lo mejor que un hombre y una mujer pueden hacer en este momento, es desobedecer el sexto mandamiento.

—¿El sexto?—preguntó Rosalba—¿Cuál es el sexto mandamiento?

—No pedir dinero á su director—Repuso Ernesto Rocario, apagando las luces del saloncillo y dando la señal de la salida.

## XIII

Eugenio seguía meditando sobre su visita á Ofelia, sin lograr darse cuenta de si había hecho bien ó mal. Sus escrúpulos, más que puramente morales, eran prácticos, y lo que en realidad preocupábale, no era saber si resultaba pecaminoso visitar á una actriz desnuda, sino formarse un idea justa de las probabilidades que había de que su mujercita no lo supiera nunca. Porque eso sí: no quería, de ningún modo, disgustarla.

Al comenzar á desnudarse, cuando Luisa, con los brazos descubiertos, se aproximó á él y le acarició tiernamente cerca del lecho, otra duda hizo trabajar su cerebro. «¿Sería verdad lo que Ofelia le dijera dos horas antes? ¿Podría ser cierto que su querida recibiese en camisa á los caballeros que la iban á felicitar?»

Al cabo de un largo rato de cavilaciones, decidióse á preguntarlo; pero la fórmula interrogativa

le detuvo. ¿Cómo hacer esa pregunta, en efecto? Si decía simplemente: «¿Te enseñas tú en paños menores?», la otra respondería: «no...» Lo mejor era buscar un medio indirecto, algo que pareciera una generalidad, una frase sutil que envolviera en sus redes a todas las artistas de Maravillas... Al fin se atrevió, y dijo:

—Lo más fastidioso para ustedes, debe de ser eso de recibir visitas en el momento de vestirse.

—¿En el momento de vestirnos?—exclamó Luisa—Eso sólo Rosalba y Ofelia lo hacen... Nosotras jamás.

La respuesta produjo una impresión consoladora en el alma del chico.

La bailarina continuó:

—La pobre Rosalba lo hace por sencillez y casi sin notarlo, mientras que Ofelia lo hace intencionadamente, para excitar a los que llegan a visitarla.

Yo nunca la he visto desnuda; pero dicen que es muy linda y que, aunque parece flaca cuando está vestida, no lo es en la intimidad.

Eugenio pensó: «En efecto, no lo es». Y la ima-

gen esbelta y rubia, delgada a la vez que carnosa, con delicados contornos de pecho, con finas curvas de caderas y de piernas; la imagen casi dorada a la claridad del gas, casi adólescente en su delicadeza de líneas; la imagen bellísima que, por causa de la timidez y del desconcierto, no pudiera admirar a su antojo en la realidad de la aparición, surgió de nuevo en su recuerdo, y fué precisándose con toda la complicidad tentadora de sus detalles y de sus encantos. Allí estaba Ofelia, obsesionante y solícita... Allí estaba, de pie ante sus ojos cerrados, levantando una mano para dejar ver los rizos menudos del sobaco, y acariciándole con la otra mano las mejillas... Allí estaba, irguiendo los pechos de afilados y purpurinos pezones... cruzando las mórbidas piernas... inclinándose ligeramente hacia la derecha para que uno de sus muslos pareciese más amplio y más redondo... Allí estaba...

—¿En qué piensas?... ¿Por qué no te acuestas?...<sup>®</sup>

Eugenio volvió la vista hacia el lecho y pudo contemplar a Luisa, desnuda cual la imagen que su memoria acariciaba, estirándose voluptuosamente

con movimientos perezosos y felinos sobre una manta de seda cuyo color de rosa primaveral avivaba los tonos suaves de su cuerpo joven, de su cuerpo rítmico, de su admirable cuerpo de Venus moderna, menos perfecto que el de las clásicas Afroditas, pero más coqueto, más abundante en morbideces provocadoras, más afrodisiaco, en fin.

—Es verdad—repuso;—espérame un segundo.

Y jurándose á sí mismo que no volvería á pensar en otra mujer mientras aquella fuera suya, acostóse en seguida y calmó su sed de caricias á grandes sorbos glotonos.

## XIV

Durante toda una semana, Eugenio no quiso llegar al concierto sino á eso de las once de la noche, cuando ya su querida había acabado de bailar y le

esperaba en el saloncillo, en medio de todos los artistas congregados. «De ese modo—decíase—Ofelia no tendrá ocasión de hablarme á solas.» Y, en efecto, no las tenía ó al menos no las tenía como antes, y se veía obligada á indicarle por medio de expresivos apretones de manos y de lacónicas indirectas, su deseo de volverle á recibir en la soledad de su cuarto.

El único que comprendía bien la pantomima discreta y hábil de la mujer de rapiña revoloteando en derredor de la presa elegida, era Rip-Rip, el clown filósofo, el observador perspicaz, el pobre hombre que conocía el alma de los otros y desconocía su propia alma, el hazme retr melancólico que, siendo bueno para con el resto del universo, era cruel para consigo mismo. Rip-Rip adivinaba los deseos y las intenciones de Ofelia. Rip-Rip comprendía la cobarde indecisión de Eugenio. Y Rip-Rip padecía ante esos dos seres, figurándose que más tarde ó más temprano—siempre demasiado temprano!—hartan padecer á Luisa; y que Luisa lloraría á causa de ellos, con sus divinos ojos negros... y que él, Rip-Rip, lloraría también, entonces, sin gozar siquiera del consuelo de hacer ver sus lágrimas, y te-

niendo que esconderse para que los demás no se burlasen de su dolor inexplicable.

Porque verdaderamente, ¿con qué derecho tomaba tan en serio los asuntos de la bailarina, él que no era ni su hermano, ni su amante, ni su padre; él que ni siquiera la conocía más que los demás artistas; él que, en suma, no era nada de ella... nada? Esta última palabra le hacía daño: ¡nada!... Y, sin embargo, contenía una verdad: ¡nada!... Él no era nada de ella, ni tenía tan siquiera por qué inmiscuirse en el secreto de sus futuros dolores y de sus problemáticas lágrimas por venir...

«¡Ah! Si hubiera sido algo de ella!»

Pero al mismo tiempo, que esta exclamación, una inquieta pregunta venía á sus labios: «¿Algo?... ¿Qué?...» La voz burlona de Ofelia murmuraba: «¡Su amante! Los hombres no pueden ser más que amantes de las mujeres... Amantes viejos que pagan... amantes jóvenes que cobran... siempre amantes... Tu querrias acostarte con ella... ¡Anda!... Y lo demás es música celestial para engañarnos y para engañarte.»—«No—respondía Rip,—lo que yo deseara, si fuese posible desear esas cosas, es ser algo como su hermano mayor, poderla ver á menudo y á

veces—¿por qué no?—también darle un beso en las mejillas.»

Si el clown hubiera visto algo más profundamente en su alma, habría notado que su deseo de besos no se detenía en las mejillas, sino que iba más lejos: hasta los ojos, hasta los labios... más lejos aún: hasta el cuerpo; y habría visto, asimismo, que su cariño no tenía por objeto á la querida de Eugenio, sino á Luisa, á la bailarina, á la hembra joven... Y habría visto además—¡con cuánta tristeza!—que su temor de que Ofelia consiguiese el triunfo de sus codicias carnales, no procedía de un benévolo deseo de evitar dolores, sino de un vago miedo de escándalo que pudiera alejar á la mujer amada del concierto en donde la veía diario.

Dos ó tres veces, en realidad, al contemplar á la bailarina, casi desnuda en sus trajes de teatro, vibrando ante el público y sonriendo con sus labios de flor, el clown sintió deseos de precipitarse al escenario y de estrecharla con pasión entre los brazos. Más siempre, en esos instantes, la hipocresía inconsciente de su alma, supo atribuir tales impulsos

á falaces pretextos de calor excesivo y de alucinación artística.

Ofelia, en cambio, comprendía perfectamente, con la clarividencia del vicio, lo que en el alma de su compañero pasaba y disponíase á aprovechar su psicológico descubrimiento en beneficio de íntimos deseos.

Una noche dijo al clown:

—¿Quiéres que nos los repartamos?

¡Repartírselos! El interrogado no comprendía ó, mejor dicho, no quería atreverse á comprender.

—¿Repartírnoslos?— repuso con asombro... ¿Qué?..

—A los chicos. Tú te la llevas á ella y yo me quedo con él.

Rip-Rip no pudo contenerse, y con tono verdaderamente indignado, dijo:

—Lo que me propones es al mismo tiempo una infamia y una tontería. Ese chico tiene una querida guapa y no ha de cambiarla por una merluza seca como tú. Déjale tranquilo: no sigas persiguiéndole con tus sonrisas pintadas y con tus sobijos indecentes; no forres de ridículo tu manto de perversidad...

—Déjale... Si estuvieses enamorada de él, se comprendería; mas por un capricho imbécil, no. ¿Acaso faltan mozos guapos en la calle? ¿O ya no encuentras á nadie para hacerte el favor?..

—Encuentro más de lo que quiero, pero eso no me basta. Necesito á Eugenio...

Las pupilas de Ofelia resplandecían de tal modo, sus labios vibraban tan febrilmente, que el clown se sintió inquieto, y moderando el tono de su voz, la preguntó:

—¿Estás enamorada de él?

—Sí; estoy enamorada de él.

Después, con acento frío:

—Y no lo niego, porque no soy hipócrita como tú, que estás chocho por Luisa y lo ocultas.

—No... yo no.

—Sí... no mientas. ¿A mí qué me importa?... ¿acaso soy su madre?... Te encanta y la adoras... Yo también adoro á su amante, con todo el ardor de que soy capaz...

Poco á poco, en efecto, el deseo en un principio muy frívolo de entregarse á Eugenio, había ido

convirtiéndose para Ofelia en necesidad imperiosa, en enfermizo capricho que la hacía sufrir físicamente y que, ocupando toda su existencia sentimental, dominaba su organismo y llenaba sus noches de lascivos ensueños. Acostumbrada a vencer sin dificultad en las luchas del flirt elegante y de la baja coquetería; acostumbrada a hacerse desear por adolescentes y ancianos; acostumbrada a atraerlos a todos con el prestigio de su belleza especial y de su singular leyenda, sentíase humillada por la poca atención que en sus reclamos ponía el amante de Luisa; y si al decir que le adoraba, mentía, no así al asegurar que tenía necesidad de él. Porque esa era la palabra: «necesidad»—necesidad fisiológica para calmar sus sentidos hambrientos; necesidad sensitiva para consolar su inquietud interna; necesidad vanidosa para cicatrizar las heridas de su amor propio.

## XV

Entre tanto, Eugenio seguía huyendo.

Huía de su debilidad, de su deseo de aventuras, de sus tentaciones sensuales, de su orgullo ingenuo y de sus indelebles recuerdos.

Huía de la cantadora y huía de sus propias incertidumbres.

Muy frecuentemente, en los instantes de soledad, mientras Luisa asistía a los ensayos, ó durante las horas de ensimismamiento pensativo, la silueta dorada é impúdica de Ofelia se destacaba en su cerebro, y resbalándose por entre sus vaporosos pensamientos, cual una víbora finísima y casi fluida, iba hasta el fondo de su ser y le acariciaba las entrañas con las puntas envenenadas de la lengua.

Los únicos momentos verdaderamente tranquilos de que el pobre chico podía gozar eran los de la noche, pues entonces, al lado de su querida, embriagándose con goces eróticos, olvidaba su larga

cesantía, su situación vergonzosa y sus inquietudes de alma.

XVI

—Eres un modelo de puntualidad—dijo el director a Ofelia al encontrarla en el saloncillo más temprano que de costumbre.

—Sí—repuso la cantadora volviéndole la espalda y yendo a colocarse frente al espejo.

—Me parece que no tienes ganas de charlar.

—No.

—¿Que te pasa?

—Nada.

Y el «nada» fué dicho de un modo tan seco y tan categórico, que Rócarío no se atrevió a continuar su interrogatorio y salió de la estancia renegando, entre dientes, contra los nervios de las mujeres bonitas!

«¡Cargue con ellas el demonio!»—murmuraba—un día parecen cotorras y al día siguiente no hay me-

dio de decirlas una palabra sin contrariarlas... Por eso no hacen nunca fortuna... ¡Si yo fuera mujer... si yo fuera mujer!..»

En el escenario, dos equilibristas yankis contratados la víspera, trataban de llamar la atención del público con la rapidez extraordinaria de sus ejercicios.—Las botellas de cartón dorado, las bolas negras y los cuchillos de aluminio, volaban entre sus ágiles manos, formando, en el espacio, al entrelazarse, al chocarse, al esquivarse, complicadísimos arabescos. Luego los platos de barro, pesados y sonoros, iban y venían, de un extremo á otro, cruzándose sin encontrarse, aumentando en velocidad á cada instante, siendo más numerosos de segundo en segundo y describiendo más atrevidas curvas á medida que el tiempo transcurría, hasta llegar á producir una impresión sobrenatural de vertiginoso movimiento.

Los espectadores, sin embargo, no aplaudían ni mucho ni poco, y la gran sala del concierto presentaba el aspecto desolado de una junta patriótica en época de tranquilidad política. Aquí y allá, algunos

caballeros engolfábanse en la lectura de los periódicos de la tarde. El cuchicheo continuo de las mujeres, llenaba el espacio con un murmullo de colmena. Todo el mundo, en fin, parecía estar en el concierto, no para ver á los equilibristas, sino con objeto de esperar algo mucho más interesante. En los palcos las señoras charlaban sin recato.

—¿Ha oído usted las nuevas canciones de Ofelia?

—No. Dicen que son terribles...

—Como todas las suyas.

—Me habían asegurado que eran más inmorales aún.

—¿Y las hermanas, qué le parecen á usted?

—¿Las bailarinas?

—Sí. Yo no sé qué es lo que bailan ahora.

—Yo tampoco. Y qué graciosas son, ¿verdad?

—¿Y qué artistas!

—Ahora creo que va á venir el clown.

—A mí no me gustan los payasos

—A la edad de usted, tampoco á mí me gustaban.

—¡Calle! Como si no fuera usted menos joven que yo...

—¡Aduladoral... Rip-Rip tiene mucho talento.

—Y el barítono, ¿qué le parece á usted?

—Muy buen mozo.

—¿Y qué voz! A mí me penetra...

—¡Ah!

—Sí... Me hace como cosquillas en el alma.

—¿Nada más que en el alma?

—No sea usted mala...

—Hablando del rey de Roma...

—Es verdad, aquí viene...

Los ejercicios de los americanos habían terminado en medio de la indiferencia general y Lorenzo, el barítono de las romanzas melosas y de los bigotes conquistadores, aparecía en el escenario saludado por un rumor admirativo de las espectadoras. Alto y delgado, con los ojos muy negros y la nariz muy recta, con la cabellera abundosa, con los labios sonrientes y la dentadura blanquísima, el cantor seducía á todo el mundo con su presencia.

Cantó durante media hora, llevándose á cada instante las manos enguantadas al corazón, entornando los párpados, imitando el arrullo de la tórola, repitiendo sin cesar las frases monótonas del

repertorio de su género, pero diciéndolas con tal ternura, con tal altivez, con tal fuego, que parecían dirigidas á todas las mujeres de los palcos. Fué el trovador medieval, el paje rendido, el amante tímido, el novio quejumbroso... Dijo la poética habilidad de sus caricias, la languidez de sus besos, el triunfo de sus espasmos. Fué D. Juan decadente y fué Romeo de frac. Bogó en la barquilla del amor hacia los palacios encantados en donde las castellananas burlan la vigilancia del señor celoso; escaló conventos y torres, en ligeras escalas de seda; disputó su presa á los piratas raptos de cristianas. Y luego, cuando hubo hecho cosquillas en el corazón (¿nada más que en el corazón?) á las espectadoras; cuando hubo enumerado á sus dulcineas; cuando todas las mujeres, desde la princesa altiva á la que pesca en ruin barca, hubieron recibido el galante homenaje de su pasión liviana, retiróse por el foro, haciendo innumerables reverencias.

Noemí que le esperaba detrás de una montaña de cartón, entre las bambalinas, recibióle con un beso en los labios y le condujo á un extremo discreto, diciendo muy quedo:

—Te adoro... te adoro... Eres bello como un

Dios... Yo seré tuya toda la vida... Pero tú no me quieres.

—¡Oh, sí!—repuso Lorenzo—¡con todo mi corazón!

Y el tono de su voz, generalmente fatuo, fué muy natural y muy sincero.

La bailarina le estrechó entre los brazos y hablándole al oído, prosiguió:

—¿De veras?.. Es necesario que seamos muy discretos... ¿No has dicho nada tú?

—Nada.

—¿Me lo juras?

—Por todo lo que quieras.

—¡Qué bueno eres!.. Ahora más que nunca es indispensable que nadie conozca nuestro amor... El duque va á venir esta noche... ¿No estás celoso?

El barítono se contentó con sonreír. No; no estaba celoso. ¿Cómo había de estar celoso de un vejstorio semejante? Al contrario, estaba orguliosísimo.

Los pasos de un maquinista les obligaron á separarse y á volver, cada uno por un lado, hacia sus cuartos respectivos: él con objeto de recobrar la levita ordinaria, ella para principiar á vestirse de

paje.—A lo lejos, Noemí vió la delgada silueta de Ofelia destacándose en la penumbra del corredor...

## XVII

Una hora después, la cantadora estaba aún en el mismo sitio. A los que al pasar junto á ella preguntábanle lo que allí hacía, ¡tan sola!, respondíales:

—Nada... Tengo dolor de cabeza... Estoy huyendo del ruido y de la luz.

Mas no era cierto. Al colocarse en el corredor, junto á la puertecilla baja y oscura que daba acceso al vestíbulo interior del concierto, habíalo hecho con la mira de ver un momento, sin testigos, á Eugenio y de obligarle á aceptar una cita.

«Cuando entre—dijose—le hablaré con franqueza». Y en seguida principió á pasearse sin cejar un punto en su resolución, sin atormentarse el cerebro con los mil proyectos de discursos que los enamorados preparan en análogas circunstancias, sin pensar en combinaciones, ni en artimañas.

Dieron las diez y media. Las bailarinas principiaron á bailar, como todas las noches, la larga pantomima bohemia cuyo éxito cada día más grande hacía que Roccario se inflara de vanidad como autor y de satisfacción como empresario. Todo era para él: los aplausos y el dinero. Por primera vez en su vida, pagó una quincena sin encolerizarse demasiado, diciendo apenas, cada vez que un artista se acercaba á la caja: «¡ustedes me arruinan!», y no pudiendo contener una sonrisa de satisfacción al ver que jamás el negocio había sido tan floreciente.

Cinco minutos después, el querido de Luisa apareció en el umbral de la puerta.

—Una palabra—díjole Ofelia—oiga usted una palabra.

El chico, cegado momentáneamente en la penumbra del pasillo, que, para los que venían de la gran sala iluminada *á giorno*, resultaba sumido en una completa oscuridad, no reconoció de pronto á la mujer que á él se dirigía. Aproximóse, y al verla de cerca, no pudo menos de exclamar con asombro:

—¡Usted!...

paje.—A lo lejos, Noemí vió la delgada silueta de Ofelia destacándose en la penumbra del corredor...

## XVII

Una hora después, la cantadora estaba aún en el mismo sitio. A los que al pasar junto á ella preguntábanle lo que allí hacía, ¡tan sola!, respondíales:

—Nada... Tengo dolor de cabeza... Estoy huyendo del ruido y de la luz.

Mas no era cierto. Al colocarse en el corredor, junto á la puertecilla baja y oscura que daba acceso al vestíbulo interior del concierto, habíalo hecho con la mira de ver un momento, sin testigos, á Eugenio y de obligarle á aceptar una cita.

«Cuando entre—dijose—le hablaré con franqueza». Y en seguida principió á pasearse sin cejar un punto en su resolución, sin atormentarse el cerebro con los mil proyectos de discursos que los enamorados preparan en análogas circunstancias, sin pensar en combinaciones, ni en artimañas.

Dieron las diez y media. Las bailarinas principiaron á bailar, como todas las noches, la larga pantomima bohemia cuyo éxito cada día más grande hacía que Roccario se inflara de vanidad como autor y de satisfacción como empresario. Todo era para él: los aplausos y el dinero. Por primera vez en su vida, pagó una quincena sin encolerizarse demasiado, diciendo apenas, cada vez que un artista se acercaba á la caja: «¡ustedes me arruinan!», y no pudiendo contener una sonrisa de satisfacción al ver que jamás el negocio había sido tan floreciente.

Cinco minutos después, el querido de Luisa apareció en el umbral de la puerta.

—Una palabra—díjole Ofelia—oiga usted una palabra.

El chico, cegado momentáneamente en la penumbra del pasillo, que, para los que venían de la gran sala iluminada *á giorno*, resultaba sumido en una completa oscuridad, no reconoció de pronto á la mujer que á él se dirigía. Aproximóse, y al verla de cerca, no pudo menos de exclamar con asombro:

—¡Usted!...

—Sí... yo... Necesito decir á usted algo muy importante y le esperaba. ¿Le incomoda á usted?

—No; de ningún modo; al contrario; pero ¿quiere usted que hablemos aquí?

—Aquí pueden vernos. Mejor es que vaya usted á esperarme allá dentro...

—Con mucho gusto; ¿en dónde?

—En el almacén, al lado derecho, ya usted sabe... Yo llegaré dentro de un instante... Vaya usted en seguida...

Eugenio obedeció, sintiendo en el fondo del alma un inmenso goce al ver que sus deseos de aventuras se realizaban casi á su pesar, y que la mujer cuyo cuerpo dorado apareciera con frecuencia en sus ensueños, venía á él sin ser llamada. «Al fin y al cabo—dijose al encontrarse solo en el almacén de los accesorios teatrales,—cualquiera, en mi caso, haría lo mismo.» Los trapos amontonados en los rincones exhalaban un penetrante olor de humedad; y de las pelucas femeninas, de las cintas de las comparsas, de la infinidad de objetos íntimos que las coristas habían impregnado de sudor y de perfumes, desprendíase un vaho especialísimo.

Eugenio buscaba aun un asiento, cuando Ofelia llegó hasta él y le condujo hacia un extremo casi obscuro, á donde los rayos de la lámpara suspendida á la entrada no llegaban sino atenuados y moribundos; allí descorrió una cortina de terciopelo carmesí y le hizo sentarse á su lado, en un tálamo imperial hecho con cuatro cajones de pino cubiertos de papel de oro, y en cuya parte superior veíase una corona de cartón, sostenida por varios alambres en forma de heráldicos lambrequines.

—¡Eugenio!—murmuró la cantadora, tomando entre sus manos ardientes las manos temblorosas de su compañero.

El chico no se movió. Una emoción extraña hacialle incapaz de articular la más insignificante frase. No era que tuviese miedo, no; Luisa no podía sorprenderles en tal sitio; y además estaba ocupada. Tampoco era por timidez. Desde el día en que el cuerpo dorado había aparecido ante él sin cendales por vez primera, toda ingenuidad asustadiza fué desapareciendo de su espíritu á causa de las familiaridades de Ofelia. Era sencillamente por cierta nerviosidad natural que le obligaba á preferir, sin darse cuenta de ello, en todas las circunstancias de

la vida, el papel pasivo y casi femenino á la iniciativa y á la acción. Durante toda su existencia, en efecto, sólo un día buscó él mismo una aventura: al hacer la corte á Luisa, al seguirla por las calles mañana y tarde, al escribirla una carta, al darla una cita, en fin.

Ofelia repitió, acercándose á su vecino hasta rozarle la oreja con los labios:

—¡Eugenio!... ¡Eugenio!... Desde que usted vino á verme, hace una semana, no he dejado un solo instante de pensar en usted, y usted ha sido ingrato, pues no sólo no me ha buscado de nuevo, sino que ha hecho lo posible por no encontrarse á solas conmigo... Yo estoy loca por usted... verdaderamente loca... tan loca que, renunciando á las coquetérfas, le he llamado con objeto de decírselo... Ahora puede usted marcharse... Lo único que deseaba era que no ignorase usted lo que sufro... ¿No se va usted?...

El chico seguía inmóvil en su sitio, bajo la imperial corona de cartón, en la penumbra preñada de olores malsanos. ¿Marcharse? No. Ya que estaba allí, parecía ridículo irse sin obtener algo, un beso por lo menos y luego una promesa para más tarde.

La visión de las elegantes formas un día vistas y mil veces soñadas; la visión rubia, alta, elegante, surgió de pronto en el fondo misterioso del almacén.

—¿No se va usted?

Haciendo un esfuerzo, repuso:

—¿Ya?...

La cantadora le cogió entre los brazos como á un niño, y echándole la cabeza hacia atrás, besóle en los ojos y en el cuello, magullóle la boca con su boca, prendióse á él cual una sanguijuela, chupándole las mejillas, cebándose contra sus labios...

Eugenio permanecía inerte.

Ofelia se arrodilló ante él, le acarició las piernas, posó los labios sobre sus botas, y con manos crispadas por el deseo, desabrochóle todos los botones, hasta poder introducir el brazo por entre las vestiduras para acariciarle el pecho, la cintura, los muslos... Más que una mujer, parecía una fiera. Con la cabeza, bruscamente, haciendo un movimiento de toro enfurecido, derribóle sobre las tablas del lecho imperial, y sació en su cuerpo medio desnudo, con labios de ventosa, la sed de carne joven, de goces perversos, de lujuria devoradora, que desde hacía una semana la aguijoneaba. Al cabo de al-

gunos minutos, cuando el chico, enloquecido, quiso incorporarse, una mano de hierro le detuvo por el cuello sobre el tálamo y le obligó á aceptar por fuerza el placer, intenso como una llama y agudo como una corriente eléctrica, que los labios hambrientos de Ofelia le imponían.

## XVIII

Al entrar una hora más tarde en el saloncillo, con los ojos rodeados de profundas ojeras negras y el cerebro vacío, Eugenio encontró la mesa central, que por lo común sólo soportaba el peso de unas cuantas ilustraciones teatrales, cubierta de copas en cuya superficie líquida hervían las áureas burbujas del champaña.

—Vienes muy tarde—dijole Luisa, ofreciéndole su copa aún intacta.

Un caballero calvo y seco, de rostro moreno y de afiladísima nariz, hablaba con Noemí que, por excepción, conservaba aún su vestido de paje, sus

ajustados pantalones blancos, sus medias de seda color de rosa, sus cabellos recogidos hasta la nuca, y que, vista de lejos, parecía un andrógina.

—¿Quién es ese caballero?—preguntó Rip Rip yendo á sentarse en el fondo.

Lorenzo le contestó con orgullo:

—Es el duque de Riosnegros, un grande de Portugal, senador en su tierra y millonario en todas partes.

—¡Ah!—exclamó el clown.

Y tomando una copa, sin que nadie se la ofreciera, dijo en voz alta:

—¡A la salud de su alteza y de su paje!

El duque se puso de pie y dió las gracias.

—¿No es Ofelia la que canta?—preguntó Rosalba creyendo oír la voz aguda de la artista.

—No—repuso alguien,—Ofelia está enferma.

—¡Pobrecita!—murmuraron varias personas á la vez.

Eugenio se sintió emocionado. ¿Sería verdad que estaba enferma? ¿Y de qué? ¿Por culpa suya acaso?...

Lorenzo principió á llenar de nuevo las copas y

á ofrecerlas á los circunstantes como para hacer ver que hasta cierto punto era él quien obsequiaba.

Rosalba llamó aparte á Luisa y á su amante para enseñarles dos botellas que tenía escondidas bajo la falda.

—Me las acabo de robar—dijo;—vengan ustedes á mi cuarto y nos las beberemos los tres solos... Pero traigan sus copas, porque yo no tengo más que un vaso.

Luisa se echó á reír y consultó á su amante con una mirada.

—Vamos—contestó Eugenio para quien el champaña, tomado en grandes cantidades, representaba el lujo de las bacanales.

Rip-Rip, que seguía con la vista sus movimientos desde lejos y que comprendió que se trataba de alguna broma chistosa, acercóse á ellos. Al saber el objeto del conciliábulo, invitóse á sí mismo con regocijo. Luisa no tomó sino una copa y el clown, por imitarla, fué también sobrio. Eugenio y Rosalba dieron fin de las botellas en menos de cinco minutos.

Al volver al saloncillo presenciaron un espec-

táculo que les hizo sonreír. El duque explicaba á Noemí cómo había conseguido ganar una batalla empenadísima contra los republicanos:

—Yo estuve seis horas hablando, y si no hubiera sido por mí, todo se pierde, pues la lucha era terrible y en un momento dado los ministros llegaron á temer un desastre. Mis enemigos me cogían por las mangas para hacerme cejar.

Lorenzo preguntó:

—¿Entonces vuestra señoría estaba cerca de sus enemigos?

—¡Ya lo creo! Ellos estaban donde usted está, como si dijéramos, y yo aquí.

Un rumor de admiración celebró estas últimas palabras, pues los artistas creían que se trataba de una batalla verdadera, cuando, en realidad, el duque se refería únicamente á una lucha parlamentaria.

Noemí dijo á Luisa en el momento de despedirse:

—Este es el viejo de quien te he hablado. Es millonario y está loco por mí; mañana vengo en coche propio.

—¡Ojalá!

—Seguro, hija mía. Ahora mismo acaba de preguntarme si le permito que me acompañe hasta casa. Yo le he dicho que sí. ¿No te parece bien hecho?

—Sí, muy bien.

En realidad, lejos de parecerle bien, parecía muy mal. Como todas las sensitivas enamoradas, Luisa creía que una mujer no tiene derecho a venderse sino en casos muy graves y sólo para no morir de hambre... Pero su amiga no estaba en esas circunstancias, sino que, por el contrario, casi era rica con sus ochenta duros de renta y los ciento veinte que en el concierto ganaba. ¡Mil pesetas al mes!... ¿Qué más quería?

## TERCERA PARTE

### I

Hacia más de un mes que Ofelia y Eugenio se veían casi todas las noches en el almacén de Maravillas, bajo la corona de cartón dorado del gran lecho imperial. El chico llegaba a las diez en punto y, escondiéndose por los pasillos llenos de antiguas decoraciones, dirigíase hacia el almacén, cuya llave llevaba siempre en el bolsillo en su calidad de secretario suplente del concierto.

Porque Eugenio tenía ya un empleo, que la cantadora le había conseguido. Era escribiente de Rocario, con treinta duros de sueldo al mes, y trabajaba cotidianamente, de las dos a las seis de la

—Seguro, hija mía. Ahora mismo acaba de preguntarme si le permito que me acompañe hasta casa. Yo le he dicho que sí. ¿No te parece bien hecho?

—Sí, muy bien.

En realidad, lejos de parecerle bien, parecía muy mal. Como todas las sensitivas enamoradas, Luisa creía que una mujer no tiene derecho a venderse sino en casos muy graves y sólo para no morir de hambre... Pero su amiga no estaba en esas circunstancias, sino que, por el contrario, casi era rica con sus ochenta duros de renta y los ciento veinte que en el concierto ganaba. ¡Mil pesetas al mes!... ¿Qué más quería?

## TERCERA PARTE

### I

Hacia más de un mes que Ofelia y Eugenio se veían casi todas las noches en el almacén de Maravillas, bajo la corona de cartón dorado del gran lecho imperial. El chico llegaba a las diez en punto y, escondiéndose por los pasillos llenos de antiguas decoraciones, dirigíase hacia el almacén, cuya llave llevaba siempre en el bolsillo en su calidad de secretario suplente del concierto.

Porque Eugenio tenía ya un empleo, que la cantadora le había conseguido. Era escribiente de Rocario, con treinta duros de sueldo al mes, y trabajaba cotidianamente, de las dos a las seis de la

tarde, en copiar programas, en preparar elencos, en poner en limpio las cuentas de los artistas y en responder á los que dirigían solicitudes ú ofertas. Al nombrarle, dándole el título pomposo de «secretario», el italiano había jurado que hacía un sacrificio; mas, en realidad, lo único que hacía era un ahorro de ciento cincuenta pesetas mensuales, pues el secretario verdadero, que cobraba sesenta duros, hallábase con permiso indefinido y probablemente no volvería nunca.

Como sucede por lo general, en casos análogos, todo el mundo se había enterado de la traición de que Luisa era víctima, y sólo la engañada la ignoraba. ¿Quién se lo había de decir? Rip-Rip callábase por caridad y Rosaiba por miedo, á pesar del deseo que ambos tenían de jugar una mala partida á la cantadora orgullosa y perversa. Los demás guardaban el secreto por indiferencia, creyendo que nadie debe meterse á redentor si no quiere exponerse á salir crucificado; y en cuanto á Noemí, contentábase con decir que «no lo creía», que «no podía ser», sin ahondar en el misterio, y conformándose á las doctrinas magnánimas de Lorenzo, que creía que es una infamia abrir los ojos á un

ciego para no ofrecerle sino el espectáculo horrible del mundo.

Noemí tenía, además de esas, otra razón para no cometer el acto valiente, franco, brutal, de descorrer la cortina de la realidad ante su pobre amiga: y era la amargura que la había dejado en el alma la huída vergonzosa de su noble portugués.

Durante toda una semana, en efecto, el senador de las grandes luchas contra los republicanos acompañóla casi á diario á la salida del concierto, y dos ó tres veces aceptó noblemente la hospitalidad que ella le ofreciera en su lecho, diciéndole:

—Yo querría verte en un palacio y no en este cuarto, porque tu belleza espléndida merece un cuadro de oro, como los retratos de las reinas que sonríen en los museos. Si no temiera ofenderte, yo mismo te ofrecería tal cuadro.

—Tú no me ofendes nunca, hermoso moreno de mi corazón—respondiale Noemí.—Contigo iré á todas partes.

\*—¡Pero es que soy portugués!

—Por eso te quiero más aún: porque eres portugués y noble.

—¿Sabes acaso lo que es ser portugués? Nosotros venimos del desierto, como Otelo, y nuestras mujeres infieles acaban cual Desdémona.

—Yo te adoraré toda mi vida... con toda mi alma...

—¡No!

—Si... si... Te lo juro...

—¡No!

Una noche al fin, el senador se dejó convencer de la futura fidelidad de su querida, y la ofreció para el día siguiente una entrevista seria, en la cual combinarían un verdadero y suntuoso rapto.

¡Con qué júbilo esperaba la bailarina el momento de la cita! Desde muy tempranito principió á perfumarse el pecho, el vientre, las piernas, con más cuidado que de costumbre, por si era menester firmar desnuda el contrato. Sus más ricas camisas, las que la envolvían en flores haciéndola un íntimo velo primaveral, parecíanle miserables para la circunstancia, y en cuanto al traje, ninguno se la antojaba digno del duque. Al fin de muchos ensa-

yos solitarios ante el discontentadizo espejo, resignóse á endosar un vestido de muselina de seda, enteramente blanco, con cuatro volantes de diáfano encaje que bajaban desde la cintura, formando una sobrefalda ligera y móvil, con un talle, casi transparente, á través del cual se percibían las rosas de los senos y el alabastro de los brazos...

—¡Estoy aceptable!—dijose al fin.

Y en verdad, así vestida, con la cabellera rizada en amplias ondas de oro, con los ojos brillantes de alegría, estaba más bella que nunca y más que nunca provocadora.

La entrevista debía verificarse á las dos; pero media hora antes, habiendo apenas almorzado, la bailarina tomó posesión de su *chaise-longue* y, contando los minutos, esperó...

...Y dieron las dos, y luego dieron las tres, sin que nadie fuese á buscarla. A las cuatro, ya en el paroxismo de la impaciencia, dirigióse á su alcoba con objeto de leer de nuevo la tarjeta en que el duque mismo escribiera la víspera la hora de la cita, y que se hallaba depositada en un guarda joyas de cristal, sobre la chimenea. ¡Ni tarjeta, ni alhajas! El pseudo senador había levantado el vuelo, al reti-

rarse en la madrugada, llevándose un reloj de oro y una sortija de esmeraldas.

Por la noche, en el saloncillo, Lorenzo quiso consolarla, y la dijo:

—Ya sabía yo que ese portugués era un griego... Lo conocí en que tiene acento portugués... Otra vez...

Una bofetada le cerró la boca. Todo el mundo se echó a reír, mientras el pobre baritono, con el rostro escarlata de vergüenza y de cólera, murmuraba, tratando de sonreír:

—Yo soy el que pago las esperanzas rotas... Peor para mí... Al fin y al cabo nadie me obliga a meterme en lo que no me importa... Cuando una amiga nuestra pierda un príncipe ruso, no me pondré al alcance de su blanca mano...

De eso hacía veinte días.

...En apariencia Noemí estaba ya consolada; pero siempre conservaba la sensación humillante del engaño, y eso la hacía mirar con cierto gusto el enga-

ño de que los demás eran víctimas. «A mí—pensaba—nadie me dijo que el duque era un simple ladrón. ¿Por qué he de decirle yo a Luisa que su amante es un rufián?»

Una noche, Rip-Rip llamó aparte a Ofelia, y la dijo:

—¿Es cierto que Eugenio es tu amante?

—No, mi amante no; es el amante de tu ídolo.

—Rosalba te ha visto con él, dos ó tres veces, en el fondo del almacén.

—Eso no quiere decir que sea mi amante...

—En fin, lo que te pregunto es que si el chico y tú...

—¿Nos acostamos á veces juntos?

—Sí.

—De cuando en cuando...

—Yo no te había creído nunca verdaderamente mala. Tu leyenda de grandes vicios y de aventuras terribles, parecíame un medio de llamar la atención. Hoy veo que es real... que eres innoble... que tratas de hacer daño por mero gusto de hacerlo... que no tienes entrañas, ni sentimientos... ni...

—¿Ni qué?

—Ni nada... ¡Eres un monstruo!

—Muchas gracias... Y no hay de qué. El muchacho me gusta y yo le gusto. ¿Por que no hemos de hacer algo más que mirarnos y sonreirnos?... Tu debieras tratar de arreglarte con Luisa, puesto que estás loco por ella y no la dejas sola un momento. ¿Quieres que te indique un medio de conseguir sus favores? Pues no tienes más que decirle que su amante y yo la engañamos... y luego consolarla... en la cama...

El clown se alejó, volviéndola la espalda con desprecio y repugnancia. Como observador, había visto la inconsciencia casi infantil con que Eugenio se dejara seducir por la mujer viciosa que supo ofrecerse impudicamente desde luego y que en seguida le reveló las más bajas locuras del placer carnal. Para él, como para casi todo el mundo, el querido de Luisa era un tímido vanidoso, sin sentido moral y sin inteligencia ninguna, que vivía con una mujer por costumbre y que, por orgullo, la engañaba con otra, sin querer profundamente a ninguna de las dos. Una cólera ciega atormentaba al clown, que hubiera querido, en sus ímpetus de

honradez sentimental y de adoración por la bailarina, encontrar juntos a Eugenio y a Ofelia, para apalearlos como los campesinos apalean, en las rutas estivales, a los perros que ayuntan bajo el sol canicular...

## II

Una noche Rosalba, cuyo cuarto estaba situado en el fondo del escenario, vió entrar en el almacén a Eugenio y a Ofelia enlazados por el talle.

«Son unos indecentes»—pensó. Y una idea definitiva que su bondad de alma, su cariño por la bailarina y su deseo de vengarse de los malos tratamientos de la cantadora le sugerían muy á menudo, germinó de pronto en su cerebro, con fuerza definitiva.

«Es necesario delatarles»—pensó.

Vistióse rápidamente y voló hacia el saloncillo á la sazón desierto. Por primera vez, Noemí y su compañera bailaban un nuevo arreglo de Roccario,

en el cual, vestidas de negro la una y otra de blanco, representaban las horas del día y de la noche, simbolizando los instantes alegres ó tristes de la vida en cadencias de cuerpo más ó menos lánguidas, más ó menos rápidas, más ó menos lascivas.

El poema musical estaba dividido en doce estrofas.

Cuando Rosalba se aproximó al telón interior para esperar el final del espectáculo, los címbalos marcaron, con once toques argentinos, el principio de la hora en que los amantes se levantan y se acuestan. Noemí representó el despertar, sacudiendo, al compás de la orquesta, su linda melena de oro, estirando los brazos, meciéndose aun adormecida, en el espacio. Luego vino la alegoría de la misma hora nocturna, el instante en que los amantes se meten en la cama, la dulce oscuridad de la noche aconsejadora de ardientes caricias y de besos sin fin. Un estremecimiento voluptuoso sacudió el cuerpo esbelto de Luisa, y las lentejuelas temblaron en su pecho con cabrilleos de oro. ¡El amor! ¡El sacrificio á Venus! ¡El triunfo de Eros!... Los brazos de la artista buscaban al esposo ideal, le atraían, le estrechaban, le retenían prisionero en tan dulces cadenas, y no le soltaban sino cuando el

sacudimiento del espasmo iba ablandando, poco á poco, en ondulaciones de un movimiento lleno de languidez y de lujuria, los miembros antes tiránicos...

Algo había en la bailarina, al ejecutar tal símbolo, que no era habilidad pura, ni pura ficción, sino verdadero sentimiento de la Realidad encarnada en el Arte. Más que la bailarina, era la mujer quien vibraba en el escenario, ante el público.

La consciencia de que todas aquellas caricias iban á un hombre que apenas las merecía y que ni siquiera sabía apreciarlas, fortificó á Rosalbá en su designio. «Es necesario decirse todo»—pensó. Y algunos minutos más tarde, cuando la pobre artista salió hacia su cuarto, sonriente, triunfante, jadeante, detúvola por el brazo y la dijo sin preparación ninguna, como quien planta un puñal en el pecho:

—Eugenio te engaña.

«¿Eugenio?»... Eran tan terribles tales palabras, que ni siquiera la hicieron daño. No las entendió, no supo lo que significaban. Sus labios murmuraron:

—Eugenio...

—Sí—prosiguió la corista,—te engaña con Ofelia.

—¡Hace bien!—exclamó la pobre Luisa, tratando de seguir su camino y no sabiendo lo que decía.—¡Hace bien!...

Y sus manos, que se extendían hacia la izquierda con objeto de rechazar á Rosalba, tuvieron que asirse de una mampara entreabierta para que su cuerpo no se desplomara.

«¡Con Ofelia!... Y ella no lo había notado... Y sin duda hacía ya mucho tiempo... ¡En verdad, era necesario ser una imbécil!... Con la rapidez del relámpago pasaron por su recuerdo todas las sonrisas de la cantadora: las sonrisas de sus canciones, las sonrisas á mil hombres dirigidas... Y todas le parecieron destinadas á su amante... «¡La engañaban!»

—No, no puede ser...; es imposible—dijo después, tratando de creer que una alucinación la atormentaba y que nadie la había dicho una palabra...

La corista la dió el brazo y la condujo hasta la puerta del almacén, donde la aseguró:

—En este momento están allí, en la cama dorada del concierto. Entra.

—No... no puedo... no quiero...

—Entra...

En ese momento preciso, Ofelia y Eugenio salían del almacén y se daban el último beso antes de dirigirse, cada uno por su lado, hacia el saloncillo. Un grito doloroso, un grito cruel, un grito que era á la par rugido y lamento, les heló la sangre en las venas.

Luisa estaba allí, delante de ellos, pálida como una aparición, con las pupilas extraviadas y los brazos en cruz.

Hubo un segundo de angustioso silencio, después del cual Ofelia quiso hablar, para disculparse tal vez, tal vez para insultar... Sus palabras se perdieron en la trágica penumbra, mientras Luisa salía huyendo hacia su cuarto con objeto de no oirlas.

Algunos minutos después, Rip-Rip vió partir precipitadamente á una sombra envuelta en un manto obscuro, y reconociendo en ella á Luisa, la siguió.

¿A dónde iba sola y á esa hora? ¿Al boulevard?... No... Más bien á los mercados, pues en vez de seguir por la derecha, tomaba la calle Montmartre hacia abajo, andando muy deprisa... En los mercados, una farmacia está abierta toda la noche... ¿Iria

á la farmacia?... ¿Estaría enferma?... Pero entonces ¿por qué no tomaba un coche?... Si... Indudablemente iba á buscar un remedio cualquiera... ¡Y qué de prisa iba!... ¡Más de prisa que los carruajes!... Parecía una loca... ¡Ah!... No era á la farmacia, puesto que seguía, seguía, siempre rápida como el viento... y atravesaba la calle San Honoré... y llegaba á la de Rivoli!... ¡Iría á la Ópera Cómica, allí al lado, á buscar á una amiga... á pedir billetes para su amante... á hablar al director para ver si querían contratarla?... No... Más bien al Chatelett, en donde también se necesitan á veces hábiles bailarinas... Tampoco... Ya había llegado al puente... Y moderaba el paso... y se detenía á contemplar el reflejo de las linternas encarnadas, cuyas luces tiemblan en el agua del Sena como rubíes... ¿Y luego?... Muy despacio, muy despacio, continuaba hasta el otro borde del río... ¡Era imposible!... ¿La escalera?... Sí, bajaba por la escalera oscura, por la escalera estrecha, por la escalera de los muelles, por la escalera de los suicidas...

Rip-Rip precipitóse en pos de ella y la detuvo junto al parapeto.

—¡Luisal—dijola con la voz temblequeante de

emoción. — ¡Mi pobre Luisa, mi amiguita del alma!... ¿Qué es eso?

—Sufro mucho... Déjame Rip... No me detengas...

—Vamos... No seas niña... Dame el brazo...

Las lágrimas, contenidas durante largo rato, brotaron entonces de los párpados de la bailarina, que lloró, cual un niño, dejándose conducir por el clown hacia una cercana estación de coches.

Cuando los sollozos la permitieron articular algunas palabras, dijo, en tono lamentable, con frases sobrias, sin cólera ninguna, su fatal aventura (el dolor no es siempre elocuente):

—Acabo de sorprender á Eugenio y á Ofelia que me engañaban... En el almacén del concierto... Y como es natural, mi primer impulso fué morir... ahogada en el sena... una muerte que me refrescase las sienes... Creo que tengo calentura.

Rip-Rip también lloraba; pero, haciendo un esfuerzo, sonreía y hablaba tratando de calmarla, de consolarla. «No, no tenía calentura... No sería nada... Sin duda la cosa era desagradable, pero de

ningún modo valía la pena de morir... El había sufrido más que ella, y no se había matado ni una sola vez.»

—Más que yo no puede ser... Sufro mucho, mucho.

—Ya verás cómo nos vengamos de Ofelia.

—¿Para qué? El daño está hecho. Yo no soy vengativa, y lo único que deseo es que nadie sienta nunca lo que yo siento... Porque es terrible, Rip, lo que padezco... ¡Yo, que no tenía más amor que él... Yo, que soñaba en vivir así toda la vida... Yo, que no vivía sino por él... Y de repente todo se acaba, así... en un instante... ¿Para qué seguir viviendo?..

—Para complacerme á mí, que te quiero como si fueras hija mía...

—Tú eres muy bueno... Tengo sed... Hay algo que me quema, como una brasa en el estómago... ¡Y el corazón!... Parece que va á reventar mi corazón... ¡Cuánto sufro!

—Es necesario que tomes algo para dormir... En cuanto llegues á tu casa...

—¿A mi casa?... ¡Oh, no!... Eso jamás...

—Ven á la mía entonces. Yo tengo una antigua

criada que te cuidará como á un pájaro enfermo... Yo dormiré lo mismo en un hotel. ¿Quieres venir?

—Eres muy bueno, Rip... Lo único que quiero es morirme... no sufrir más...

Ya en casa del clown, después de tomarse, una tras otra, hasta seis copas de jerez, tuvo miedo á la soledad.

—No te marches—le dijo,—quédate aquí á mi lado.

—Me acostaré en el diván... Tú métete en la cama, y duerme... Lo que necesitas es descansar, calmarle los nervios...

«¿Descansar?... ¡Que locura!.. ¿Acaso podría ella descansar ya nunca en su vida?... Todo había terminado...»

Acostóse. En su cerebro febril, la misma lamentación seguía cantando en triste ritornelo, lento, lento, monótono, sin variación... «¡Que desgraciada era!...» No pensaba otra cosa. No sentía mas que eso: una gran desgracia, la impresión de una caída brusca dede muy alto, una inmensa piedad de sí misma... Sólo de vez en cuando la sombra fatal de Ofelia aparecía ante ella, desfigurada, riendo á carcajadas cual una bacante, y arrastrando detrás

de sí á Eugenio, loco de deseos, loco de amor. Porque Luisa estaba segura de que su amante tenía por la cantadora una pasión frenética... De lo contrario no la habría engañado...

—¿Verdad, Rip?

Al oír su nombre, en medio de la noche, el clown se volvió hacia el lecho y vió á su amiga, incorporada, con los cabellos despeinados y con los ojos brillantes de fiebre, sosteniéndose penosamente contra las cortinas.

—¿Qué?

—Nada... nada... una tontería... Tengo miedo de volverme loca...

Rip soñaba en sus propias penas pasadas, en la austriaca que le había hecho sufrir el tormento del engaño, en su razón perdida durante dos semanas...

La bailarina murmuró:

—Tengo sed...

Después de beber, preguntó, tratando de sonreír:

—¿Verdad que nunca has sufrido tanto como yo?

—Sí, mucho más...

Y sin saber si era para consolarla ó para des-

ahogarse, contóle con todos sus detalles la trágica historia de su matrimonio.

—¡Pobrecito!—murmuró Luisa al final, besándole las manos con gratitud.

### III

—¡Es extraordinario!—murmuró el director de Maravillas, cuando Rip-Rip le hubo referido la anécdota pasional de la víspera—¡es extraordinario! Después, como hablando consigo mismo, continuó:

—Y lo más triste es que en ese asunto el único que sale perdiendo soy yo... Porque la chica no querrá volver al concierto, como es natural.

—De ningún modo—dijo el clown.

—Pues peor para mí.

Sentado en su butaca directorial, ante una mesa llena de papeles multicolores, con la pipa entre los labios y el entrecejo fruncido, Roccario trataba de hallar un expediente cualquiera para conciliar, al

de sí á Eugenio, loco de deseos, loco de amor. Porque Luisa estaba segura de que su amante tenía por la cantadora una pasión frenética... De lo contrario no la habría engañado...

—¿Verdad, Rip?

Al oír su nombre, en medio de la noche, el clown se volvió hacia el lecho y vió á su amiga, incorporada, con los cabellos despeinados y con los ojos brillantes de fiebre, sosteniéndose penosamente contra las cortinas.

—¿Qué?

—Nada... nada... una tontería... Tengo miedo de volverme loca...

Rip soñaba en sus propias penas pasadas, en la austriaca que le había hecho sufrir el tormento del engaño, en su razón perdida durante dos semanas...

La bailarina murmuró:

—Tengo sed...

Después de beber, preguntó, tratando de sonreír:

—¿Verdad que nunca has sufrido tanto como yo?

—Sí, mucho más...

Y sin saber si era para consolarla ó para des-

ahogarse, contóle con todos sus detalles la trágica historia de su matrimonio.

—¡Pobrecito!—murmuró Luisa al final, besándole las manos con gratitud.

### III

—¡Es extraordinario!—murmuró el director de Maravillas, cuando Rip-Rip le hubo referido la anécdota pasional de la víspera—¡es extraordinario!

Después, como hablando consigo mismo, continuó:

—Y lo más triste es que en ese asunto el único que sale perdiendo soy yo... Porque la chica no querrá volver al concierto, como es natural.

—De ningún modo—dijo el clown.

—Pues peor para mí.

Sentado en su butaca directorial, ante una mesa llena de papeles multicolores, con la pipa entre los labios y el entrecejo fruncido, Roccario trataba de hallar un expediente cualquiera para conciliar, al

menos por el momento, sus simpatías y sus intereses. «Sin duda—decíase—Ofelia es la que tiene la culpa de todo; pero al mismo tiempo Ofelia es el alma de mi negocio. Más de la mitad de mis parroquianos vienen con el exclusivo objeto de oírla cantar. Luisa es una chica lista, con gracia, con arte, buena bailarina y buena mujer. A Luisa, sin embargo, Noemí podrá reemplazarla, ayudada por Rosalba ó por otra cualquiera... Que no vuelva; aunque tenga razón. Yo lo siento mucho... ¡bamos tan bien!.. Y además no es difícil que dentro de algunos días, cuando el encono le pase, vuelva, mientras que si dejo que la cantadora se me escape, todos mis rivales se la disputarán... Lo mejor en estos casos es esperar... Lo único que me embaraza es lo que debo decir á Rip-Rip, para que no se incomode... ¿Que decirle? ¡Por la Madona!»

Al fin se decidió y, adoptando el tono de guasa:

— Mira—le dijo,—si logras encontrar un medio de conciliación, le enciendo un cirio al santo de tu nombre, que es San Rip, según creo.

— Ninguno...

— ¡Bribonazo!.. Lo que quieres es que la chica no salga de tu cama... Bueno; pues guárdala algu-

nos días para dejar lucir la luna de miel, y luego, cuando amanezca, tráela de nuevo, que en viniendo contigo siempre será bien recibida.. Ya yo había notado que te gustaba mucho... Vamos... ¿lo niegas?... ¿Y cuánto tiempo vas á tenerla secuestrada?...

El payaso no respondió. Si siempre las bromas relativas á su amor por Luisa habíale parecido de mal gusto, ese día antojábasele casi macabras y casi sacrílegas, como si la bailarina fuese para él un objeto digno de veneración... ¿Querirla? Sí, sin duda la quería; quería con toda su alma; quería más que nunca había querido á mujer ninguna; pero no cual á las otras, sino con un amor respetuoso, en el cual el misticismo y la piedad entraban en partes iguales para formar un afecto lleno de ingenua ternura. ¡Querirla más que si fuera su hija ó su hermana, más que si fuera su novia, mil veces más que si fuese su mujer!... Porque la quería sin estar celoso; sin que nada en su conducta le pareciese censurable; no viendo en ella, en suma, sino la belleza sublime del dolor... La quería muchísimo...

Roccario reta, guiñando el ojo y figurándose que cuando el clown no contestaba, era porque no tenía nada que contestar.

—¿Verdad que he dado pie con bola?—preguntó al fin.

—No—concluyó Rip, despidiéndose secamente.

## IV

Al entrar en su casa, la criada le dijo que Luisa dormía aún.

Eran las cinco de la tarde. La alcoba del clown, sumida en una obscuridad completa, parecía un horno apagado, en el cual la respiración rítmica de la llama hubiese persistido. Desde la puerta, oíase el ligero resoplar, monótono y angustioso, de la mujer que dormía.

—¡Pobrecita!—murmuró Rip.—Dejémosla descansar...

Y con objeto de no interrumpir la quietud de la hora vagando nervioso por las habitaciones, diri-

gióse hacia el comedor en donde una plataforma artificial, embutida en la ventana, formaba un balconcillo propicio á los largos ensueños de las tardes estivales. La calle lucía como un ascua. El disco rojo del sol, en su ocaso, ocupaba la entrada de la calle, llenando de intensos resplandores de incendio el horizonte y haciendo brillar las vidrieras de las casas vecinas con luces de cristal tallado. Todas las superficies lisas adquirían mil facetas ante el monstruoso reflector de oro y de púrpura. Una brisa ligera, cuyas alas no estaban ya entumecidas por los interminables escalofríos de la primavera parisiense, una brisa tibia y tenue, hacía palpar, con latidos casi humanos de resurrección y de vida nueva, las banderolas tricolores de los edificios públicos. En el ambiente diáfano, por encima de los techos oscuros, la claridad constelábase de puntos de carmín y de esmeralda, infinitamente pequeños é infinitamente sutiles, que ondulaban, cual miriadas de ideales insectos, en el éter crepuscular.

Rip-Rip sentíase dichoso. Y para gozar de la belleza de la tarde, para bañar en luz su alma lacerada, para empapar de efluvios germinales todo su

ser melancólico, cerraba los párpados haciendo muecas infantiles y luego los abría más que nunca ante el sol, decidido a mirarle frente a frente, con osadía de águila.

...Sentíase dichoso, sin saber por qué, y al mismo tiempo experimentaba un vago remordimiento, como si su íntima bienaventuranza fuese un insulto al dolor de su amiga.

—«¡La pobre sufre!»—murmuró tratando de enternecerse, de recobrar su gravedad habitual, de no hacer gestos de niño, de no embriagarse en la orgía de luz purpúrea y de aire fresco a que se entregaba. —«¡La pobre sufre!» Pero imposible; no podía entristecerse, gozaba; y para no gozar dirigíase amonestaciones mentales, diciéndose: «Hoy como ayer, tú no eres sino un payaso bastante viejo que no tienes motivo ninguno para estar contento de la vida. Antaño, no digo que no hayas sido digno de ser envidiado; pero desde que dejaste de ser gimnasta para convertirte en hazme-reír, todo te ha salido mal. Mira hacia atrás: tu existencia es un tejido de desgracias. Las mujeres te engañaron, y los

hombres no te hicieron sino daño... ¡Eres muy digno de lástima, te digo!»

A pesar de tales sermones, su alma seguía gozando. El sol inmenso, siempre encarnado, siempre inmóvil, parecía reclinarsse sobre el techo de la última casa para no hundirse en el vacío. En el firmamento, las nubes blancas y traslucidas cabalgaban con rapidez en pos del gran astro, dejando percibir el azul claro del fondo al través de sus diáfanos velos, y formando, al correr, monstruos multiformes y fantásticos, de grandes brazos sinuosos y de cabelleras interminables. Ríp-Ríp sonreía entre tanta luz.

De pronto una duda vino a preocuparle. «¿Estaré alegre—se preguntó—porque la siento a mi lado, porque duerme en mi lecho, porque perfuma mi nido con el aroma de su cuerpo?» «Tal vez»—respondióse. Pero luego, ahondando, sutilizando, haciéndose creer que su gozo en ese caso sería logrado a costa del dolor ajeno y que sería un gozo casi sensual, trató de decirse que no. «Estoy alegre—se dijo—porque he dormido bien, porque he almorza-

do con apetito, porque he hecho una buena acción; nada más que por eso.» Sólo que ni había almorzado apenas, ni había dormido más de dos horas. Y en cuanto a la buena acción... «¡Ten cuidado!» —murmuró en su memoria la voz estridente de Ofelia.

Entonces quiso moverse, y se volvió hacia el comedor. Luisa estaba allí, en pie junto a la mesa central, contemplándole de lejos con sus grandes ojos hundidos.

—¿Tú aquí?— exclamó el clown.

—Sí. Creo que he dormido mucho.

—No mucho. Te acostaste anoche a la una, y ahora deben de ser las cinco y media de la tarde: unas diez y siete horas nada más...

En realidad la bailarina no había logrado dormir sino al medio día.

Rip la preguntó, estrechándola la mano y conduciéndola hacia el balcón:

—¿Te sientes mejor?

—Mucho mejor, sí.

Dijo «sí» por no apenar a su amigo cuya solicitud la confundía; pero, en realidad, sufría de un

modo más cruel que la víspera, con más conciencia de su desgracia, ya sin valor para tomar grandes determinaciones, sin lágrimas que derramar y atormentándose con mentales pesquisas para colegir desde cuándo principiara su amante a engañarla. En el egoísmo de su pena, hubiera querido conocer todos los detalles de la traición. Una curiosidad dolorosa llevábala a excitarse la memoria con objeto de considerar de nuevo todos los actos de Eugenio desde el día en que se conocieron.

Al fin preguntó:

—¿Fuiste hoy al ensayo?

—Sí... Es decir, estuve en Maravillas cinco minutos con el director.

—¿Y...? ¿Y los demás?...

En vez de responder, Rip-Rip díjola, señalando el sol cuyo disco rojo principiaba a hundirse tras los techos lejanos:

—¡Mira qué lindo!

Luisa se apoyó en la barandilla del balcón y permaneció silenciosa ante el claro infinito. Otros cielos más clementes y más bellos, contemplados

mucho tiempo antes, surgían del fondo amargo de su memoria. Un pliegue, casi imperceptible, crispaba a cada instante el arco finísimo de sus labios. Su rostro estaba pálido, ya no con la palidez marmórea que todos elogiaban en ella, sino con un matiz enfermizo de marfil antiguo. En sus pupilas apagadas lucía a intervalos, con fuegos misteriosos de zafiro, una chispa de cólera, que iba a ahogarse, apenas encendida, en la humedad de los párpados.

«¡Pobrecita!—pensó el clown viéndola de soslayo—¡Pobrecita! ¡Pobrecita!...»

## V

Vegetando con lamentable inconsciencia de flor enferma, la bailarina veía transcurrir las mustias horas sin darse cuenta exacta del sitio en que se hallaba. Ningún objeto atraía su atención en el asilo que la amistad la proporcionara. Lo único que, de vez en cuando, durante los penosos insomnios de la noche, captábase la atención, era una co-

rona de laurel dorado que lucía frente al lecho del payaso sobre el fondo cerúleo de la pared. Su vista prendíase a las hojas áureas, mientras su imaginación seguía revoloteando lejos, muy lejos, en torno de la flama devoradora que consumía su existencia silenciosa de mártir del amor.

Rip solía decirle:

—Es necesario que salgas, que te muevas, que tomes el sol, pues de lo contrario te vas a enmohecer. ¿Quieres que te mande buscar un coche? ¿Quieres que te lleve al teatro? ¿Quieres ir a comer a un restaurant del boulevard?

—No.

La pobre no quería nada. En medio de su gran desgracia, sentíase tranquila en la intimidad del clown, cuya solicitud mimosa la hacía pensar en su madre.

¡Su madre! Varias veces, en los instantes de cobardía psicológica, cuando el alma busca un refugio lejano, había pensado en ella, implorándola mentalmente como otras imploran a la Virgen. ¿Por qué no iba a buscarla? Por orgullo, porque habiéndola

escrito tres cartas llenas de ternura, en sus días de felicidad y no habiendo recibido respuesta á ninguna de ellas, creía que era inútil, y á más de inútil humillante, implorar de nuevo un perdón antes no obtenido.

Resignada á la soledad, ocupaba sus largos días en vagar por las habitaciones, yendo de la alcoba al comedor y tratando de entretenerse en frívolas labores domésticas. Cuando, por casualidad, tomaba un libro cualquiera y trataba de leer, sorprendíase al cabo de algunos minutos con el volumen cerrado entre las crispadas manos y la imaginación fuera del tiempo y del espacio, acariciando á los fantasmas asesinos de su amor.

...Y los días pasaban sin que ella saliese del aturdimiento de su caída sentimental...

Muy á menudo, al despertar, ya muy tarde, después de haber dormido durante algunas horas con

sueño nervioso y visionario, sentíase dolorida, como si acabara de recibir una paliza.

Nada la entretenía: ni el sol que iba á posarse todas las tardes frente á sus balcones, cual una inmensa águila de oro; ni las plantas con que Rip-Rip adornara la alcoba; ni las canciones callejeras que, por la mañana, subían desde el patio, en vuelo ligero é ingenuo...

Cuando hablaba consigo misma, no podía menos de decirse:

—¡Sufro mucho, mucho!

VI

Un día, después de comer, Luisa preguntó á su amigo:

—¿Por qué no ha venido Noemí?

—No lo sé—repuso el clown poniéndose pálido.

Y era que, en realidad, Noemí había tratado de ver á su amiga sin que el clown, egoísta cual todos

los locos, se lo permitiera. Rosalba también la hubiera visitado con benévola alegría.

—¡Hace mal!—murmuró Luisa.—¡Para lo que yo he de vivir!...

—¿Todavía piensas en morir?

—No, no pienso en nada; pero siento que algo me lleva hacia otro mundo... ¿Te parezco ridícula?

—¡Bobal!... Yo te quiero con todo el corazón.

En efecto, la quería con todo el corazón, y aún más que con el corazón. Queríala de un modo primitivo é inconsciente, de una manera casi incestuosa, diciéndose á sí mismo que su alma enamorada era un alma paternal, y tratando luego de rozarse á ella, de respirarla como una flor, de ocupar los sitios en donde ella había estado... Queríala con sensualidad secreta y piadosa, con egoísmo instintivo, alegrándose de que Eugenio y Ofelia siguieran durmiendo juntos, deseando que nadie entrara en su casa, rogando á la Providencia que todo siguiera así... ¿Como?... No lo sabía... así: en un dudoso idilio de lágrimas, de pereza, de moda rra sensitiva, de cobardía psíquica, de cariño filial,

de ingenuidad melancólica, de somnolencia consentidora... Así pues...

A veces, cuando ella se levantaba, él iba hasta la cama deshecha y, sin darse cuenta de lo que hacía, besaba devotamente las almohadas aún impregnadas por el perfume de su cabellera, murmurando:

—¡Pobrecital... ¡Pobrecital!...

Una mañana entró en la alcoba de su amiga más temprano que de costumbre.—Luisa acababa de levantarse. En el reducido espacio de la estancia, flotaba un aroma embriagador de carne femenina, de senos jóvenes, de sexo rubio. Con las ventanillas de la nariz dilatadas, respiró durante algunos minutos en la atmósfera enloquecedora. Poco á poco, sus pupilas llegaron á nublarse y sus sienas acabaron por palpitar con latidos febriles: el lecho estaba allí, tibio aún del calor del cuerpo amado, con un hueco esbelto, en el centro, que parecía el molde de las formas de Luisa. Sin darse cuenta de su acto, el clown se desnudó rápidamente y se metió en el lecho, en el mismo sitio donde Luisa había reposado... Luego salió huyendo, con

fuso y medroso, olvidando sus prendas de vestir, y al llegar á la salita donde dormía, empapó en agua fresca una sábana y se envolvió en ella...

## VII

Luisa sufría siempre, sin lograr darse cuenta de la naturaleza verdadera de su dolor. Sufría de un modo nostálgico, recordando con sonrisas de cruel ternura los días de oro de su muerto oaristis. Sufría sin tener el consuelo de odiar á los que la hicieron daño. Sufría humillándose, creyendo que su amor había sido vencido por otro amor, en leal palestra de gracias y de caricias. Sufría como sufren las madres que han perdido á un hijo, y que se creen inútiles en la vida por carecer de lo único que las hacía vivir.

Sólo de vez en cuando, en momentos de nerviosidad exaltada, la imagen de Ofelia aparecía ante ella; aparecía desnuda é impudica, riendo con risa faunesca, con las piernas abiertas y los ojos

enrojecidos, casi fea y, sin embargo, atrayente; odiosa y dominadora, sardónica y lujuriosa, enseñando las encías, levantando los brazos, sacudiendo la áurea melena, simbolizando, en fin, la diabólica belleza de las estatuas venéreas. Aparecía llevando detrás de sí á Eugenio que se arrastraba, que gemía, que suplicaba...

Y entonces Luisa, siempre buena y siempre amante, elevaba á la ciega Providencia una oración en favor del que tanto daño la hiciera, creyendo que él también era muy desgraciado, y atribuyendo á misteriosa y cruel hechicería el arte seductor de su rival triunfante...

## VIII

—¿No quieres salir, Luisita?

Una tarde, después de comer, dijo por fin que sí, por condescendencia.

Pero, ¿á dónde ir?

—Al teatro—propuso Rip.

fuso y medroso, olvidando sus prendas de vestir, y al llegar á la salita donde dormía, empapó en agua fresca una sábana y se envolvió en ella...

## VII

Luisa sufría siempre, sin lograr darse cuenta de la naturaleza verdadera de su dolor. Sufría de un modo nostálgico, recordando con sonrisas de cruel ternura los días de oro de su muerto oaristis. Sufría sin tener el consuelo de odiar á los que la hicieron daño. Sufría humillándose, creyendo que su amor había sido vencido por otro amor, en leal palestra de gracias y de caricias. Sufría como sufren las madres que han perdido á un hijo, y que se creen inútiles en la vida por carecer de lo único que las hacía vivir.

Sólo de vez en cuando, en momentos de nerviosidad exaltada, la imagen de Ofelia aparecía ante ella; aparecía desnuda é impudica, riendo con risa faunesca, con las piernas abiertas y los ojos

enrojecidos, casi fea y, sin embargo, atrayente; odiosa y dominadora, sardónica y lujuriosa, enseñando las encías, levantando los brazos, sacudiendo la áurea melena, simbolizando, en fin, la diabólica belleza de las estatuas venéreas. Aparecía llevando detrás de sí á Eugenio que se arrastraba, que gemía, que suplicaba...

Y entonces Luisa, siempre buena y siempre amante, elevaba á la ciega Providencia una oración en favor del que tanto daño la hiciera, creyendo que él también era muy desgraciado, y atribuyendo á misteriosa y cruel hechicería el arte seductor de su rival triunfante...

## VIII

—¿No quieres salir, Luisita?

Una tarde, después de comer, dijo por fin que sí, por condescendencia.

Pero, ¿á dónde ir?

—Al teatro—propuso Rip.

—Más bien al circo—contestó ella.

Y fueron á los Funámbulos, con objeto de ver á las bailarinas cosmopolitas. Al entrar en la sala llena de luz y de ruido, ambos sintiéronse emocionados, como los asesinos que por malsana curiosidad vuelven al sitio en donde han cometido un crimen.

—Tengo calentura—murmuró Luisa;—es mejor que nos volvamos.

—No—repuso el clown,—ya te calmarás con una copa de champaña.

Los dos parecían tener una sed devoradora. En menos de un instante vaciaron la primera botella que un mozo les sirvió en el antepalco.

Con los ojos fijos en el escenario, sin dirigirse la palabra, mirándose apenas de vez en cuando con oblicuas y cavilosas miradas, parecían meditar en algo muy antiguo y muy solemne. La bailarina, sobre todo, mostrábase preocupada y nerviosa, cual si temiera ver surgir de pronto, entre los árboles de cartón de las tablas, á la odiosa Ofelia.

Cada cambio de decoraciones, cada mudanza de música, cada intervalo rápido, producía en el alma de la medrosa espectadora un escalofrío cruelísimo.

—¿Qué es lo que viene ahora?—preguntaba sin cesar.

Al fin se tranquilizó viendo en el programa el anuncio de las danzas cosmopolitas, que remataban el espectáculo.

—Toma—decíale Rip á cada instante, llenándole la copa de champaña.

Ella bebía inconscientemente, sin notar los efectos que el pálido vino de Ay iba produciendo en su cerebro debilitado.

La bella Torera apareció, agitando las castañuelas clásicas, marchando con petulancia, con algo de serpentino en los ademanes y mucho de salvaje en la actitud.

Un rumor admirativo llenó el espacio.

—¡Es muy linda!—murmuró Luisa.

El clown pidió una nueva botella de champaña.

En la vasta sala, todo era luz, alegría, ruido, ritmo. La sevillana retorciase en la escena ejecutando una danza llena de cadencia y de dulzura, muy

rápida, muy sensual, muy hierática; con brusquedades guerreras y con inclinaciones orientales; moviendo el vientre, las caderas y el torso; sacudiendo las enaguas en torbellino loco; arrodillándose, irguiéndose, inclinándose; siendo, en suma, la vehemencia y la armonía.

Era España.

Luego apareció Hilette, que era París, con su gracia cortesana, con su elegancia altanera, con su atrevimiento revolucionario, con su ingenuidad canallesca, con su frivolidad sensitiva, con su sinuosidad esbelta. Su cuerpo fino y flexible ondulaba, cual un mimbre de invernadero, de un modo inconscientemente artificial, y en sus pupilas pálidas las chispas no se encendían sino para morir en seguida ahogadas en una lágrima, después de haber brillado con la temblequeante rapidez de los relámpagos primaverales. Un aroma embriagador de polvos de arroz y de lilas nuevas, exhalábase de su cabellera castaña.

Los revisteros entendidos en clasificaciones de géneros, la decían *gomeuse*. Sin duda lo era, puesto que llevaba un monóculo, y decía, con impertinencias de chiquilla mal educada, lo que no debe de-

cirse. Era *gomeuse* porque no era la *romanière* que evoca sombras desvanecidas al claro de luna, porque no se cubría el rostro con la falda vertiginosa como las *chahuteuses*, porque no sabía articular con acento impecable como las *diseuses*. Era *gomeuse*, en fin, por la fuerza ineludible de la eliminación clasificadora. Mas, en realidad, era un símbolo del alma alada, bohemia, ingenua, de todo un pueblo.

Era París.

Se llamaba Colombina. De su abuela Añés había heredado el orgullo, y su madre Casandra la legó la energía. Pierrot la adoraba, porque Pierrot es la humanidad. Sus pintores se llaman Vilette, Steinlen, Cheret. Su poeta, Banville. Su historiógrafo, Felicien Champsaur.

Algunos la creían muy perversa, y algunos otros muy buena. Todos tenían razón.

Porque era á la vez el pecado y el amor, la piedad y la ironía, el vicio y la inocencia. En ciertas ocasiones la ternura la obligaba á besar la cabeza de un caballo de ómnibus, y al día siguiente ninguna fibra de su sér se conmovía cuando Pierrot, loco de deseo, la acariciaba.

Más femenina que sus hermanas del Sur y del Norte, y más artista que todas las demás hijas de Eva, parecía la tentación universal.

Era París.

En seguida vino Nila.

—¿Te gusta?—preguntó Rip.

—Luisa no contestó.

Nila era de Nápoles, y era Nápoles. No era Italia. Era Nápoles. Mezettino tañía por la noche, bajo el manto azul constelado de lágrimas de plata, su mandolina doliente y suplicante. Leandro, en la esquina, la decía su canción apasionada. Ella escuchaba y sonreía sin emoción profunda, sin voluntad verdadera, ignorando si quería á Leandro ó adoraba á Mezettino, y dispuesta á entregarse, encomendándose á la Madona, al primero que se decidiera á requerirla con tiránica energía. Su cuerpo parecía delicado y frágil, pero su alma conservaba el salvajismo primitivo de las razas esclavas. En sus ojos, tallados como diamantes, con pupilas dilatadas y luminosas, no resplandecían sino las mil luces atrayentes y monótonas del cariño y del amor.

Su cerebro no necesitaba engolfarse en reflexiones complicadas, cual el de su hermana Colombina. Ni pensaba, ni deseaba, ni se quejaba. Era la resignación y la pasividad.

Al tener apenas cinco años, arrullaba á su muñeca con ternura maternal, porque algo la indicaba ya confusamente que había venido al mundo para el deber más que para el placer. La parisiense no hacía lo propio á la misma edad, pues una voz misteriosa decía que la Naturaleza la había creado para el placer más que para el deber.

Cuando estaba alegre, como entonces, bailaba la tarantela, y era ligera sin malicia, rítmica sin hie-ratismo, esbelta sin coquetería.

En sus movimientos había algo de campesino, algo de pastoral. Las chicas de Tarnagra y de Pompeya deben de haber bailado como ella, en las kermesas de la vendimia, al son de las rústicas flautas paganas.

Era la sencillez, la bondad, la alegría. Nada en ella era malsano ni enfermizo, porque la brisa de su golfo natal, que madura prematuramente los frutos dorados de los senos, impregna también el alma de simplicidad marina.

Seguía bailando. La vida es siempre corta, y la suya lo es más que la de ninguna otra. A los veinticinco años, cuando Colombina esté aún en la plenitud de su encanto sensual, ella será ya la flor marchita del invierno. Para ella no hay otoño melancólico, ni lento declive envuelto en luz que aún no se ha ido y sombras que todavía no han llegado; mas su breve primavera es un beso sin fin y una tarantela interminable.

Al fin surgió Frieda, la vienesa.

—Esta sí que tiene talento—exclamó el clown.

La bailarina parecía no oír. Con la copa en la mano y las pupilas dilatadas, seguía inmóvil en su sitio, recordando sus pasadas glorias artísticas y comparando su rítmica agilidad con la agilidad rítmica de las bailarinas cosmopolitas de los Funámbulos. En su imaginación, enardecida por el calor y el vino y exaltada por la atmósfera, sonaba una música ideal á cuyo compás todos sus nervios vibraban. El fondo bohemio de su sér despertábase al fin en ella.

Frieda principió á bailar y á cantar. Al verla re-

córrer el escenario con paso medido; al verla sonreír con encantadora gracia; al admirar la caprichosa fantasa de su inmenso sombrero púrpura, la elegancia impúdica de su cortísima falda, la redondez de su pantorrilla carnosa y la delicadeza de sus tobillos; al recibir la limosna de su sonrisa invitadora y de su mirada que acariciaba; al contemplarla por primera vez, en fin, los espectadores tomábanla por una parisiense. Era una Colombina algo gorda y demasiado rubia. Sus medias de seda negra, atadas muy alto por cintas color de carne, parecían del boulevard. La ironía benévola de sus labios hacía pensar en las noches de Montmartre.

Y cuando cantaba, articulando con una precisión matemática palabras duras de una lengua incomprendible; cuando cantaba, y bailaba y se retorció formando raras espirales de danza, al ritmo de una música funambulesca, diríase que era una *girl* de Londres ejecutando un *highland-flig* canallesco.

Lo mismo que Brummel, era de Londres y de París, y unía el *chic* al *smart*.

Por eso era Viena; Viena la noble, la artista, la entusiasta; Viena de los placeres, de las tabernas doradas, de las carrozas floridas, del amor callejero;

Viena la perezosa, la antigermánica, la alucinante. Reía, y su risa sonaba con alegría de cascabeles. Reía al cantar, al bailar, al andar. Reía de los demás, y reía de sí misma. Todo en ella era alegre, fresco, incitante. Sus mejillas provocaban al mordisco, cual los melocotones maduros. Su piel era suave y tibia, como las sedas nuevas.

En su calidad de objeto de lujo, no tenía rival. La parisiense es sinuosa, es felina, y dentro de los guantes suele llevar garras de pantera. La española es violenta, y no acepta de buen grado el corral con cerco de oro. La italiana, es monótona. La inglesa, no es bella. Frieda era bella con la belleza mórbida de las queridas del Ticiano, y además picaresca, como Colombina, sin tener su alma viciosa. Al verla, los artistas sentían no ser millonarios. Les hubiese, en efecto, sido tan agradable vivir acariciados por su sonrisa, verla por los rincones del estudio estirándose, cual una gata rubia, en divanes muy bajos y muy muelles, respirar en la atmósfera saturada por el aroma de su cuerpo desnudo, hacerla bailar danzas secretas en la penumbra de las alcobas, y luego, ya muy tarde, dormirse entre sus brazos que parecían los más blandos cojines de Citera...

Frieda era Viena, Viena la veneciana, la sonriente, la señorial.

Al levantarse, al fin del espectáculo, Luisa experimentó una actividad nunca antes sentida en las piernas. En su cerebro, una legión de diminutas mariposas multicolores aleteaban ligeramente.

—No sé lo que tengo—murmuró.

Rip la dijo:

—Es el champafia.

—No; no es eso... No sé lo que es, pero sé que no es eso.

—Entonces es la vida, que vuelve.

—Tampoco...

Salieron cogidos por las manos, como dos niños.

La luna les envolvió en su tenue manto, con esa afectuosa complacencia que tiene para acariciar a todos los que sufren y a todos los que aman. Envolviólles cariñosamente, plateando sus sombras, afinando sus siluetas y haciendo más vaporosos sus ademanes.

Al lucir en el espacio, no cual un punto sobre las cumbres de las torres, sino como un rostro risueño

que se asomaba entre las ramas de los árboles callejeros, el astro nocturno tenía algo de clownesco y algo de vehemente. Corría hacia el horizonte, iba muy de prisa, escondíase tras las nubes claras, parpadeaba en el infinito, hufa, hufa, y en su carrera lo hacía temblar todo con un estremecimiento de ópalo fluido. Las casas temblaban; las calles se retorcían formando blancos canales; las ventanas parecían entreabrirse para dejar entrar la luz...

En las pupilas de los transeuntes brillaba una llama mortecina.

Todo, en la noche clara, hubiérase dicho que era líquido, pues la diafanidad de la blanca atmósfera diafanizaba los objetos oscuros y pesados.

Luisa reía nerviosamente, estrechando la mano de Rip-Rip y sintiendo a cada segundo un escalofrío voluptuoso.

Al llegar a la puerta de su casa, el clown quiso subirla en vilo hasta su tercer piso; mas ella se resistió, asegurando que tenía más fuerza que todo el universo.

—Mira—dijo.

Y corriendo por las escaleras, saltó de dos en dos los peldaños.

Ya en la alcoba, sintióse enajenada. Lo que estaba a su alrededor parecía extraño. La corona de áureo laurel producíale un efecto tan cómico, que se le figuraba hecha para el gato.

—¿Verdad que es del gato?—preguntó.

—Sí, del gato.

—No; pero, de veras, ¿es del gato? ¿Dónde está el gato?... Eh, psit, psit... Ven acá... perezoso...

Arrodillada junto al lecho, con la guirnalda en la mano, buscaba bajo las sillas al casero animal, con objeto de coronarle.

—No quiere dormir conmigo—dijo al fin.

Luego continuó, desnudándose desordenadamente y dejando caer sus prendas de vestir sobre la alfombra:

—Yo voy a bailar mejor que todas... Mejor que Noemí... Ya verás... Y tú también vas a bailar... ¿verdad? Mira mis piernas... La izquierda es la más elástica, la más linda... Yo soy zurda de piernas... Cuando logre quedarme una hora entera sin vacilar, sin temblar... ya lo verás, Rip-Rip... Pero tú también bailarás conmigo... ¿verdad?...

El clown temblaba como un epiléptico, sintiendo que sus sienes se convertían en hormigueros y

que sus labios se secaban á medida que la chica iba apareciendo ante él en la apoteosis de su divina desnudez.

—Buenas noches—dijo tratando de irse.

Ella le detuvo.

—No, no te vayas... Verás... Voy á bailar... Recoge ese corsé para que no se manche... Vamos á bailar... ¿verdad?... Esperáte que acabe de arreglarme... Noemí tiene unas camisas muy lindas, llenas de flores... Yo bailo mejor que ella... Mira...

Con los brazos levantados y la cabeza inclinada hacia adelante, principió á bailar, ya desnuda.

—¡Luisa!—gimió el clown.

Ella se echó á reir. Todo su cuerpo, formado de líneas curvas, de mórbidas redondeces, de blandas ondulaciones carnales, vibraba al compás de un aire en voz baja tarareado. Sus pechos, firmes y erguidos, oscilaban armoniosamente. En las crispaciones simétricas de sus muslos, había una energía febril que, deteniendo de vez en cuando el vaivén

del torso, la obligaba á permanecer inmóvil durante algunos segundos. A través de su piel de raso blanco, veíase la agitación enfermiza de los tendones... Bailaba...

De pronto, cegado por el deseo, Rip-Rip se precipitó sobre ella.

Al sentirse enlazada por brazos masculinos, Luisa suspiró con voz desfallecida, cerrando los ojos y abandonándose por completo:

—Eugenio... Eugenio de mi alma... Mi Eugenio... ¿Verdad que no es cierto?... ¿Que no me has engañado?... ¿Que eres mío?...

El clown la tapó brutalmente la boca con sus labios hambrientos de besos.

París, Enero-Junio de 1899.

FIN

